

SEGUNDA
EDICION

JULIANA MARTÍNEZ Y SALVADOR VIDAL-ORTIZ
(compiladores)

Travar el saber

Educación de personas trans y travestis en Argentina




EduLP

género

Travar el saber

Nota a la edición 2023

Desde la impresión de la primera edición de *Travar el Saber*, hace 5 años, una pandemia ha transformado muchas de las formas de acceder a la educación en todo el mundo. Las tres instituciones educativas desde las que se describen relatos personales han vivenciado cambios; nuevos retos, espacios, liderazgos, y aprendizajes. El proyecto de acceso a través del cupo laboral travesti/trans en Argentina ha tomado centralidad en el trabajo de algunas de las compañeras en la provincia y ciudad de Buenos Aires. Y la apuesta de la escritura de colegas como la Dra. Marlene Wayar han extendido la visión y filosofía de lo que alguna vez imaginaran las, les y los 33 autores de *Travar el Saber* en conjunto con los editores. Sin embargo, en medio de todos los cambios, lo que permanece como una constante es que la educación sigue siendo un bastión central en la lucha por el reconocimiento, la dignidad y la equidad desde el cual las personas travestis y trans continúan la lucha por un mundo mejor, no solo para ellas, ellos, y ellos, sino para toda la sociedad.

Travar el saber
Educación de personas trans y travestis en Argentina:
relatos en primera persona

2da. EDICIÓN

JULIANA MARTÍNEZ Y SALVADOR VIDAL-ORTIZ
(compiladores)


EDITORIAL DE LA UNLP

Travar el saber: educación de personas trans y travestis en Argentina: relatos en primera persona / Nacho Alonso ... [et al.]; compilación de Juliana Martínez ; Salvador Vidal-Ortíz. - 1a ed. 1a reimp. - La Plata: EDULP, 2023.
200 p.; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-4127-61-7

1. Estudios de Género. 2. Sexualidad. I. Alonso, Nacho. II. Martínez, Juliana, comp. III. Vidal-Ortíz, Salvador, comp.
CDD 305.906

Travar el saber

Educación de personas trans y travestis en Argentina:
relatos en primera persona

2da. Edición

JULIANA MARTÍNEZ Y SALVADOR VIDAL-ORTIZ
(COMPILADORES)



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)
48 N° 551-599 4° Piso/ La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina
+54 221 44-7150
edulp.editorial@gmail.com
www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

ISBN 978-987-4127-61-7
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
© 2023 - Edulp
Impreso en Argentina

AUTORAS/ES/XS

Nacho Alonso
Dalia Silvana Álvarez Valverde
Lourdes Antonella Arias
Angelina Ayala
Claudia Elizabeth Ayala
Lara María Bertolini
Yamila Alejandra Cabral
Koral Trinidad Chota Flores
Lucía Romina Escobar
Alma Fernández
Viviana González
Evelyn Nieves González Ojeda (“Tuti”)
Yesica Gutiérrez (“La Turca”)
Pilar Isasmendi
Maryanne Lettieri
Ariana Linares Araujo
Bella Karola Macedo Flores
Andrés Mendieta
Oriana Miranda
Sofía Moreno
Vicky Pavón Torres
Adriana Peluffo
Mónica Ríos Altamirano
Lautaro Miguel Rosa
Jennifer Ruiz
Belén Salas
Alma Catira Sánchez
Hamir Ramiro Santillán
Dylan Ariel Scarone
Sabrina Jazmín Segovia
Vir Silveira
Tyra Tolaba
Claudia Vásquez Haro

*A quienes pusieron, ponen y pondrán el cuerpo
para crear escuelas y sociedades
más equitativas e incluyentes.*

Índice

Agradecimientos.....	15
Prólogo.....	17
Introducción.....	23
PARTE 1 – Relatos	51
<i>Infancia perdida y recuperada</i>	
Claudia Elizabeth Ayala (Mocha).....	53
Dylan Ariel Scarone (Mocha).....	55
Angelina Ayala (Mocha).....	57
Sofía Moreno (Mocha).....	59
Vir Silveira (Mocha).....	60
Vicky Pabón Torres (Mocha)	62
<i>Bullying: “En la escuela no hicieron nada, nada... se reían nada más”</i>	
Evelyn Nieves González Ojeda "Tuti" (Mocha).....	65
Belén Salas (Mocha)	67
Hamir Ramiro Santillán (UNDAV)	69
Jennifer Ruiz (Mocha)	70
Pilar Isasmendi (Mocha)	71
Lourdes Antonella Arias (Mocha)	73

Migración: “Por eso me vine a Argentina...

para poder ser lo que soy”

Claudia Vásquez Haro (OTRANS – Universidad Nacional de La Plata)	75
Dalia Silvana Álvarez Valverde (Mocha).....	92
Koral Trinidad Chota Flores (OTRANS - Universidad Nacional de La Plata)	94
Lautaro Miguel Rosa (Mocha).....	98

Inclusión: “Un villero... hablando con una trava”

Maryanne Lettieri (Mocha).....	103
Lara María Bertolini (UNDAV)	106
Oriana Miranda (Mocha).....	108
Ariana Linares Araujo (OTRANS - Universidad Nacional de La Plata).....	110
Sabrina Jasmín Segobia (UNDAV)	116
Andrés Mendieta (OTRANS – Universidad Nacional de La Plata).....	121

Estudio y trabajo: “Cuando uno no tiene... la decisión es entre el trabajo o el estudio”

Tyra Tolaba (Mocha).....	129
Bella Karola Macedo Flores (OTRANS - Universidad Nacional de La Plata).....	132
Adriana Peluffo (Mocha).....	140
Mónica Ríos Altamirano (Mocha)	142
Lucía Romira Escobar (Mocha).....	144

La educación como arma: “Sin la espada, con nuestras plumas”

Alma Fernández (Mocha)	149
Yesica Gutiérrez “La Turca” (Mocha).....	152
Alma Catira Sánchez (Mocha).....	154
Yamila Alejandra Cabral (UNDAV y Mocha)	155
Nacho Alonso (Mocha)	159

Viviana González (Mocha).....	160
PARTE 2 – Organizaciones (en orden alfabético).....	165
Bachillerato Popular Trans Mocha Celis	167
OTRANS – Universidad Nacional de La Plata.....	177
UNDAV	190
Anexo	
Preguntas guía.....	195

Reconocimientos de apoyo importantes:

Equipo de coordinación de trabajo en la Mocha:

Lic. Manu Mireles

Lic. Francisco Quiñones Cuartas

Lic. José Miguel Nicolini

Equipo de coordinación de trabajo en la UNDAV:

Lic. Malena Haboba

Lic. José Miguel Nicolini

Equipo de coordinación de trabajo en OTRANS:

Claudia Vásquez Haro, coordinadora OTRANS, Doctora en Comunicación Social, UNLP.

AGRADECIMIENTOS

Primero, queremos agradecer a las y los compañeras/os del Bachillerato Popular Trans *Mocha Celis*, de la Universidad Nacional de Avellaneda, y de la ONG *OTRANS* de la Universidad Nacional de La Plata por su paciencia con nuestras visitas a través de los años en los que nos recibieron y permitieron entrar en sus espacios. También es importante agradecerles por la resistencia, por cuestionar qué hacíamos por esos lares, pues es parte de cuidar su hogar, y también requiere verbalizarse frente a otro u otra, tarea con la que no siempre se encuentra una/o “de ganas”. Y gracias también, porque continúan extendiendo y magnificando la herramienta más valiosa que nos dejó Lohana Berkins, el uso del amor como plataforma de cambio social.

Le agradecemos a través de los años a Francisco “Pancho” Quiñones Cuartas, a Miguel “Miguel” Nicolini, y a Vida Morant, del *Mocha*, por su apoyo e incansable laburo por mantener la escuela operando a toda costa (gracias a Pancho por la introducción de la historia de la Mocha Celis). También en la Mocha agradecemos a Manu Mireles por coordinar la pronta colección de relatos de estudiantes y del profesorado. Sin el trabajo y el compromiso de Manu no tendríamos tantos y tan importantes relatos de la Mocha. En *OTRANS*, a la Claudia

Vásquez Haro, como inmensa guerrera y generosa referenta, dispuesta incluso a partir su casa en dos; y a Miguel Nicolini, por ayudar a recopilar los relatos de la UNDAV (también gracias a Claudia por proveernos la introducción de la OTRANS). En la UNDAV, a Malena Haboba, por sus mates, por su firmeza, y su insistencia en hacer que en la UNDAV “el género” sea más que dos (también gracias a Migue por proveernos la introducción de la UNDAV). A todos ellos, gracias – por ser líderes y lideresas que pusieron toda su energía a diario para lograr que sus estudiantes no solo se matriculen, sino que su afán sea el completar cada semana y cada período, muy a pesar de las grandes y pequeñas cosas de la cotidianidad que a veces se interponen en esas metas.

Un agradecimiento muy fuerte a Alma Fernández, por volar con nosotros. Por confiar. Por vivir y bailar y reír con gusto, con ganas, capturando aires limeños y porteños e imaginando unos mundos idóneos, utópicos, en nuestro entorno, pero también poniendo el cuerpo para que se logren. Gracias por compartir tus alas de mariposa con nosotros.

A Agustín García Mujica de OTRANS, y a Marco Rincón y Manu Mireles de La Mocha ¡Gracias por las fotos! (derechos de autor reconocidos).

A Facundo Abalo, Director de la Editorial de la Universidad Nacional de La Plata: nos diste una maqueta y nos dijiste: ¡dibujen lo que sea! Casi a ciegas... Gracias por todo el apoyo del equipo editorial y por la maravillosa presentación del libro.

En American University, debemos agradecerle a Eric Hershberg, Director del Centro de Estudios Latinoamericanos y Latinos, por habernos dado lo que fueran los primeros fondos para imaginarnos un proyecto en la Argentina. Al Colegio de Artes y Ciencias, tanto a su Decano, Peter Starr, como al Vice Decano de Investigación Graduada, Ulysses Sofia, por su apoyo con fondos, en más de una ocasión, para los viajes y hospedajes. Finalmente, ambos quisiéramos agradecer a Mary Clark, la Vice Rectora Académica, por su apoyo con una financiación adicional para subsecuentes viajes.

Desde mediados del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, la escuela pública en Argentina se presentó como la institución por excelencia encargada de garantizar el progreso, tarea no menor en un país que se refundaba al calor de unos acontecimientos, que lejos de desplegarse sobre territorios vírgenes en lo material y lo simbólico, necesitaron ser virginizados de manera coercitiva. La escuela, de esta manera, se convirtió en el ámbito social específicamente diseñado para reorganizar el pensamiento de unos sujetos que serían los encargados de llevar adelante el ideal civilizatorio y garantizar la reorganización del sistema social. Sujetos considerados en tanto masa homogénea a la que había que esculpir, instruir y formar, contra aquella otra idea que habría sostenido la barbarie como el impedimento u obstáculo de un progreso – siempre lineal– hacia la civilización.

El rol de la escuela en la constitución del Proyecto Nacional Argentino ha merecido numerosos análisis desde diferentes disciplinas que dieron cuenta de los distintos modos de funcionamiento institucional y cristalización de unos ideales forjados alrededor de la cultura

escrita. Esta historia podría dividirse en varias etapas, cada una de ellas con sus particularidades territoriales, personas que encarnaron en nombre propio ideales y modelos pedagógicos prefabricados. Sin embargo, hubo un fenómeno que mereció especial atención por sus implicancias ideológicas, pregnancia y poder multiplicador: lo que se conoció dentro del sistema educativo argentino como el *normalismo* y la proliferación de las *Escuelas Normales*.

Más allá del modelo pedagógico que las llamadas *Escuelas Normales* impulsaron, el perfil de alumnos y alumnas promovido y el modo en que entendieron a la cultura escrita, cabe señalar la contundencia con que agruparon todo su arsenal de mecanismos regulatorios al servicio de la construcción de unas demarcaciones que – haciendo honor a su nombre– rápidamente se erigieron como rígidas normas, en el sentido de condición de acceso y permanencia, dentro de las instituciones escolares. En este sentido, la construcción de las normas de funcionamiento del sistema escolar fue creando, en el mismo movimiento, a aquellas anormalidades que habría que identificar, señalar, encapsular, normalizar o bien expulsar en el caso de que no fuera posible su asimilación a un proyecto que tendería a borrar las diferencias, no en pro de un plan de igualdad, sino más bien de un plan de igualación. El signo de la inclusión se trazó allí con el mismo gesto de la violencia que lo nombraba, ya que lo que no decía y omitía ese ideal normativo era a través de qué mecanismos se iba construyendo esa norma, y cuántos otros iban quedando fuera de ella.

De cualquier modo, se concurriría a una simplificación errónea y lineal suponer que este proceso en Argentina se llevó adelante únicamente a través de mecanismos coercitivos, a la manera de una dominación vertical. La prolífica expansión de este modelo educativo no podría obtener éxito sin el acuerdo de grandes sectores de la población que vieron en él la materialización de sus aspiraciones y deseos personales. De esta forma, la histórica relación entre el camino hacia el *progreso*, por un lado, y la *educación* como la mejor herramienta para lograr ese cometido, por el otro, se fue ramificando en un país en

vías de construcción, atravesado por fuertes procesos migratorios y con disputas alrededor de la consolidación de un Proyecto Nacional.

De este modo, asistimos a la ramificación de una serie de instituciones creadas alrededor y amparadas por ese campo que poco explícita acerca de los supuestos que encarna, conocido como el sistema educativo¹. A la par del despliegue de un proyecto político y económico de expansión territorial, se consolidaba un sistema educativo que serviría como malla de contención y *corset regulador* para la formación de unos sujetos pensados como actores claves para llevar adelante el tan ansiado progreso. Como ya se ha mencionado, este proceso se expandió y consolidó gracias a la articulación de mecanismos que funcionaron como instancias de subjetivación de un orden impuesto tanto político, como económico y simbólico.

En este sentido, la escuela va operando a través del Poder Cultural para la oferta de unos capitales –construidos alrededor de la lectura y la escritura– que se presentan como iguales para todos e imprescindibles para un recorrido exitoso por los pliegues de la estructura que la misma institución diseña.

Como bien se ha expresado, la Escuela apareció durante todo el período fundacional (y por supuesto, mucho más allá de él) como la garantía para la democratización de los saberes a partir de la profundización, consolidación y expansión del proyecto de la alfabetización universal. Pero, como todo proyecto de universalización, la peligrosa trampa que encerró el desarrollo de esa política fue la invisibilización, la disimulación del modo en que se fue trazando ese universal investido de aparentes buenas intenciones de progreso; los sujetos que fueron tomados y pensados como encarnación de ese ideal universal, pensado como los modelos de hombres y mujeres que necesita la Nación, y el proceso a través del cual ese dispositivo escolar fue borrando a esos otros particulares difíciles de encuadrar dentro de

1 Durante este período existían dos instrumentos legales que se ubicaron al servicio de la regulación del modelo del Normalismo: la Ley 1420 y el reglamento para la Escuela Normal de Maestros de la Provincia de Buenos Aires (1877).

la norma, pensada aquí como letrada, pero que claramente se disponía como regla o pauta de funcionamiento social. Esta escuela –que se enuncia desde una inclusión universal y que esgrime un ideal supuestamente liberador– se articula con toda una serie de prácticas y mecanismos de violencia simbólica que legitiman las relaciones de dominación de unos sujetos sobre otros, y al mismo tiempo refuerza la teoría de que “algunos bienes culturales se ofrecen solo a aquellos sujetos que ya cuentan con capitales para apropiárselos antes de su ingreso a la institución”.

A la manera de un mago que crea la ficción de un objeto que aparece en el vacío, el modelo pedagógico clásico exhibe aparentemente para todos por igual el carácter inaugural de las herramientas para el acceso a la cultura, pero disimula que esas herramientas ya se hallan en la mochila de sus alumnos antes de su paso por el aula. De este modo, según Bourdieu, “los sistemas escolares reproducían y premiaban, bajo la adjudicación de desigual capacidad intelectual o interés frente al conocimiento lo que, en realidad, eran las consecuencias de las asimetrías sociales que coronaban simbólicamente” (2009: 35).

En ese marco, y valorizada como espacio de socialización, la escuela pretendió ser un ámbito en el cual se suspendieran los conflictos del mundo adulto: fundamentalmente el tratamiento dispar y la segregación propios de una sociedad no equitativa. Sin embargo, la escuela argentina jamás fue el “segundo hogar”, ni tampoco se constituyó como el espacio inclusivo que ostentaba. La escuela como ámbito de disciplinamiento (fundamentalmente de los cuerpos) ha sabido cobijar solo aquello que ella misma fue creando. Paradójicamente, se ha definido y legitimado con esta ilusoria noción inclusiva y universalista. Ilusión universalista que comporta una doble cara: universal en sus contenidos y universal en sus alcances.

Este carácter universalizante ofrece claras limitaciones al momento de pensar las articulaciones entre escuela y sexualidad. La escuela reproduce el ideal de familia monogámica y heterosexual, pero en el mismo movimiento, calla los procesos violentos que ella misma eje-

cuta para sostener dicho ideal, e invisibilizar todo aquello que permanece por fuera. La institución escolar determina qué cuerpos reconoce como válidos y cuáles son disimulados o excluidos. Así comienza a entenderse por qué el 64% de las mujeres trans que afirman haberse reconocido en dicha identidad antes de los 13 años no terminó la escuela primaria. Al mismo tiempo de aquellas que lograron terminar la primaria, menos del 10% completó los estudios secundarios.

Cuando se compara las trayectorias escolares del colectivo trans se advierte que, para poder completar los estudios secundarios, lo habitual es repetir y reiniciar los estudios de manera intermitente en diferentes escuelas, hecho que equivaldría una trayectoria escolar interrumpida o fragmentada. Los motivos de esa interrupción no se vinculan a la necesidad económica de ingresar al mundo laboral – como sucede en otros sectores sociales –, sino centralmente asociada a la violencia ejercida por sus propios compañeros o las autoridades de las instituciones educativas. Que gran parte de las trayectorias escolares de las personas trans estén atravesadas por situaciones de cambios de escuelas, repeticiones de año o deserciones (más ligadas a exclusiones) pone de relieve la dificultad de la institución para tolerar todo aquello que excede o no es reconocido por la norma. Su universal es de niños y niñas, claramente diferenciados, con una sexualidad latente pero invisible, que no debería manifestarse en el ámbito escolar. Niños y niñas que nada tienen que preguntarse sobre su propia sexualidad porque la respuesta vendrá sola en el futuro: el deseo unívoco hacia el sexo opuesto.

De esta manera, y teniendo en cuenta que la mayoría de las personas trans ha sufrido algún tipo de violencia, la escuela ocupa el tercer puesto en la lista de espacios donde recibieron agresiones, por debajo de la comisaría y la calle.

Precisamente por todas estas razones, el proyecto pedagógico/político que llevan adelante el Bachillerato Popular Trans *Mocha Celis*, la Universidad Nacional de Avellaneda y la ONG *OTRANS* en su relación con Universidad Nacional de La Plata, se constituye como un

faro disruptivo que ilumina las posibilidades de una mayor inclusión real del colectivo trans en toda la región. Sin el temor vetusto de inscribir las coordenadas de enseñanza/aprendizaje en un proyecto más amplio de construcción de ciudadanía con derechos, cada una de estas experiencias fueron posibles en el marco de gobiernos populares que materializaron políticas públicas de ampliación de derechos, provocando cambios contundentes en la subjetividad de los y las involucrados. En un contexto actual de amenaza latente a los derechos conquistados, es vital jerarquizar estos espacios y los procesos que llevaron adelante. Para esta tarea, nunca mejor que el compromiso de los investigadores Juliana Martínez y Salvador Vidal-Ortiz, que asumieron la labor con un involucramiento y empatía poco habitual dentro de un campo académico tan proclive a la fetichización de los objetos y su posterior abandono. La conjunción de investigación y militancia, hicieron de este trabajo un círculo virtuoso entre todos los involucrados.

Celebro la aparición de este libro que nos recuerda que el mundo sigue siendo desigual e injusto, pero también que hay personas reales poniendo el cuerpo para transformarlo.

Facundo Ábalo
Doctor en Ciencias Sociales
UNLP

INTRODUCCIÓN

Travar el saber, educación de personas trans y travestis en Argentina: relatos en primera persona

JULIANA MARTÍNEZ Y SALVADOR VIDAL-ORTIZ, COMPILADORES

Para mí, ser parte de la Mocha fue ir a buscar a ese niño, o a esa niña, que dejé lejos, cuando era chica, en mi Tucumán querido y nunca más pude volver. Volver a estudiar, significó ir a buscar esa arma, esa herramienta que me va a hacer sobrevivir y generar las oportunidades para mí y para mi colectivo. Mocha Celis para mí es una casa, es nuestro lugar en el mundo, es recuperar esa etapa perdida de no haber podido ir al secundario, Mocha Celis para mí es un lugar donde se está formando el ejército, el cuartel de las mariposas, pero también es donde salen los empoderamientos.

*Alma Fernández, egresada del Bachillerato Popular
Trans Mocha Celis*

Digo un poco pensando en Paulo Freire, toda dimensión educativa tiene una dimensión política, y toda dimensión política tiene una dimensión educativa. Vos fijate que desde que habla el docente en la

clase, por eso digo que tan fuerte es mi presencia, me doy cuenta que mi presencia en un aula, de la Profesora trans, travesti, trava, ahí – los cuestiona a los pibes pero les llena la cabeza de preguntas...

*Claudia Vásquez Haro, estudiante de doctorado y profesora, Universidad de La Plata y líder de OTRANS Argentina
(Organización de personas trans y travestis de Argentina)*

Importancia del proyecto de travar el saber

En la primera graduación del Bachillerato Popular Trans Mocha Celis, en la ciudad de Buenos Aires, el 5 de diciembre de 2014, la militante y referenta travesti Lohana Berkins gesta la idea de travar el saber:

“No solo queremos cualquier derecho, sino que estamos discutiendo la calidad del derecho, el derecho es el derecho, es para todos y para todas, entonces este Bachillerato la importancia que tiene, es que genera una dialéctica con la educación formal e informal. El Estado facilita una herramienta tan poderosa, pero tan poderosa como es la educación – el saber – porque, cómo vas a ejercer un derecho, si no lo conoces... nuestras compañeras que estén en una etapa de su finalidad escolar y que en el 2015 sea una posibilidad concreta el hecho de ingresar a una Universidad y empezar a contaminar, empezar a travar ese saber... una cosa que no tiene nombre, no tiene nombre, es desafiar no solo con la acción sino con el cuerpo, cualquier barrera contra la discriminación. Amar, querer, sentir, dolor, soñar, utopía... eran palabras que para nosotras eran imposibles hasta pronunciarlas y hoy muchas de esas palabras están siendo realidades. En este día tan especial

cuando abandonamos el deber ser por el ser hoy somos todos y todas egresadas, egresados del Bachillerato Mocha Celis, primero y único en su tipo. Y agradecer a los y las compañeras que le pusieron el cuerpo estudiando, estando, a los y las compañeras que sostienen cotidianamente el Bachillerato. Y gracias a quienes, al enseñarnos sin la espada, con nuestras plumas, nos dieron la palabra”.

La experiencia de una educación formal, desde la primaria y la secundaria hasta los estudios universitarios, es una apuesta fundamental para cambiar las condiciones estructurales que históricamente y al presente viven bien las personas trans y travestis.¹ Por ejemplo, el informe *Violencia contra personas Lesbianas, Gay, Bisexuales, Trans e Intersex en América* de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, recoge el trabajo de varias organizaciones de la región y lo complementa con nuevas investigaciones para iluminar los distintos e intersectantes niveles de violencia que enfrentan las mujeres trans/travestis en Latinoamérica. Esta situación impide su acceso a servicios y derechos fundamentales como la salud, la vivienda, el trabajo y la educación, y lleva a que tengan una de las expectativas de vida más bajas de cualquier otra población: de 30 a 35 años de edad (15).² En este contexto, no sorprende que las personas trans (sobre todo las mujeres) sean expulsadas de las aulas escolares desde su niñez. En 2005, La gesta del nombre propio indicó que el 64% de las mujeres trans/travestis que habían asumido su identidad de género autopercibida antes de los 13 años no había terminado la escuela primaria (*La revolución*, 2017: 85). Los datos de 2016 muestran una leve mejoría

1 Como discutiremos en breve, en la Argentina, el término travesti es más común y tiene significados específicos.

2 Para un análisis detallado de la violencia sufrida por las personas LGBT en general en la región, y también de las personas trans en particular, ver: Comisión Interamericana de Derechos Humanos. *Violencia contra personas Lesbianas, Gay, Bisexuales, Trans e Intersex en América*. Comisión Interamericana de Derechos Humanos y Organización de Estados Americanos, 2015. Disponible en: <http://www.oas.org/es/cidh/informes/pdfs/violenciapersonaslgbti.pdf>.

quizás debido a la aprobación de la Ley de Identidad de Género en 2012, pero su nivel educativo está todavía muy por debajo del promedio de la ciudad, pues el 59.8% de las mujeres trans/travestis no ha completado el secundario (el cual es el mínimo obligatorio establecido por el Estado) (86). En contraste, el 72.8% de hombres trans cuenta con un nivel educativo secundario completo o más (89). Así, es necesario pensar también en cómo la misoginia y la transfobia forman una combinación letal que ocasiona niveles adicionales de violencia y discriminación dentro de poblaciones de por sí vulnerables.³

El trabajo de *La gesta del nombre propio*, editado por la misma Berkins (con Josefina Fernández, 2005), establece la necesidad de unas políticas públicas que transformen el sistema educativo. No obstante, cabe destacar que aquí hay importantes diferencias con el modelo de diversidad e inclusión desarrollado en el norte global, (principalmente en los Estados Unidos, pero cada vez más popular tanto en las políticas públicas como en el sector privado), en donde se prioriza el acceso individual a baños o casilleros, pero no se cuestiona ni el binario ni la opresión sistémica detrás de las instituciones que reducen lo privado a lo individual para así no retar sistemas prejuiciados pre-existentes. Con lo anterior no queremos negar la importancia de la creación de espacios físicos que desarticulen el binario de género como baños mixtos o de género neutro. Reconocemos que estos son de gran importancia para muchas personas trans y no binarias, y que envían un claro mensaje de inclusión a toda la comunidad educativa. Más aún, varios relatos hablan del profundo impacto que tener o no tener acceso a estas instalaciones tuvo y tiene en el ámbito educativo y muchos otros espacios. No obstante, si estos esfuerzos no vienen acompañados de cuestionamientos y cambios estructurales, su alcance es limitado y pueden incluso servir para detener el cambio institucional al dar la apariencia de la inclusión sin dismantelar las

3 Para datos detallados sobre educación de personas trans y travestis en la Provincia de Buenos Aires, así como para un análisis comparativo entre 2005 y 2016, ver *La revolución de las mariposas, a diez años de La gesta del nombre propio*.

condiciones estructurales que reproducen la exclusión. Por eso, en vez de insistir en la inclusión de personas trans y travestis dentro de los sistemas de los cuales han sido históricamente expulsadas, hablar de travar el saber implica cuestionar seriamente qué hace a esas instituciones espacios expulsivos en primer lugar, y cómo lograr que dejen de serlo. Es decir, hay un cambio de enfoque de un modelo centrado en el individuo a una propuesta innovadora que apunta a una transformación estructural. Travar el saber apela a una praxis y a una epistemología educativa más afín a la célebre pedagogía de los oprimidos de Paulo Freire o a lo que Daniel Balderston, expandiendo al campo de la diversidad sexogenérica los postulados de Freire, llama la pedagogía de lo reprimido (Balderston, 1999), que a modelos cuyo énfasis es la mera incorporación de minorías a instituciones que históricamente han constituido bastiones del patriarcado como el matrimonio, las fuerzas militares, o un sistema educativo fundado en una noción fuertemente racializada y hetero/cisnormativa de la nación.⁴

Estos modelos tienden a priorizar al individuo como categoría analítica, obviando las situaciones estructurales y concentrándose en promover la inserción exitosa de la persona diversa a la cultura organizacional (y social) imperante. Más que un modelo transformador, se trata de un esfuerzo asimilacionista en el que se otorgan algunas concesiones consideradas importantes para salvaguardar valores de gran importancia para el neoliberalismo como la individualidad, la posibilidad de escoger y la privacidad (de ahí su énfasis en los baños y casilleros o en la transferencia de la propiedad privada a través de contratos matrimoniales), pero que continúan regidos por políticas de la respetabilidad que exigen que la diversidad (sexogenérica pero también de raza, etnia, lugar de origen, clase, etc.) se ajuste a los parámetros hegemónicos. En otras palabras: la hospitalidad que se otorga

4 El uso de “cis” (en contraposición a trans) es un prefijo utilizado en algunos círculos en los últimos años para referirse a personas no trans o travesti. En algunas de las narrativas las/os autoras/es se refieren a personas cis o no trans como *heterosexuales*, hemos respetado este uso a lo largo del texto.

a lxs otrxs históricamente excluidos en este modelo es condicional pues depende de la disposición y capacidad de dichas personas para aprender, aceptar, internalizar y reproducir las prácticas y saberes en gran medida causantes de su propia marginación sistémica (Ahmed 2012). Por eso, hay que ser enfáticas/os: si dichas iniciativas pierden su carácter crítico, corren el riesgo de terminar reforzando las jerarquías y distinciones socioeconómicas que mantienen vigentes los sistemas de exclusión que dicen estar cuestionando.

En sus décadas de activismo, Berkins reitera esta necesidad una y otra vez. Se puede observar, por ejemplo, en un video año y medio antes de la graduación de la primera cohorte del Mocha Celis, el 15 de abril de 2013, en la inauguración del espacio que actualmente ocupa el bachillerato en Chacarita⁵:

Una de las cuestiones que se nos negaba históricamente era el acceso a la salud, educación, el derecho al trabajo, a una vivienda. Pero ahora vamos dando esos pasos, porque ahora hay que darle contenido al marco mayor que nos podía dar el Estado (que era el reconocimiento en nuestros propios términos con la ley de identidad de género). Porque si vos no generás políticas concretas, si no señalás los modos donde se produce la tensión, cómo se produce, entonces no avanzaríamos nunca. Entonces esto es para mí lo revolucionario de este país...

El cuestionamiento del conocimiento hegemónico (y opresivo) va de la mano con el carácter militante y feminista de poner el cuerpo (Sutton 2010), en este caso, en la educación, y ambos van entrelazados con la frase que le atribuimos a Berkins, travar el saber, con el cuerpo como dispositivo de interrupción, de cambio social y de movilización dentro de estos sistemas y estas instituciones de lo que

5 <https://www.youtube.com/watch?v=eLjP1TES1H0>.

Foucault llama saber-poder.⁶ Lohana Berkins insistía en que: “cuando una trava va a la Universidad cambia la vida de la trans; cuando muchas travas van a la Universidad, cambia la institución”.

Lo propuesto por Berkins cambia el enfoque y, en vez de preguntar qué tienen que hacer los individuos para adaptarse a dichos sistemas, cuestiona qué tienen que hacer las instituciones para garantizar el acceso pleno e igualitario de las personas trans/travestis a esos espacios. Esto exige un profundo replanteamiento de muchos de los principios, las prácticas y los saberes que han sostenido al sistema educativo desde su concepción hasta la actualidad. De ahí la doble acepción de travar el saber. De manera similar al concepto de la *différance* derridana, el cambio de la “b” por la “v” denota una diferencia perceptible solo en la escritura, una aparente falla, o error ortográfico que marcaría, precisamente, la falta de educación. No obstante, la inscripción de este cambio en la escritura, ese espacio privilegiado de la producción del sentido en occidente, denota la parte transformativa, no solo obstructiva, de un proceso que apunta a la de, y re-construcción del saber a la que obligaría la presencia del cuerpo trans/travesti dentro de las instituciones que producen, diseminan y protegen la episteme y el ethos de la nación. El paso de la “b” a la “v” no solo de “travesti”,

6 La socióloga Bárbara Sutton muestra la incorporación de la frase, poner el cuerpo, desde los movimientos sociales contemporáneos en la Argentina en respuesta a todo tipo de crisis de magnitud nacional, desde los desaparecidos en el siglo XX, hasta el colapso de la economía Argentina en 2001. Poner el cuerpo se refiere no solo a decir qué es lo que hay que hacer, sino a estar verdaderamente presente e involucrada/o en procesos de resistencia; o estar comprometida/o a trabajar por una causa social. También significa asumir los riesgos corporales, sea el trabajo o las demandas al cuerpo, explícitas o implícitas, en ese compromiso social (Sutton 2010: 161-162). En el existir del *cuerpo político*, las mujeres cisgénero han incorporado una resistencia vital a lo hegemónico, y han logrado cooptar y movilizar dos de los bastiones más fuertes del patriarcado, la heterosexualidad obligatoria y la maternidad, en fuerzas políticas radicales. Por ende, poner el cuerpo tiene aspectos de valor positivo como el trabajo colectivo y el cambio, pero también conlleva consecuencias negativas como el trabajo emocional y el desgaste de poner el cuerpo. Dentro del discurso militante trans/travesti argentino, Lohana Berkins ha utilizado el poner el cuerpo como conector entre los movimientos de luchas de mujeres de toda identidad de género y orientación sexual.

sino de “trava”, su versión acotada, más congregadora y afectuosa, denota la necesidad de un doble movimiento.

Por un lado, se trata de obstruir, impedir, ofuscar, estorbar o entorpecer los modos en los que el sentido es producido y reproducido dentro de las instituciones educativas. El cuerpo trans/travesti encarna las fallas del sistema educativo. Sus cicatrices y esa furia animada por la dignidad y la ternura tantas veces negadas, son huellas de la violencia profunda que anida en los puntos ciegos del conocimiento, las dolorosas y tangibles consecuencias de lo que se ha pensado como impensable, lo que ha sido categorizado como “imposible” pese a haber estado siempre ahí. El cuerpo trans/travesti confronta al sistema con las personas a quienes les ha fallado, haciendo palpable que la violencia física y simbólica que han padecido históricamente no es una excepción, una “falla”, del sistema, sino que es un aspecto que lo constituye y atraviesa. La “v” es la marca física (tanto en el texto como en el cuerpo) de la expulsión de los cuerpos y las experiencias trans/travesti del proyecto nacional, y de la negación misma de su ser. Es decir, el intento de suprimir la posibilidad de constituirse como sujeto, no solo de derecho, sino incluso ontológicamente: la pretendida (y violentamente impuesta) inviabilidad del ser trans/travesti fuera del binario sexogénico que encorseta (¿encloseta?) la subjetividad de occidente. La inserción de la “v” junto al término “saber” intenta visibilizar y denunciar la interdependencia que existe en el pensamiento político y filosófico moderno entre “el sujeto” (y la forma masculina es aquí no solo intencional sino fundacional) y “lo abyecto”, término con el que Judith Butler denomina a aquellxs “cuyo vivir bajo el signo de lo ‘invisible’ es necesario para delimitar el dominio [y la legitimidad] del sujeto” (Butler, 1993: 3). Las estadísticas muestran que en el caso de la población trans/travesti la amenaza existencial producida por este régimen de conocimiento no es una ficción discursiva sino una realidad brutal, y la “v” marca la urgencia de desmontar y reconstruir el andamiaje conceptual que la hace posible. Por eso, por el otro lado, la “v” de travar señala también la agencia y la potencia genera-

dora del término. No se trata solo de obstruir, sino, sobre todo, de producir. Producir cuestionamientos, alternativas, aperturas, prácticas, espacios, discursos, metodologías y saberes travados: gestados desde la experiencia, el cuerpo, y la furia travesti.

Con esto en mente, el libro que ahora leen, *Travar el saber*, es producto de una colaboración de una red de estudiantes, colegas, profesoras/es, exalumnos, y compiladores que hemos trabajado para documentar, de forma escrita y formal⁷, los logros – narrados en primera persona – de estas instituciones educativas y de movilización social en su lucha por, no solo incluir a personas trans/travestis en espacios educativos, sino, sobre todo, por redefinir el contenido y la ideología educativa, cuestionando su sustrato patriarcal y heteronormativo. Concretamente, *Travar el Saber* se enfoca en las experiencias en primera persona de estudiantes, graduadas/os, y profesorado de tres lugares importantes como proyectos de educación que rebasan la invisibilidad y se enmarcan en la inclusión activa de personas trans y travestis: el Bachillerato Popular Trans Mocha Celis, la Universidad Nacional de la Avellaneda (UNDAV), y La Universidad Nacional de La Plata (UNLP) en su relación con la organización comunitaria OTRANS - Argentina. En este punto es importante aclarar que relatos en primera persona no son relatos ni individuales ni privados; nunca son solamente narrativas individuales sino también, y quizás sobre todo (como explicamos en detalle más adelante), constituyen textos sociales y políticos en tanto expresan: (1) patrones sistemáticos de exclusión y, (2) respuestas y formas de resistencia a dicha discriminación. Las narrativas que van a leer recogen formas de devenir, de insertarse y redefinir, es decir, de dinamitar desde dentro el sistema epistemológico y las prácticas pedagógicas que, no sólo han expulsa-

7 La documentación oral y visual es tan importante como la escrita, sobre todo cuando hablamos de saberes que no pasan por un contexto institucional de educación formal. Invitamos a nuestras/os lectoras/es a consultar documentos en línea, videos, documentales y otras modalidades en los medios y la internet que documentan varios aspectos del éxito de dicha educación, narrados en primera persona por las y los estudiantes trans.

do a las personas trans/travestis del espacio educativo, sino que han definido su expulsión como natural, deseable e incluso necesaria para un proyecto nacional fundado en la normatividad sexo genérica y heterosexista. Por eso, insistimos, a diferencia de los discursos que predominan en el norte global en los que se enfatiza el carácter casi caritativo o neoliberal⁸ de las políticas de diversidad e inclusión, aquí no se trata solo de cómo cambia la vida de una persona trans cuando finalmente accede a la educación, sino, más bien, de qué le pasa al sistema educativo y a la sociedad en general cuando muchas personas trans/travestis lo acceden y ocupan, revolucionándolo.

El Bachillerato Popular Trans Mocha Celis (cariñosamente referido por sus estudiantes como “la Mocha”) es el primer espacio educativo a nivel mundial dedicado a las personas trans, travestis, o transgénero. Es un espacio gratuito que, si bien se centra en las necesidades y experiencias de esta población para redefinir su proyecto educativo institucional y su praxis, no es exclusivo ni excluyente. Por el contrario, es ante todo un espacio incluyente y generador de encuentros que abrió sus puertas en el año 2011. La UNDAV es una Universidad de ingreso gratuito que además de acceso directo ofrece la posibilidad de terminar la secundaria, motivando así a que quienes han sido expulsados tempranamente del sistema educativo (como la mayoría de personas trans) no sólo terminen su bachillerato sino que además continúen con una formación superior; la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) es una Universidad de investigación que ofrece grados de licenciatura, y estudios graduados de maestría y doctorado. La cercanía desarrollada entre la Universidad Nacional de La Plata y OTRANS, organización de base comunitaria que ocupa un espacio dentro de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP, ha logrado importantes avances en el reconoci-

8 Por ejemplo, la industria de la diversidad insiste en resaltar por qué incluir personas diversas es “bueno” para los negocios, esforzándose por (de)mostrar que los equipos diversos son más creativos y generan más ganancias, que las empresas lideradas por mujeres son menos propensas a la quiebra, etc. Para estos temas en relación a personas trans/travesti, referírase a: Irving (2008).

miento e incorporación de estudiantes trans, incluyendo migrantes de otros países. La historia de cada uno de estos proyectos es variada y compleja, y de vital importancia para contextualizar las narrativas en primera persona que *Travar el saber* recoge. Por eso, el libro abre con textos que, al estar escritos por personas pertenecientes a cada uno de los proyectos, narran estas trayectorias desde dentro.

Con todo, reconocemos las limitaciones de *Travar el saber*. Este libro es únicamente un primer esfuerzo de compilación de estas iniciativas. Dicho de otro modo, es una historia incompleta pues cada narrativa es un fragmento de un tejido más amplio de logros y retos. Pero resulta importante resaltar que existen otros proyectos similares que aunque a menudo no están conectados de manera explícita y ni siquiera consciente, merecen atención. Puntualmente, es necesario resaltar la importancia de un plantel educativo que influye directamente a estas tres instituciones: el Instituto Universitario de Madres de Plaza de Mayo (previamente conocido como la Universidad Popular de las Madres de Plaza de Mayo) en Buenos Aires. “Las Madres”, como se le llama con frecuencia y cariño, fue uno de los principales espacios de formación política y académica de referentes como Lohana Berkins, Marlene Wayar y Diana Sacayán, y continúa siendo un referente académico de transformación social y de militancia con egresadas que transitan entre, y hacen parte de, las tres instituciones en las que *Travar el saber* se enfoca. La Universidad Mar de Plata también hace parte de esta constelación de saberes travestis con proyectos de formación política explícitamente vinculados a la lucha por el cupo laboral trans. Finalmente, la recientemente inaugurada Primera Escuela de Formación Política de Liderazgos Trans y Travestis “Lohana Berkins” se une a las luchas por *travar el saber* tanto en espacios formales (dentro de instituciones educativas con capacidad de otorgar titulación oficial) como informales (con proyectos de formación intelectual, activista y académica no conducentes a títulos

reconocidos por el Ministerio de Educación).⁹ Aunque por razones de tiempo y espacio no hemos podido incorporar estos esfuerzos, reconocemos su importancia y aspiramos a que cada vez sean más los proyectos que contribuyan a esta misión, y ojalá también se multipliquen las voces que documentan y visibilizan estas experiencias.

Categorías identitarias, categorías políticas

Antes de seguir, resulta pertinente explicar la diferencia –a nuestro entender– de los términos identitarios utilizados en las narrativas que van a leer. A lo largo del texto hemos optado por el uso de los términos “trans y travesti” o “trans/travesti” en contraposición al cada vez más homogéneo (y quizás homogenizante) “trans” para reconocer las connotaciones que “travesti” tiene como categoría identitaria y política en Argentina. “Travesti” es la palabra con la que muchas de las autoras del libro se identifican a sí mismas, lo cual de por sí justifica el uso de un término que en otros contextos latinoamericanos resulta fuertemente injurioso, y denota abyección y violencia. Aunque este también sea el caso en Argentina, el término travesti ha sido usado desde hace décadas como parte de un trabajo consciente de resignificación. Cristalizado en los textos de Lohana Berkins pero gestado en la militancia colectiva de todas aquellas personas que pusieron el cuerpo en las épocas más duras de la violencia transfóbica, “travesti” toma la fuerza destructiva del insulto y la resignifica en potencia gestadora y política. Travesti pasa de la injuria al reconocimiento consciente y gozoso de la diferencia sexogenérica. Como dice Berkins en *Travestis*, una identidad política: “el término travesti ha sido y sigue siendo utilizado como sinónimo de sidoso, ladrona, escandalosa, infectada, marginal. Nosotras decidimos darle nuevos

9 <http://www.diariocontexto.com.ar/2017/10/02/empezo-la-primera-escuela-de-formacion-politica-de-liderazgos-trans-y-travestis-en-argentina/>.

sentidos a la palabra travesti y vincularla con la lucha, la resistencia, la dignidad y la felicidad”.¹⁰

De manera similar a lo sucedido en el mundo angloparlante (particularmente en los Estados Unidos) con el término queer, el término travesti en Argentina logra gestar un movimiento profundamente cuestionador, transformador y revolucionario a través del cambio de enfoque de la afrenta individual a una identidad colectiva que visibiliza y denuncia las condiciones estructurales que marcan dicha identidad como oprobiosa, promoviendo, permitiendo o justificando su exclusión del espacio social, político y económico de la nación. Travesti se constituye entonces en un término jánico que, por una parte, mantiene su mirada fija en un pasado de abyección y violencia, preservando su memoria como fuerza potenciadora y como necesario homenaje a las demasiadas víctimas del hetero/cis/sexismo; y, por otra, mira hacia el futuro con la seguridad de tener, como dijo Lohana, la capacidad y “el coraje necesario[s] para engendrar otra historia”. (Berkins, 2008).

En este sentido, la palabra travesti también encarna (y usamos el verbo activando las connotaciones de materialidad y corporalidad que conlleva) uno de los principios rectores que guían el planteamiento ético-epistemológico de este proyecto: la importancia de los relatos en primera persona. Como dijimos anteriormente, travesti es la palabra utilizada por muchas personas no solo para referirse a sí mismas, sino también para marcar una distancia con otros términos considerados patologizantes y provenientes de saberes marcadamente hetero/cis/sexistas (como lo ha sido la categoría sociomédica transexual). La apropiación y resignificación del término hace parte de un ejercicio de resistencia política y epistémica que se contrapone a los discursos que han circulado sobre, pero sin tener en cuenta las

10 Para una historia detallada sobre la trayectoria política de los movimientos de personas trans y travestis en Argentina, ver Berkins, 2003, 2008; y *Las travestis siempre estuvimos aquí*. <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/1-2444-2012-05-12.html>.

experiencias de, las personas que no encajan en el binario sexo/género. Citando a Lohana una vez más, el término travesti marca el deseo de nombrarse: “fuera de cualquier disciplina teórica que se arrogue la facultad de definirnos sin reconocer nuestra agencia y nuestro poder como sujetas en el marco de los condicionamientos sociales que nos han afectado históricamente” (Berkins, 2008).

Esto no significa que el uso de travesti pretenda imponerse como una nueva categoría identitaria hegemónica que cuestione o rechace otros modos de nombrarse y militar. Nada más lejos del ethos transformador y acogedor del término. De ahí el uso de trans/travesti. La palabra trans, de uso más reciente, llega con sus propias connotaciones y genera nuevas tensiones y oportunidades para el colectivo y su lucha. Para algunas, el término marca una brecha generacional y se diferencia de travesti en sus connotaciones de clase y raza, e incluso, en una supuesta despolitización de la identidad y un deseo asimilacionista y de respetabilidad que pondría en riesgo el carácter profundamente interseccional de la militancia travesti en el país. Sin embargo, los relatos aquí recogidos muestran que si la diada trans/travesti connota las tensiones internas de todo movimiento social (producidas, en parte, por los profundos y rápidos cambios sociales que dicho movimiento ha gestado), el término también preserva el valor crítico y la fuerza transformadora de una diferencia sexogénica necesariamente marcada por vectores de clase, raza y estatus migratorio, entre muchos otros. Trans/travesti nombra una identidad autopercibida que acoge muchas formas distintas de habitar y poner el cuerpo desde la diversidad sexogénica, al tiempo que evoca la militancia histórica y el anhelo revolucionario de la lucha de este colectivo, no por la inclusión dentro de un sistema excluyente, sino por la transformación radical de las categorías e instituciones que lo sostienen y reproducen; entre ellas, de manera principal, la educación.

Contexto

El proyecto de *Travar el saber* que acá presentamos tiene relevancia a nivel global. Dada la exclusión sistemática de personas trans y travestis, el hecho que haya proyectos que se esfuerzan por reinventar la educación para que las personas trans puedan estudiar sin violencia física, sexual, simbólica y epistémica es trascendental, pues implica un replanteamiento profundo de las prácticas y principios de la gran mayoría de sistemas educativos oficiales. Lastimosamente, no son muchos los esfuerzos que se enfocan en este tipo de transformaciones estructurales. En Brasil existe un programa de acceso escolar, Preparanem; también existe el Preuniversitario Trans María Rita en Chile; estos son algunos casos fuera de la Provincia de Buenos Aires que han venido surgiendo paralelamente a los mencionados en este volumen. Aunque el contexto político y social es distinto, estos países vecinos proveen vivencias valiosas de las cuales hay también mucho que aprender, ojalá a través de la compilación y circulación de relatos en primera persona. Más aún, más allá del compartir experiencias institucionales que puedan ser de utilidad para quienes adelantan este tipo de trabajo en otros contextos, consideramos relevante resaltar la importancia de visibilizar procesos originados en el sur global. Es decir, que surgen desde realidades regionales y nacionales concretas y crean propuestas que atienden a necesidades y aspiraciones locales.

En ese sentido, el contexto socio-cultural y político de Argentina tiene mucho que ver con la forma en la que estos proyectos se han desarrollado, con los retos que afrontan y también con las oportunidades que brindan tanto a las personas trans/travesti de educarse en espacios formales, como a las personas no trans para (re)educarse a través de la convivencia y del cuestionamiento de los prejuicios que con mucha frecuencia pasan como conocimiento respecto a las personas pertenecientes a la diversidad sexual y de género. Sin embargo, estos proyectos no asumen ingenuamente que la convivencia basta para generar procesos de cambio institucional, ni mucho menos po-

líticos y sociales. Por eso, no se trata solo de “exponer” a las personas a realidades de las que tienen poco o ningún conocimiento, sino de asumir la diversidad sexogenérica como eje transversal que permite visibilizar la hetero/cis/normatividad que subyace al proyecto nacional de modelación de ciudadanías y, en consecuencia, gesta su replanteamiento. Así, estos proyectos tienen el potencial de ser transformadores en tanto retan el conocimiento tradicional, y cuestionan categorías analíticas y jerarquías sociales sin simplificar ni mercantilizar la diferencia.

Más aún, como esfuerzos que se inician antes de la aprobación de la Ley de Identidad de Género en 2012, tanto la Mocha Celis como OTRANS son proyectos clave en la larga lucha por reivindicar la identidad autopercibida de personas trans/travesti.¹¹ En este sentido, cabe resaltar la existencia de militancias con un largo recorrido en pensar cómo abrir espacios para la creación de una educación amplia, popular, inclusiva e incluyente desde, y no solo para, la diversidad sexogenérica. Estos esfuerzos contribuyeron a moldear la Ley de identidad de género, fueron clave en comunicar su importancia a un público más amplio, abonaron el terreno para su implementación, y, también, se beneficiaron de su aprobación. Es decir que existe una relación de reciprocidad, no de linealidad, entre las iniciativas aquí presentadas y la Ley: ésta no es el origen sino el resultado de la militancia histórica que a la vez la gesta y se beneficia de ella. Pese a sus diferencias y es-

11 Esta ley fue la primera en el mundo en reconocer la identidad de género de las personas basándose exclusivamente en la autopercepción, independientemente de intervenciones médicas o evaluaciones psicológicas. “Se entiende por identidad de género a la vivencia interna e individual del género tal como cada persona la siente, la cual puede corresponder o no con el sexo asignado al momento del nacimiento, incluyendo la vivencia personal del cuerpo. Esto puede involucrar la modificación de la apariencia o la función corporal a través de medios farmacológicos, quirúrgicos o de otra índole, siempre que ello sea libremente escogido. También incluye otras expresiones de género, como la vestimenta, el modo de hablar y los modales”. Fuente de la definición: Los Principios de Yogyakarta - <http://yogyakartaprinciples.org/preamble-sp/> citado en la Ley de Identidad de Género Argentina 26-743 del 2012: <http://fiscales.gob.ar/e-book-genero/Capitulo2-Normativa/Nacional/08.Ley26743.pdf>).

pecificidades, la Mocha, la UNDAV y OTRANS, en su relación con la UNLP, incorporan un enfoque crítico de cuestionamiento del poder y articulan formas distintas de trazar el saber que traen sus propios retos y oportunidades, sin que ninguna sea mejor que la otra. En cada una de ellas, la práctica de poner el cuerpo se activa para rebasar las barreras estructurales, visibilizar las violencias y exclusiones sobre las cuales se sostiene la diada saber-poder, y recentrar el cuerpo (en particular el cuerpo trans/travesti) como espacio legítimo y necesario de producción de conocimiento y de rearticulación de la epistemología y la praxis pedagógica.

Estructura, metodología y edición de relatos personales

Como dice Alma Fernández, egresada de Mocha Celis, en su narrativa: “no hay nada más real y verdadero que un relato en primera persona”. Los relatos en primera persona son clave para crear y sostener saberes paralelos a los saberes institucionalizados. La necesidad de este paralelismo surge porque históricamente sólo existen saberes institucionalizados que evidencian normatividades e intentan regular, disciplinar, y de algún modo castigar, los cuerpos liminales que son tratados como abyectos.

En ese sentido, Trazar el saber se inserta en una trayectoria traza que desde hace años viene priorizando las voces travestis en los estudios estadísticos sobre sus condiciones de vida. Como bien muestran los libros *Cumbia, copeteo y lágrimas* (Lohana Berkins, 2007), la histórica *Gesta del nombre propio* (Lohana Berkins, Josefina Fernández, 2005), y su reciente actualización por parte de un equipo de estudiantes y docentes de Mocha Celis, *La revolución de las mariposas: a diez años de La Gesta del Nombre propio* (2017), las estadísticas son útiles para enmarcar y cartografiar una realidad social, económica, y política, pero no la corporizan de una forma inteligible para muchas/os. Por eso, gran parte de la fuerza de estos libros im-

prescindibles son las muchas voces que le dan cuerpo y sentido a la realidad esbozada por los números. La metodología colectiva, participativa y mixta (que une narrativas personales con información estadística) evidencia las limitaciones de estudios realizados enteramente por investigadores externos a la realidad documentada en los que se priorizan las voces y las necesidades de dichos investigadores, y usualmente giran en torno a la recolección de datos. Este diseño metodológico silencia desde el comienzo la experiencia trans/travesti al reducirla a una información estadística aséptica que invisibiliza el impacto emocional, psicológico y físico de dicha discriminación estructural. En medio de los números se pierde la cotidianidad de los cuerpos marcados por la violencia de la normatividad, se amordazan las historias de resistencia y se desdeñan los saberes producidos desde y por dichas vivencias. No obstante, las estadísticas son necesarias políticamente pues hacen parte del lenguaje del Estado y del poder, y por tanto juegan un papel importante para lograr cambios en la ley, las políticas públicas y la alocación de recursos y servicios para poblaciones históricamente marginalizadas. Así, la metodología mixta y participativa que los saberes travados han producido es particularmente efectiva pues, por una parte, las estadísticas hacen legible para el Estado y los organismos internacionales la invisibilización y violencia de la que han sido víctimas ciertas poblaciones, lo cual legitima su lucha y da peso y urgencia a su reclamo; y, por otra, los relatos personales corporizan y humanizan dicha experiencia. Esto es importante no solo porque ayuda a cerrar la brecha de empatía existente hacia las personas trans/travestis, sino porque inserta sus voces y saberes dentro del diseño, la práctica y la escritura de los procesos de producción de conocimiento.

Además, textos como los recién nombrados, de colaboración en investigación por y para personas trans/travestis, refuerzan trabajos de acción participativa y de investigación comunitaria realizados en otros lugares, entrelazándose con un corpus de nuevas formas de pensar la epistemología que desnaturaliza ciertas formas de produ-

cir saber que se han pensado y nombrado como objetivas (cuando la ciencia misma ha sido cómplice de una marginalización y exotización de las personas trans/travestis en el pasado). Esto lo hemos visto a lo largo y ancho de las Américas y en el resto del mundo. Por ejemplo, la socióloga trans canadiense Viviane Namaste, profesora y directora del Instituto Simone de Beauvoir sobre estudios de mujer y género en Concordia University, estipula en sus estudios una investigación de acción participativa donde el conocimiento es co-producido por miembros de las comunidades y con metas de investigación compartidas. Estos esfuerzos de co-creación de saberes centrados y concentrados en y desde las relaciones de poder vivenciadas por personas trans y travesti son fundamentales pues desafían formas de producción de conocimiento tradicionales que convierten a las personas trans y travestis en objeto de estudio. Los ejemplos citados arriba muestran que las personas trans y travestis son perfectamente capaces de contar y cuantificar sus propias experiencias, engendrando espacios colaborativos de creación de conocimiento trans-diseñados, trans-centrados y trans-implementados.

Travar el saber se nutre de este legado. Por eso, nuestro esfuerzo de documentación prioriza ante todo las narrativas personales de personas trans y travestis, pues estas denuncian (y se revelan contra) los procesos de exclusión sistémica que marcan, pero no determinan, sus vidas. Es decir, evidencian el acoso y la violencia que sufren las identidades y expresiones de género no normativas en los espacios de educación formal, y, de manera más amplia, en la sociedad. Además, sirven de antídoto a la mirada patologizante, exotizante o sexualizante que con frecuencia enmarca el cuerpo y la palabra trans/travesti, desafiándola con la contundencia de su poner el cuerpo, y con una voz impregnada por la certeza de quienes saben que no volverán a permitir que se les silencie. En ese sentido es importante insistir en que nuestra iniciativa ni es nueva ni pretende ser definitiva. Por el contrario, espera sumarse a los importantes procesos de documentación liderados por personas trans/travestis y apoyados por ali-

ados y aliadas de todas las identidades y sexualidades (incluyendo las más normativas) nombrados arriba, a otros que desconocemos, y a muchos otros que han de venir en el futuro. Todos estos textos recogen vivencias de distintas formas de violencia normalizadas y hasta promovidas por el Estado, pero también, y sobre todo, hablan en primera persona de la fuerza, la resiliencia, las estrategias, la solidaridad, el cariño y los anhelos de la lucha trans/travesti por la supervivencia y el cambio sociopolítico. Por ejemplo, esfuerzos que apuntan a una redistribución de la participación de personas trans y travestis dentro de las instituciones educativas. En suma, los relatos que van a leer a continuación son un conjunto necesariamente incompleto e imperfecto, pero más que eso, son bastiones de resistencia a las violencias institucionales que históricamente han marginalizado, abusado y asesinado a cientos de mujeres trans y travestis en Argentina.

Esta resistencia, estos logros, se concretan de varias maneras en estos distintos espacios. Por ejemplo, la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP) ha asignado un espacio dentro de su planta física para acoger a OTRANS. Allí, muchas mujeres inmigrantes trans y travestis socializan, conocen a estudiantes y participan de eventos. En ese ocupar el espacio diariamente, las personas trans y travestis son vistas como parte de la actividad cotidiana de la Facultad, lo cual paulatinamente desmitifica la idea de que la Universidad es un espacio foráneo y expulsivo para estas identidades, animando a varias personas a completar la secundaria o a conseguir los certificados pertinentes en su país de origen para poder inscribirse a la Universidad. En la UNDAV, algunas estudiantes trans/travestis son empleadas por la misma Universidad en roles administrativos y de apoyo. De hecho, fue un estudiante trans quien, antes de la aprobación Ley de Identidad de Género, pidió que se lo incorporara en el espacio educativo como estudiante con identidad y nombre masculinos. En la Mocha Celis, hay estudiantes y egresadas que son empleadas como ayudantes, auxiliares y/o que continúan su relación con la secundaria de forma intermitente. Ya existe un consejo estudiantil

con voz y con un fuerte posicionamiento político, Alma Fernández y Viviana González, quienes narran su experiencia en Travar el saber, han sido presidentas de dicho consejo. Estas y otras son evidencias de procesos de visibilización e inclusión más allá de un uso utilitario de la diversidad sexual y de género. Por eso, a riesgo de sonar repetitivos, reiteramos que los relatos aquí reunidos no hablan solo de lo personal; lo que hacen es partir de lo individual para ilustrar las fuerzas institucionales y los patrones sociales de discriminación, así como enfatizar las múltiples formas de resistencia a dicha situación desde la localización social que el ser trans/travesti implica en la Argentina de hoy. Contar lo personal continúa siendo político.

Teniendo esto en cuenta, el libro está estructurado en dos partes principales. La primera parte, que constituye el grueso del libro, está organizada alrededor de 6 ejes temáticos identificados como los principales vectores que impactan el acceso a, y la permanencia dentro de, instituciones educativas, a saber: (1) infancia perdida y recuperada, (2) bullying, (3) migración, (4) inclusión, (5) estudio y trabajo, y (6) la educación como arma. Reconocemos que muchas de las narrativas personales podrían ocupar espacios en varias secciones simultáneamente y, en este sentido, las divisiones pueden parecer arbitrarias. Sin embargo, esta categorización aspira a visibilizar la existencia de patrones de discriminación y de violencias recurrentes que impactan negativamente las experiencias de personas trans/travestis en su relación con la educación. Dado que pretendemos que esta compilación tenga un alcance más allá de la capital y provincia de Buenos Aires (idealmente dentro de toda América Latina) la segunda parte consta de los textos introductorios de cada una de las tres instituciones u organizaciones de donde provienen los relatos en primera persona, para contextualizar su lectura.

Conscientes también de que hay varias formas de relatar experiencias en primera persona, en Travar el saber decidimos enfocarnos en textos escritos por los y las participantes, o surgidos de la transcripción de sus relatos orales. Para intentar dar cohesión al manuscrito

to e incentivar la narración, creamos una serie de preguntas guía (ver anexo 1) que aspiran a enfocar los relatos personales sobre el tema concreto de la educación, aclarando a los y las participantes que se trataba de un documento orientador, pero no limitante ni prescriptivo y por tanto estaban en plena libertad de omitir cualquier pregunta o ignorarlo del todo. Después, intermediarios pertenecientes a las mismas organizaciones y/o los compiladores transcribimos y editamos las narrativas estilísticamente (manteniendo la voz en primera persona), y en cuanto a contenido pues, debido a limitaciones de espacio, debíamos asegurarnos que su enfoque permaneciera anclado a la educación, aunque se intersectara con otros temas como la migración, el trabajo, vivienda y salud. Con esto, queremos ser transparentes y evidenciar que incluso la producción de estos saberes en primera persona (como mucho del conocimiento cualitativo) tienen distintas fases y está compuesta por procesos que al hacer que las narrativas se ciñan mejor a las normas gramaticales, sintácticas y semánticas de los discursos con pretensión de verdad para hacerlas más legibles y legítimas dentro de este campo, cometen una violencia epistémica que borra expresiones, pausas, repeticiones, desvíos y términos a través de las cuales estas experiencias se esfuerzan por tomar forma. En ese sentido, la compilación de estas narrativas producen unos relatos estilizados que por el mero ejercicio de edición ya son distintos a las observaciones iniciales. Nos declaramos culpables de este impase intrínseco a muchísimas técnicas de investigación cualitativas, pues con cada nivel de documentación y de edición, se pierde un poco de la idea o expresión original.

Otra aclaración importante es que nuestro trabajo se amoldó a las preferencias, exigencias y posibilidades de cada una de las organizaciones que nos fueron abriendo sus puertas y dando su confianza paulatinamente durante un período de tres años. Tanto La Mocha, como la UNDAV y también OTRANS en su relación con la UNLP, escogieron formas distintas de hacernos llegar las historias que conforman Travar el saber. Por eso, las narrativas que compartimos tie-

nen variadas capas o niveles de intermediación: en la Mocha Celis y en la UNDAV los relatos fueron mediados por el profesorado de dichas instituciones; en el caso de OTRANS, los compiladores hemos tenido contacto directo con sus integrantes. En parte por esto, los relatos se leen de forma distinta tanto en su composición y extensión, como en su forma de evidenciar la relación con la educación, nuestro propósito principal.

En términos del uso del lenguaje, hemos intentado respetar el tono y vocabulario de todas las narrativas para que las voces lleguen lo más directamente posible. En cuanto al estilo, hemos dejado intacto el uso que cada participante da a las mayúsculas, negritas o cursivas, y también a la “x” o a la “e” como forma de desafiar escrituralmente el binario sexogenérico, como por ejemplo a través de expresiones como “aquellxs” o “nosotres”. También hemos mantenido los usos coloquiales e individuales de referencia a instituciones como Mocha Celis, a quienes algunas/os se refieren con el artículo femenino (“La Mocha”) y otras/os con el masculino (“El Mocha”, o “El Bachi”). Por sobre todo, intentamos respetar la individualidad de cada texto y cada historia para transmitir mejor la trayectoria, importancia y los retos de estos espacios tal y como son percibidos y vivenciados por quienes los habitan. Como comenta en su narrativa Viviana González, de la Mocha Celis, “es difícil pensar en cuál es el verdadero poder de la educación”, sobre todo cuando se trata de imaginar el potencial transformador de una educación moldeada por, pero no exclusivamente para, las personas trans y travestis. Travar el saber es una invitación a reflexionar seriamente al respecto. Es decir, a pensar qué implica y qué puede llegar a significar la reinterpretación de la noción misma de la educación poniendo la experiencia y el cuerpo trans/travesti en el centro de su praxis y su episteme.

¿Quiénes somos? ¿Por qué escribimos?

Si ven como nosotros a estos espacios educativos como algo transformador y como microcosmos de movimientos de cambio social y estructural para las personas trans y travestis, es imperante pensar en quiénes ejecutan y proveen los servicios y quiénes demandan inclusión y participación en el liderazgo de estos espacios. Existe una tensión importante entre una educación con personas trans/travestis como eje central y como dispositivo de cambio socio-cultural para las mismas personas trans/travestis, y los retos de tener liderazgos trans/travesti en dichos espacios educativos. En ese sentido, la pregunta más obvia es: ¿son estos proyectos realmente hechos por, para y con personas trans/travestis? La respuesta es compleja en tanto las personas trans/travestis han participado y participan, tienen influencia dentro de éstos, al tiempo que verbalizan su resistencia a patrones históricos de exclusión. No obstante, hay momentos en ciertas instituciones (como la Mocha Celis) donde el liderazgo trans/travesti es más evidente que en otros, y donde los posicionamientos varían y los roles de líderes o liderezas también fluctúan. Muy a pesar de estos esfuerzos, las personas trans y travestis no tienen muchas posiciones de liderazgo en espacios educativos, aunque esperamos que la Mocha Celis, la UNDAV y la UNLP en su relación con OTRANS Argentina sean el principio de tan necesaria transformación. A la vez, hay que reconocer que el decanato de la Universidad de La Plata y el liderazgo de la Mocha Celis y de la UNDAV responden a políticas de coalición entre personas gais y hetero¹² que aportan otras formas de poner el cuerpo y de repensar los saberes y prácticas educativas. Esta tensión exige una exploración en sí misma por las implicaciones que conlleva en una sociedad que privilegia aún a las personas con experiencia de vida más normativa, y no puede ser eludida en un libro basado en los

12 Entendido aquí, según el uso que le da la mayoría en el contexto: tanto como heterosexual como cisgénero (no trans).

relatos en primera persona de personas trans/travestis pero compilado por dos personas que no lo son.

Porque quizás la pregunta silenciosa, desde que comenzaron a leer este libro es: ¿quiénes son los compiladores que vienen “desde afuera” a facilitar este proyecto? Un puertorriqueño y una colombiana que trabajan en una universidad en Washington, D.C, es decir, el corazón del contexto ideológico y sociopolítico del cual han salido muchas de las políticas, iniciativas y perspectivas que aquí se cuestionan. En ese sentido, es claro que nosotros también traemos nuestra propia carga de saberes, expectativas y prejuicios. Hemos intentado ser conscientes de esto a lo largo del proceso y, siguiendo los principios de metodologías y epistemologías éticas delineadas por Namaste (2015), no imponer ni nuestra perspectiva ni nuestros intereses personales y profesionales, sino más bien socializarlos de manera transparente, sometiéndolos a la reflexión y replanteamiento constante como resultado de las conversaciones, realidades y demandas de las personas que tan generosamente trabajaron y compartieron con nosotros sus saberes y vivencias, y también sus casas y su mate.

El principal objetivo de Travar el saber es compartir las invaluable experiencias de distintos procesos y proyectos que le han apostado a la educación de, por y para (aunque no exclusivamente) personas trans/travestis como parte fundamental del cambio social en la provincia de Buenos Aires. Estamos convencidos que desde su especificidad y variedad, y también con sus retos, contradicciones y logros inmensos, estos esfuerzos contruidos desde la lucha diaria tienen mucho que aportar a la construcción de una sociedad más justa e incluyente, no sólo en la región, sino que también ofrecen un importante cambio de enfoque a las políticas y al activismo del Norte Global.¹³ Teniendo esto en cuenta, nuestro principal rol ha sido el

13 Al estar basados en los Estados Unidos, vemos con inquietud cómo la lucha por la justicia social se está dejando de lado debido al tránsito de una preocupación por el bienestar y los derechos del individuo, hacia el individualismo. Por ejemplo, la importante batalla por los baños de género neutro está ocupando gran parte de la atención nacional y drenando los recursos de muchas organizaciones, pero la

de enmarcar este libro para una lectora o un lector que no conoce el contexto argentino, no es experta/o en temáticas trans/travestis, o que pese a este conocimiento e interés simplemente no sabe que han existido en la provincia Buenos Aires, por una década ya, esfuerzos de ser incluyentes más allá del lenguaje de la inclusión. Nuestro deseo es que estos relatos en primera persona visibilicen los logros y retos de proyectos como el Bachillerato Popular Mocha Celis, la UNDAV y la colaboración entre OTRANS y la Universidad de La Plata, y los pongan en conversación con otros esfuerzos similares que, o bien ya están en marcha, o están apenas empezando a gestarse en el Cono Sur, Latinoamérica u otros lugares del mundo. En otros espacios, otros proyectos hechos por otras subjetividades, harán conexiones distintas a las nuestras. Es por eso que vemos este libro como un primer paso a una documentación más extensa de dichos esfuerzos de cambios culturales y sociales en espacios educativos.

Como personas no trans –una heterosexual, otro gay– que llevamos años visitando estos espacios, agradecemos la hospitalidad, la generosidad y la paciencia sin las cuales este proyecto no habría sido posible. También reconocemos y reivindicamos las tensiones que sentían y sienten personas trans/travestis sobre nuestra presencia y participación en esos espacios, tensiones que no borraremos sino en las que insistiremos como plataforma de trabajo fructífera en este libro y otros esfuerzos. A pesar de saber que somos solo herramientas que facilitamos la circulación de estos conocimientos en primera persona, de estas vivencias y experiencias de re-educar al sistema educativo y re-insertarse en estos espacios, sentimos una gran satisfacción de presentar esta trayectoria de esfuerzos para poder

posibilidad de una ley de identidad de género que reconozca y garantice los derechos de las personas *trans/travesti* de manera integral no ha empezado siquiera a discutirse y parece del todo vedada en el presente ambiente político. En este contexto, el derecho a la privacidad encarnado en “la guerra por los baños” (como se le ha llamado en los Estados Unidos) corre el riesgo de enmarcar el debate de manera reduccionista, desconectada de luchas más urgentes y necesarias por la obtención de derechos como la salud, la vivienda, el trabajo, la educación, e incluso, la vida misma.

imaginar un travar el saber desde y por el sur trans y travesti y para el sur trans y travesti. Estamos más que agradecidos por la confianza puesta en nosotros para compilar y editar estos ensayos. Nos honran con la oportunidad de colaborar en este esfuerzo de la revolución de las mariposas.

Bibliografía

- Ahmed, S. (2012). *On being included: racism and institutional life in academia*. Duke: University Press.
- Balderston, D. (1999). *El deseo, enorme cicatriz luminosa*. Caracas/Valencia: EXcultura.
- Berkins, L. (2003). Un itinerario político del travestismo. En Diana Mafía (compiladora). *Sexualidades migrantes. Género y transgénero*. Buenos Aires: Scarlett Press, pp. 127-137.
- Berkins, L. (2008). *Travestis: una identidad política*. En Alfredo Grande (compilador). *La sexualidad represora*. Buenos Aires: Topía Editorial, pp. 43-51.
- Berkins, L. (Coordinadora). (2007). *Cumbia, copeteo y lágrimas: informe nacional sobre la situación de las travestis, transexuales, y transgéneros*. Buenos Aires: Asociación de la Lucha por la Identidad Travesti y Transexual.
- Berkins, L. y Fernández, J. (Coordinadoras). (2005). *La gesta del nombre propio: informe sobre la situación de la comunidad travesti en la Argentina*. Buenos Aires: Ediciones Madres de Plaza de Mayo.
- Butler, J. (1993). *Bodies that Matter, on the Discursive Limits of «sex»*. Nueva York: Routledge.
- Derrida, J. (1968). “Differance”. Conferencia pronunciada en la Sociedad Francesa de Filosofía, el 27 de enero de 1968, publicada simultáneamente en el *Bulletin de la Société française de philosophie* (julio-septiembre,) y en *Theorie d'ensemble* (col. Quel, Ed. de Seuil,

- 1968). Consultado el 1 de diciembre del 2017 en: <http://projectlamar.com/media/Derrida-Differance.pdf>.
- Irving, D. (2008). Normalized transgressions. Legitimizing the transsexual body as productive. *Radical History Review* 100: 38-59.
- Ministerio Público de la Defensa, Ciudad Autónoma de Buenos Aires. (2017). *La revolución de las mariposas: a diez años de la gesta del nombre propio*.
- Namaste, V. (2015). *Oversight: critical reflections on feminist research and politics*. Toronto, Canadá: Women's Press.
- Sutton, B. (2010). *Bodies in Crisis. Culture, Violence, and Women's Resistance in Neoliberal Argentina*. Rutgers University Press.

RELATOS

INFANCIA PERDIDA Y RECUPERADA

“Cuando tenía 17, 19 años, no tuve profesores, y ahora los tengo, ¡a los 39!”

Claudia Elizabeth Ayala, 39 años, estudiante de tercer año en Mocha Celis

En otros colegios mi experiencia fue mala por la discriminación. Además, yo no hablaba bien con la gente, me expresaba mal, y vivía peleando y discutiendo con todo el mundo. Cualquiera que me hacía una carita o se reía yo pensaba que era conmigo y me peleaba en la calle. Eran sobre todo los hombres, las compañeras me aceptaban, pero los hombres no. Me tenía que pelear con ellos en los recreos y a la salida, “por puto”.

Conocí La Mocha por una compañera que se recibió de aquí, Alma¹⁵. Ella me lo dijo hace tres años, pero yo tenía miedo de ir porque yo ya había ido a otras escuelas y tenía miedo de regresar y sentir

15 Alma Fernández, egresada de Mocha Celis. Presidenta y parte del grupo fundador del Centro Estudiantes de Mocha Celis (2016-2017).

el codeo, las miradas. Entonces yo le dije, “no, la verdad que me quedo en casa” y Alma “¡no, no!”, y así pasó otro año y otro más, y Alma seguía diciéndome: “Claudia tenés que ir” y yo, “no, no, ¡no quiero, no quiero!”, y bueno un día me dijo: “vamos al Mocha” y no sé por qué ese día dije, “y bueno, vamos.” Me trajo a la escuela y me encantó.

Desde el primer día que llegué me encantó el Mocha, no lo cambio por nada. Me gustó por la gente, y porque me permitió vivir una etapa perdida de mi vida: tener compañeros, una secundaria. Yo me acongojaba al pensar que nunca hice la secundaria. A los 9 años dejé la escuela. No estudié nada, no sabía lo que era matemáticas nada. Ahora tengo 39 años, voy a cumplir 40, y el Mocha cambió mi manera de pensar. Antes pensaba que ya no había tiempo para mí, que lo único para mí era la prostitución y drogarme. Pero el Mocha me sacó de eso, sé que hay otras cosas para mí. Ahora sé que no es una etapa perdida para mí, que no se me terminó el tiempo todavía.

Mi manera de vivir cambió. Conocí a un montón de gente linda y buena, como mis profesores. Yo, cuando tenía 17, 19 años, no tuve profesores, y ahora los tengo, ¡a los 39! Para mí, de grande, decir “profesor, profesor,” y sentir que realmente son mis profesores es gratificante. Yo todo eso lo había perdido y ahora lo recuperaré, y me encanta.

Ahora soy otra persona, puedo llorar. Antes no lloraba porque tenía miedo, miedo de la gente y de mi propia familia. El Mocha me hizo llorar, me abrió, me hizo sentir; me permitió ser sensible, y me hizo fuerte. Yo cambié, yo veo que cambié para el Mocha.

También he aprendido a valorar más a mi familia, aunque ellos no me quieran, igual los valoro. Aunque un poco sí han cambiado. Mi familia antes me llamaba por mi nombre verdadero. Ahora yo los hice entender, que es lo que entendí acá, que todos somos distintos y hay que respetar a cada uno como es. Que no somos todos iguales, y mi familia me empezó a decir “Claudia.” También les enseñé que hay chicas trans y hay chicos trans. Les enseñé lo que son las chicas trans, lo que son las travestis, lo que son los transformistas, los gais. Les enseñé todo a mis hermanos, a mi mamá, a mis suegros, y eso

que mis suegros son re cerrados, son re machistas, y lo entendieron. Si mis suegros, que son tan cerrados, lo entendieron, ¿por qué no lo puede entender otra gente?

Por eso el bachi es mi segunda casa, y aunque esté en mi casa yo pienso en el bachi. Me levanto pensando en el bachi y casi siempre hablo del bachi. Para mí, el bachi siempre está presente. En cualquier conversación mía, en la calle, en mi familia, yo siempre lo nombro, porque nos enseñó a ser personas. Por ejemplo, a mí me enseñó a no agredir. Antes yo agredía mucho, peleaba mucho, puteaba mucho y en el bachi no, aunque todos seamos distintos: algunas somos grandotas, pendejas, menores, gais, chicos trans, chicas trans, y, para mí, todos son iguales. Hoy en día a los chicos trans los veo como chicos. Antes no, antes me daba impresión verlos, o ver un gay, o una mariquita, a mí me molestaba. El bachi me cambió esa manera de pensar. Entiendo que somos todos distintos. Yo empecé como una mariquita, como un gay, ¿cómo voy a discriminar? El bachi me cambió la cabeza, y me hizo valorar todas esas cosas.

Para mí el bachi es todo; la verdad yo no lo cambio por nada. No creo que haya otra escuela como el bachi. Yo, con 39 años que tengo, no vi nada parecido. Nunca voy a olvidar esta experiencia, ni todo el aprendizaje. Los profesores y los directivos son re buena onda; te ayudan, te abrazan, sentís ese cariño de los profesores y los compañeros. Eso es lo que yo sentí estos tres años.

En el futuro quiero trabajar. Siempre quise tener un trabajo, aunque no sé muy bien en qué. Tal vez en limpieza, eso siempre me gustó, pero bueno, que se dé lo que se dé.

“Hay una escuela en donde hay más chicos trans...”

Dylan Ariel Scarone, 21 años, estudiante de tercer año en Mocha Celis

En otras escuelas fueron muy malos; sufrí mucho porque no encajaba. No sentía que encajaba ni con las mujeres ni con los varones,

o, más bien, intentaba encajar con los varones, pero ellos no me aceptaban porque me veían como mujer, entonces no encajaba en ningún lado, y cuando vos sos el que no encaja siempre te agreden, sobre todos los compañeros y compañeras. Tuve alguna que otra profesora que también me agredió, pero después las relaciones con los profesores fueron buenas.

Por eso la escuela se me hacía complicada, no tenía muchas ganas de ir a clase, me iba mal y repetía mucho.

Pero yo estaba en una organización de chicos transgénero que se juntaban tipo como un grupo psicológico para apoyarse entre ellos. Una vez escuché a un chico decir entre comentarios: “eh, ¿escucharon? hay una escuela en donde hay más chicos trans, y esto y lo otro”. Yo no le di mucha importancia, pero al cabo de un año, cuando no quería estudiar más porque la había pasado muy mal en el colegio, me acordé de eso y empecé a buscar por internet, encontré la dirección y casualmente estaba muy cerca de mi casa.

Vine a la Mocha porque creí que iba a encontrar gente como yo, y que iba a ser un poco más inclusiva, y sí, fue fácil porque es un lugar donde no te sentís discriminado. Cuando venís sentís que podés estudiar tranquilo, y te abre mucho la cabeza porque podés tener un pensamiento más crítico. Además, es muy importante porque si no, no podés conseguir trabajo. Yo quiero ser profesor de historia y un montón de cosas más.

Desde que vengo acá empecé a tener mejor relación con mi familia, porque me iba mejor en la escuela. Antes era llegar y que mi mamá siempre me regañara, porque cuando tenía peleas en los colegios siempre te ponían malas notas. Aunque no fuera mi culpa, igual te echaban la culpa y se armaban muchos líos en la casa, mi mamá estaba enojada todo el tiempo.

Por eso yo pensé que no iba a terminar de estudiar y que iba a tener que empezar a buscar un trabajo, aunque también sabía que iba a ser complicado por el tema de género. Cuando fui al Mocha supe que ahora sí podía terminar de estudiar y ser lo que quiera ser.

Otra cosa importante es que creo que tenemos que cambiar la discriminación entre la misma comunidad. Por ejemplo, las chicas trans a veces se miran una a otra y una dice, “uh ¡mirá cómo está vestida esa!”, y se burla. Y puede ser que esa chica no tiene la posibilidad de comprar ropa, y se están burlando de ella, y eso está mal.

Finalmente, me gustaría que todos los profesores hagan como en el Mocha, que le expliquen a los chicos la diferencia entre género y orientación sexual, que expliquen más esas cosas para que no haya tanta discriminación y todas las escuelas sean más inclusivas.

“Mocha Celis es un sentimiento, un espacio donde puedo ser yo”

Angelina Ayala, 23 años, egresada de Mocha Celis

Conocí la Mocha por una compañera, una amiga mía que me dio un folletito. Pensé que esta vez iba a ser diferente porque sentí que podía hacer algo con mi vida, con mis estudios, cerrar esa etapa.

Para mí volver a estudiar significó una herramienta más, algo que había dejado pendiente y que quise terminarlo. Primero pensé que por mi familia, pero después me di cuenta que lo hice por mí.

Mocha Celis significa amistad, compañerismo, crecimiento, futuro, presente, familia y alguien con quien poder contar. Es un espacio donde tengo muchas personas con las que puedo comunicarme, con las que puedo llorar, con las que puedo reír, con las que puedo salir, comer algo. Para mí eso es Mocha Celis, un sentimiento, un espacio donde puedo ser yo.

La educación en una herramienta muy fuerte porque nos expande la mente, abre nuestras cabezas, adquirimos conocimientos que podemos procesar y podemos defendernos de otra manera, porque creo que estando con fundamentos y teoría podemos ver el mundo de otra forma, podemos expresarnos de otra forma, podemos hacernos en-

tender de otra forma, y eso es lo que hace la diferencia entre no estar educado y optar por la educación.

En mi cabeza sucedieron muchos cambios radicales: vi otras perspectivas, vi otras realidades, vi cosas que me cambiaron la manera de pensar sobre otras personas, sobre personas de mi mismo colectivo y sobre mí misma también.

Ahora quiero hacer más cosas de las que tenía pensadas, veo que puedo hacer más cosas, que mi voz es escuchada y todo lo que digo no es incoherente. Tengo mi propio punto de vista y gracias a mis profesores y compañeras que siempre me acompañaron a ver distintas realidades, a participar en distintos eventos, y me han motivado a seguir adelante, ahora tengo más sueños y más esperanzas.

Yo creo que en otras escuelas lo que haría es enseñar con el ejemplo de la Mocha, transmitiendo lo que pienso, lo que siento, porque en una institución los profesores, los maestros, tienen que tener concientización sobre esto. Además, son personas que se formaron para enseñar, y si ven a alguien que es diferente desde ahí nace la educación, desde el cambio de uno mismo.

Mi experiencia en la Mocha me hizo conocer a grandes personas, con grandes corazones con las que me sigo juntando, que me han sabido llevar, me han sabido respetar, me han sabido contener y un montón de cosas más. Es muy lindo darse cuenta de que en ciertos espacios puedes conocer a diversas personas, que pueden ser amistades muy lindas, es como un corazón de hermandad, y de una manera muy tierna son personas que cuidan de mí; siempre se preocupan por mí y siempre van a estar ahí para mí y yo voy a estar para ellos.

“El Bachi significa cariño, ayuda, estudio; significa mi familia”

Sofía Moreno, 19 años, estudiante de tercer año de Mocha Celis

Antes mi experiencia con la educación fue un horror, un horror. Yo estudiaba en una [institución] técnica, y tenía que cumplir 12 horas, de 6 de la mañana a 6 de la tarde. Tenía una vida muy estricta, y una manera de pensar muy estructurada. En el bachi me cambió mucho el pensamiento, cambió mi forma de actuar, de hablar, de presentarme como la persona que siempre sentí que soy, Sofía. Por eso decidí terminar el secundario.

Mi madrina era travesti, y yo la única persona que tengo en la memoria que hacía todo por mí era mi madrina. Mi vieja no me cuidaba, pero estaba mi madrina, y mi madrina era travesti. Entonces, yo veía a mi madrina y yo la miraba, y creo que una en todo momento sabe lo que es, ¿no? Así que llegué al Mocha, y me encanta.

Para mí el Bachi significa cariño, ayuda, estudio; significa mi familia. Falto a veces, pero es mi segunda familia. Yo con mi familia no cuento, porque tienen otra manera de pensar. Entonces el Mocha es mi segunda casa también: puedo comer, le puedo pedir algo a Pancho¹⁶, en todo sentido, le puedo pedir ayuda en lo que sea, en el trabajo, o en lo que sea. Ese compañerismo me encanta.

Otra cosa que cambió es que yo antes trabajaba todo el día en la calle, ya no. El Mocha me dio un horario, una responsabilidad que tengo que cumplir, y eso me tranquilizó. Ahora trabajo, pero sólo en la tarde, cuando salgo del bachi.

Para el futuro tengo muchos planes. Obviamente terminar la escuela, y estudiar para ser asistente social. También tengo proyectos en mí, cirugías: quisiera hacerme las lolas. También me gustaría que mi familia me acepte.

16 Francisco Quiñones Cuartas, director del Bachillerato Popular Trans Mocha Celis y parte del equipo fundador de la escuela.

Respecto a cambios que la escuela podría hacer, tal vez ser más flexibles con el horario, porque como es una escuela para adultos, deberían ser menos días. Pero en general me encanta la Mocha.

“El Bachi fue una familia que me rescató”

Vir Silveira, 33 años, egresada de Mocha Celis. Hoy es estudiante de Abogacía en la UBA y trabaja en el Ministerio Público Fiscal

Mis experiencias en otras instituciones de educación formal antes de la Mocha fueron pésimas. La sociedad no estaba preparada en ese momento para que yo pudiera acceder a la educación cuando era mi derecho. Por ejemplo, no podía ir al baño, no podía hacer cierto tipo de cosas como ir a gimnasia, porque los baños son de hombres o de mujeres, y en el de mujeres no me dejaban entrar. Siempre me ponían límites, tenía que cursar de noche lo que era muy peligroso en mi provincia, un montón de cosas que hacían que la pasara muy mal. Sufría porque yo quería estudiar y a mí el estudio me salvó muchísimo, me sacó de un lugar en el que yo no quería estar.

Conocí la Mocha a través de Facebook, a través de una compañera trans, y sentí que iba a ser diferente porque se llamaba Bachillerato Popular Trans Mocha Celis. En ese momento la palabra trans no era tan nombrada, éramos las travestis, y estratégicamente el Bachi tenía el nombre de Trans que recién estaba nombrándose y fue muy bueno. Cuando me entrevisté con la gente del Bachi, con Francisco y Agustín¹⁷, la verdad que fueron muy accesibles conmigo, fueron muy dóciles y yo pude entender que iba a ser totalmente distinto. Después, cuando fui al Bachi, me encontré con una realidad increíble que era como una familia, la verdad que el Bachi fue una familia que me rescató de muchas cosas que me podrían haber sucedido.

17 Francisco Quiñones Cuartas, director del Bachillerato Popular Trans Mocha Celis y parte del equipo fundador de la escuela. Agustín Fuchs, docente de la materia Salud y parte del equipo fundador de la escuela.

La mocha para mí es mi casa, mi escuela, el lugar que me ayudó a crecer, a ver la vida como realmente era, y a ser una persona, la Mocha me ayudó a ser una persona distinta.

Volver a estudiar significó recuperar una etapa que había perdido, significó volver a acceder a los derechos que cada persona tiene como la educación, la salud, poder conocer nuevas situaciones y poder enfrentar la vida de otra manera, me llenó de herramientas para poder ser la persona que hoy realmente soy, siempre fui igual, sólo que ahora tengo un contenido más rico.

El poder de la educación es llenar y enriquecer a una persona de algo que perdió, porque con el tiempo una va perdiendo conocimientos, va perdiendo y adquiriendo otros pero en mi caso, y en el caso de otras compañeras que conozco, el conocimiento que habíamos adquirido era malo, porque la gente nos impulsaba a la marginalidad, a ser marginales, a armar guetos y eso no tiene que existir, nosotras somos ciudadanas de derecho y podemos acceder a cualquier derecho que sea para cualquier persona, somos seres humanos.

A partir de mi experiencia en la Mocha accedí a la educación, accedí a la salud -lugares que estaban prohibidos para mí-, accedí a una vivienda, accedí a un empleo, accedí a poder ser par de una persona, una profesional, y poder competir, y poder ganarme mi respeto delante de la gente y que la gente sienta mucho orgullo, que mi familia, mis amigos, sientan mucho orgullo de ser parte de mi vida y yo de ser parte de la vida de ellos. Antes no sentía eso porque me sentía marginada de la sociedad, sentía que todo el mundo me veía con asco o con vergüenza, con rechazo, y ahora no, ahora después de haber accedido a la educación, siento que yo puedo responder con educación también y eso la cambia a la sociedad.

Desde que estuve en la Mocha cambiaron mis sueños y esperanzas porque empecé a mirar la vida de otra manera, y a querer cambiar mi vida para poder disfrutar como cualquier persona.

“Yo antes no proyectaba hacia adelante, proyectaba el día a día”

Vicky Pavón Torres, 32 años, egresada de Mocha Celis. Se encuentra trabajando en el Ministerio Público Fiscal

En otras instituciones educativas me sentí muy discriminada porque yo desde muy joven empecé mi etapa trans. No me dejaban ir a ninguno de los baños, no podía ir maquillada, no podía ir escotada, y miraban todo el tiempo lo que es mi exterior en vez de evaluarme como alumna. Eso me provocó un rechazo al querer integrarme a la sociedad, porque me imaginaba que si en una escuela no me querían integrar, en un trabajo iba a ser mucho peor.

Una noche de mucho mucho frío estábamos paradas en la zona roja Daniela, una amiga mía, y yo, y vimos en un poste un papelito que decía “Mocha Celis, escuela para Trans”. Estábamos bajo muchas sustancias y drogas después de muchos días de gira, arruinadas, con la mente en otro lado, y fue como un rayo, como una luz o algo nos dijo “mañana nos presentamos acá”. En esa época nuestro día a día era drogarnos, pero esa noche nos acostamos y al otro día nos fuimos a la Mocha. Ahí conocimos que había cosas diferentes, había gente diferente, y nos entusiasmó el lugar, nos recibieron muy bien, fueron muy cálidos con nosotras; el ambiente era muy lindo no había nada de recriminaciones por lo que traíamos arrastrando, era todo pensar en una reparación, en el futuro de lo que habíamos perdido por estar fuera de la sociedad. De ahí en adelante comenzamos a ir y no paramos nunca más, ahora somos insoportables.

Volver a estudiar fue todo, fue revivir mi infancia perdida que me la arrebataron sin derechos. Durante mucho tiempo pensé que era tarde ya para estudiar porque ya era una travesti grande, pero después me ponía contenta porque había cosas que había aprendido y todavía las recordaba. El Mocha fue volver a carburar mi cerebro en otras cosas que no sea pensar en una bolsa, o en una petaca de whisky o en cuánto cobrarle a un cliente; empezamos a usar los cálculos para

otras cosas que no sea cuánta plata sacarle al tipo. Significó mucho, significó volver a poner en funcionamiento la maquinaria de mi cerebro que estaba muerta, estaba anestesiada.

La educación te forma y te integra. Pero te integra a una sociedad que a veces una no quiere que sea la misma, porque esa misma sociedad antes nos educaba para que nos corriéramos a un costado, o nos enseñaba cosas que no íbamos a poder emplearnos. Estudiar en la Mocha fue lo que me abrió la cabeza; mi papá y mi mamá son personas muy cultas y desde chica me informaron de los temas que pudieron, lo que ellos sabían. Después yo me fui a formar a la escuela, pero me fui muy chica de ahí y me perdí muchas cosas, y lo que pasa es que al estar tanto tiempo dormida una se cree una ignorante, se cree una perdida; nunca es tarde, nunca es tarde para nadie.

Los cambios con el estudio fueron muchos. Gracias al estudio pude llegar a completar un buen currículum que me integró a un trabajo. El trabajo en el cual estoy hoy fue la salvación de mi vida, y eso fue gracias a la Mocha, y gracias también a todo lo que peleé. Gracias a todo eso hoy estoy fuera de la calle, estoy fuera de las drogas, y todo por haber estudiado; porque estudiar pone tu mente en cosas distintas de cuando estás en la calle. En la calle tienes una baraja de opciones, pero entre todas no está el ser culta, sino el ser bella, viva, drogona, o el robar. El estudio te da opciones distintas.

Yo antes no proyectaba hacia adelante, jamás proyectaba hacia adelante, proyectaba el día a día que es lo que proyecta toda chica de la calle: levantarte y pensar “qué voy a hacer hoy” o “qué me voy a poner hoy”. Hoy en día mi vida es levantarme y pensar qué voy a hacer en el mañana, qué proyectos tengo para con mi familia, para con mi vida. Logré hacerme mi casa, me voy a operar, cosas que tenía dormidas en la cabeza, cosas que ya las había pensado de chica pero las dormí en el momento de la peor brutalidad de mi vida que fue con mi cambio de identidad cuando la sociedad me pegó, me lastimó y me dejó dañada. Creí que eso ya estaba perdido, que esos sueños

serían sueños para toda la vida, y hoy creo que los sueños hasta de muy vieja se pueden realizar.

Ahora en algunas escuelas se habla de diversidad pero sigue siendo la diversidad escondida con la hipocresía. Cambiaría los reglamentos para que no puedan agredirnos por ser trans y por el hecho de ser femeninas. Cambiaría el hecho de que no nos dejan usar los baños, porque sigue siendo así, una trans menor en una escuela pública no puede utilizar el baño de mujeres porque todavía no está declarada mujer, quizás cuando ya se declara mujer bajo la ley las cosas cambian, pero en la Mocha eso no pasa, porque los baños son para todos.

BULLYING:

“En la escuela no hicieron nada, nada ... se reían nada más”

“En la Mocha compartimos todo”

Evelyn Nieves González Ojeda “Tuti”, 50 años, egresada de Mocha Celis. Estudiante de Licenciatura en Trabajo Social en la Universidad de Madres de Plaza de Mayo

No fue nada fácil llegar a concluir mis estudios secundarios porque en la época nuestra la convivencia era muy difícil, caíamos presas y ya después era difícil retomar. Por ejemplo, me acuerdo que cuando tenía 13 años un día de invierno me puse medias finas. Mis compañeros y compañeras me vieron, me levantaron el pantalón hasta la rodilla y se reían, se burlaban de mí. Yo me sentí muy mal porque no me sentía aceptada por mi comunidad. En la escuela no hicieron nada, nada, se reían nada más. Se enteraban de las burlas y nunca hicieron nada. Ahí yo dejé la escuela. Solo había una profesora que sí me ayudó mucho, de ella tengo un recuerdo muy lindo, la aprecio porque ella sí me ayudaba mucho, me hablaba, me consolaba, yo lloraba porque en la época mía no era fácil estar vestida de mujer y

maquillada más todavía. En ese tiempo caíamos presas 30 días por el solo hecho de estar vestidas de mujer. Hoy por hoy, en la Mocha Celis, es muy distinto; no te dicen nada, venís como vos querás, te sentís como en tu casa.

Supe de la Mocha Celis a través de una amiga. Yo estaba militando acá en el barrio Fraga y por una compañera que era alumna de la escuela me enteré que había una escuela que era especialmente para las trans, para las travestis y para la comunidad del LGTB. En 2013 fui a inscribirme pero no concreté. En el 2014 volví y ahí sí arranqué.

En la Mocha me sentí muy bien, fui bien recibida, bien atendida. No tuve ningún conflicto esos años con mis pares ni con la docente, menos con los directivos ni nada, nada. Muy lindo recuerdo tengo de la escuela. Así que quiero un montón la escuela y sigo apoyando, sigo dando mi vida a la escuela.

Es muy importante que las compañeras vengan a terminar de estudiar porque a mí me cambió mucho el venir, terminar mi secundaria y salir preparada y capacitada, no solamente para estar en la calle. Es importante darnos cuenta que con la preparación que nos dan también nos podemos sentar en una oficina para trabajar. Yo las invito porque pasé 3 años divinos en la escuela, y ha sido una de las mejores experiencias de mi vida.

Fue muy grato estar en la Mocha y compartir con mis compañeras, mis pares. Antes no podíamos ni hablar, ni sentarnos a tomar mate porque teníamos que estar a escondidas. Hoy podemos sentarnos, nos reímos. Muchas veces lloramos, muchas veces nos acordamos de cuando no teníamos ni pan, y hoy día en la Mocha compartimos todo y es muy lindo eso.

Cambió bastante mi perspectiva, cambió mi formación. Hoy día estoy en la Facultad, estoy estudiando y ni creía, ni pensaba yo que iba a terminar. Y gracias a esa escuela pude terminar y estoy avanzando. A pesar de la edad que tengo no me voy a quedar atrás. Pasé mi juventud en la calle, 20 años trabajé en la prostitución como traba-

jadora sexual, y hoy día tengo esa perspectiva de poder formarme y tener un título universitario.

Algo que se podría mejorar es que algunos profesores no entienden a las compañeras travestis. Nosotras venimos de la calle, no estamos formadas de una familia. Muchas de mis compañeras, de mis pares, salieron de su casa a los 13 años. Por eso a veces hay problemas, y es importante que cada educador entienda eso.

En cuanto a la formación, en muchas escuelas la información que se da sobre educación sexual integral es escasa o no se da y creo que todas las escuelas deberían implementar esos temas con su alumnado.

La escuela como institución me ha brindado mucho apoyo, me ha formado en muchas cosas, en capacitaciones que me han acercado a muchas facultades como la Universidad de la Avellaneda y la de Madres. Ahí hay un par de compañeras que están cursando conmigo en la Facultad y para mí es un orgullo que estemos ahí, habiendo salido de una escuela popular reconocida por el Estado. Por eso a donde voy digo que la Mocha es una de las mejores escuelas y que la tienen que conocer.

Finalmente, hoy en día veo que muchas de las leyes no se cumplen y todavía faltan muchas cosas con las que el Estado debe cumplir, porque no es fácil para las compañeras travestis venir a la escuela sin ayuda. El Estado está muy ausente con nosotras, promete pero no se cumple. Falta mucho todavía, mucho.

“...la única opción laboral para nosotras no es la prostitución”

Belén Salas, 22 años, estudiante de Mocha Celis de primer año

Mis otras experiencias con la educación fueron algo difíciles porque quise integrarme a unos colegios, pero no me aceptaban y sentía mucha discriminación por parte de los directivos por el solo hecho de ser trans. Hoy en día me siento mejor porque encontré este colegio.

Yo soy de Salta, pero conocí la Mocha a través de una amiga de Jujuy. Ella me trajo y me presentó a Francisco,¹⁸ Panchito, y desde que empecé en abril me cambió la vida totalmente.

Desde que supe que se trataba de un colegio bachillerato popular trans, o sea, de personas de mi ambiente, pensé que me iba a sentir más cómoda, y eso me hizo tener confianza en que todo eso iba a cambiar.

Estar acá es re lindo, re lindo. Es lo que buscaba y siempre busqué. En mi infancia dejé de estudiar porque en Salta me expulsaron del colegio cuando caí con el cabello rubio y largo, pero hoy en día me siento re bien.

La Mocha Celis significa todo. Me cambió totalmente todo. Aprendí a ser mejor persona y a expresarme con otros tipos de personas. Por ejemplo, con los heterosexuales. Ahora me sé expresar más en una discusión sobre discriminación en la calle, o con la gente. Me sé defender más en la calle gracias a Mocha Celis.

También aprendí a valorar más mis derechos. Muchas cosas cambiaron, un montón de cosas, es un sueño hecho realidad.

En el futuro me veo como enfermera. Voy a estudiar hasta terminar el bachillerato, todo a full, poniéndole el pecho para seguir adelante, no volver el tiempo atrás, o sea a todo lo que sufrí en mi infancia cuando iba a la escuela y había mucha discriminación. No quiero volver a eso.

Creo que los otros colegios necesitan menos discriminación, y un poco más de conocimiento sobre lo que somos. O sea, que no es el solo hecho de ser trans, somos personas como toda la gente de la sociedad. Nos tienen destinadas a la prostitución, y por falta de educación somos así mal-habladas, pero deberían aprender primero a conocernos antes de criticarnos a las personas trans.

Me gustaría que más chicas trans conocieran esto. Todavía hay muchas que están aferradas a la prostitución porque no saben que

18 Francisco Quiñones Cuartas, director del Bachillerato Popular Trans Mocha Celis

se puede. Al llegar aquí, a la Mocha, uno se da cuenta que se puede. ¡Aquí hay chicas trans que son profesoras hoy en día! Yo acá me di cuenta que se puede, sí se puede. La única opción laboral para nosotras hoy no es la prostitución, y me gustaría que más chicas trans supieran eso, supieran que sí se puede.

“La UNDAV me pareció un muy buen lugar para comenzar este nuevo camino en mi vida”

Hamir Ramiro Santillán, 22 años, Universidad de la Avellaneda (UNDAV)

Soy Hamir Ramiro Santillán, tengo 22 años, soy de Monte Grande provincia de Buenos Aires y vivo como hombre trans desde los 17 años. Dejé de estudiar en 2012, cursaba estudios secundarios en la escuela número 19 de El Jagüel. Estaba en octavo año y ya empezaba a construir mi expresión de género, a identificarme como varón. Ahí empezó el bullying. Me hacían la vida imposible, por eso, no participaba en clase y no me daban ganas de ir tanto a educación física (debía ir sí o sí con las mujeres y no me agradaba para nada eso), como a educación cívica porque me trataban de marimacho y decían que debía buscarme un hombre para que se me cure lo “machona.” Recibía bastantes insultos por mi condición y por eso dejé de ir.

Volví a estudiar porque un grupo de amigxs me habló en la marcha del orgullo en 2013 sobre un folleto de Mocha Celis. En 2014 empecé a cursar y en el año 2016 terminé mi secundaria. Este año me inscribí en enfermería, e hice el curso de ingreso. He pausado momentáneamente pero tengo pensado continuar mis estudios en enfermería. Frente a eso la UNDAV me pareció un muy buen lugar para comenzar este nuevo camino en mi vida, en el cual espero formarme y recibirme.

“Me llamaban por mi nombre de hombre, y eso no me gustaba”

Jennifer Ruiz, 35 años, estudiante de primer año de Mocha Celis

No conocía la Mocha, la conocí por una amiga y empecé a estudiar. Al principio no quería estudiar porque, como chica trans, tenía miedo de cómo iba a ser ese proceso. Pero yo este año tenía ganas de estudiar, y empecé, y la verdad que me cayó re bien.

Mis experiencias en los otros colegios fueron bastante jodidas. Muchos me dijeron que no, por ser una chica trans; o te cargaban, te decían “marica” y esas cosas. Además, los profesores, en vez llamarme por mi nombre “artístico”, me llamaban por mi nombre de hombre, y eso no me gustaba. Entonces, yo pensaba dejar el estudio y no seguirlo más, pero ahora no, ahora quiero seguir adelante, terminar mi bachillerato, dejar la calle y ser una persona bien.

Yo pensé que en la Mocha eso iba a ser diferente, y la verdad es que sí, todo es muy diferente, me siento bien aquí. Por eso para mí la Mocha Celis significa mucho, mucho.

En estos cuatro meses cambió mi forma de pensar. Yo antes me drogaba, y dejé eso y me puse las pilas y a estudiar. Ahora tengo la esperanza de llegar a ser mejor, dejar la prostitución, dejar la calle, y entrar a una empresa de limpieza, o lo que sea para dejar la calle. Porque hoy en día, trabajando en la calle, sabés que salís de tu casa pero no sabés si volvés en un cajón. Además, te agarran en los autos y te hacen de todo: te pueden violar y matar también.

Si pudiera mejorar algo del Mocha, me encantaría que el grupo fuera más unido; que hubiera más unión entre las chicas trans y con todo el curso.

Creo que en otras escuelas también deberían enseñar sobre género, porque hay chicas que son tapadas, o sea que no se muestran por miedo. Estaría bueno que en los colegios se hablara de esto con cada chico para que cambie el mundo y para que los chicos no se tengan que ocultar, y no se suiciden por la discriminación.

Con más información el país y las provincias van a ser mejores. Porque en las provincias hay mucha gente que se oculta, y es importante que haya más comunicación y se sepan más cosas.

Sé que apenas estoy en primero, pero quiero llegar al tercer año ya, para terminar y empezar a hacer una carrera o hacer algo por la vida.

“Acá todos somos iguales y distintos a la vez”

Pilar Isasmendi, 27 años, estudiante de tercer año en Mocha Celis

En la primaria me fue bien, pero en la secundaria ya me empezaron a molestar. Eventualmente dejé los estudios por eso, por el tema de las burlas. Me acuerdo de un caso específico: cuando estaba en el colegio me agarró la varicela, y mis compañeros me decían que me había agarrado la “mariquela”, eso fue como lo último. Pero en general siempre me molestaban por mi forma de ser, y por la forma en la que yo actuaba cuando me decían esas cosas. Porque yo me ponía mal, me ponía a llorar; y a ellos no les importaba, les daba lo mismo. Había otro compañero que estaba en la misma situación que yo, entonces los dos llorábamos juntos.

Años después me enteré que él sí pudo terminar, pero es que él era gay, y yo trans, entonces a mí se me dificultaba mucho más. Intenté en otros colegios que eran “avanzados”, pero también se me hizo difícil porque [los profesores] no me prestaban atención. Entonces si yo no entendía algo me quedaba con la duda, y como era tímida y veía a mis compañeros mirándome de costado, yo no preguntaba ni decía nada. Aquí [en El Mocha] es distinto. Aquí veo que mis compañeros son iguales a mí, entonces no me da vergüenza preguntar, ni reírme, porque es que una se ríe, así, como una loca, y aquí nadie te mira mal por eso porque todas nos reímos igual.

Supe de la Mocha cuando estaba viviendo en un hotel que se llama Gondolín. En ese momento no vine porque estaba haciendo cosas y sentía que no tenía tiempo. Ahora, gracias a Dios, tengo más

tiempo y estoy viviendo sola. Y bueno, ya pasaron dos años y medio. Es difícil, pero también es gratificante porque siento que voy a poder cumplir algo que nunca lo pude terminar. Una a veces piensa más en lo superficial, en vez de decir, bueno, no voy a ir a un viaje a Bariloche, y otras tonteras así. Pero ahora me doy cuenta que terminar los estudios es importante porque el título te sirve para buscar un trabajo algún día, o incluso con solo tenerlo ya te sentís feliz porque es un título que la mayoría no pudo terminar. También es importante para mi mamá que yo lo termine.

Otra cosa que ha pasado es que mis relaciones con muchas personas han cambiado bastante, y eso es lindo. Por ejemplo, yo me llevaba mal con un montón de chicas del ambiente, pero acá [en la Mocha] es distinto. Yo antes era agresiva, y ahora me calmé un poco. Todas nos llevamos bien con todas porque nos damos cuenta que nuestra relación va más allá de la competencia. Acá todos somos uno; me hice amiga de chicas de las que yo antes decía “ni me voy a hablar con esa”. Pero lo bueno es que acá todos somos iguales y distintos a la vez.

También me siento más “normal” por los horarios. Ahora hablo con otras personas que no son travestis, y convivo con personas diferentes, quiero hacer cosas diferentes.

Yo soy peluquera y siempre quise tener una peluquería. Cuando trabajaba, antes, en el hotel Gondolin, junté la plata pero después la gasté. Ahora estoy tratando de juntar de vuelta la plata, y espero el año que viene tener la peluquería, ¡esa es mi meta!

Además, me gustaría estudiar inglés porque sé que pueden llegar a la peluquería un montón de personas que hablen otro idioma y el inglés es lo básico; o francés, eso también me gustaría. Antes ni me importaba, pero ahora tengo este ritmo de estudiar, y por eso me gustaría estudiar inglés y francés después.

Lo único que me gustaría que cambiara el Bachi es que fuera un poco más exigente, porque a veces nosotras, las personas trans, gais o lesbianas, somos un poco rebeldes, y admito que nos vamos un poco

al carajo y faltamos el respeto, o no hacemos caso, o no somos bien educadas. Y entonces creo que sería mejor ser más estrictos.

Finalmente, yo la verdad no creo que la discriminación vaya a parar. Yo soy de Salta, la gente allá ya tiene esa mentalidad, y no sé si la vayan a cambiar. Quizás cuando venga otra generación, entonces tal vez sí, pero ellos ya son gente grande, piensan de esa forma y van a discriminar hasta que se mueran.

“Siempre quiero sumar, ayudar y aportar”

Lourdes Antonella Arias, 30 años, profesora de materias Técnicas de Trabajo Intelectual, Educación y Género (1er año); y Salud y Ambiente (2do año) en Mocha Celis

Cuando yo estudié la primaria fue muy complicado. Mis tres hermanos iban a una escuela, pero yo sufrí mucho bullying y por eso pasé por muchas escuelas, entonces desde chiquita me tenía que ir caminando sola. Sufrí mucho, insultos, y me acuerdo que hasta me escupían. Pero yo siempre tuve en claro que no iba a dejar de estudiar por mi orientación sexual.

Cuando me recibí en 2009 empecé a buscar trabajo y fui al Ministerio de Trabajo a dejar mi curriculum. Años después me llamaron contándome la propuesta del Mocha, y, obviamente acepté porque en ese momento no tenía trabajo, y porque me encanta que mis compañeras tengan el derecho a la educación y puedan ejercerlo.

Para mí es súper positivo que exista la Mocha porque yo sé por lo que pasan las chicas. Yo sé del bullying, del acoso que sufren en las escuelas, y sé también que muchas dejan de estudiar por eso. Entonces para mí que les demos un espacio en donde tengan contención y un trato como corresponde me parece súper positivo.

Mocha Celis ocupa un lugar muy importante. Como par de las compañeras siempre quiero sumar, ayudar y aportar. Más allá del sueldo, para mí se trata de apoyar en lo social a mis pares. Por eso

estudié pedagogía y enfermería, siempre carreras orientadas hacia lo social; también tal vez por lo que pasé en mi infancia. Eso es lo que me gusta, sumar, aportar mi granito de arena, porque es muy importante que las chicas puedan tener la oportunidad de terminar su secundario.

En lo laboral tener un trabajo en blanco, una obra social, y un sueldo me abrió mucho la mente. Además, conocer distintas historias, distintas vidas, otras perspectivas, te abre la mente, te hace pensar que no es solo la prostitución la única salida laboral. Yo me recibí y pude validar este título ejerciendo como docente.

Lo que cambiaría es que creo que hacen falta más espacios de contención. Por ejemplo, la vivienda es un tema pendiente. Hay muchas chicas en situación de calle y esa es una problemática muy seria porque tampoco existe la inclusión laboral. Entonces, me gustaría que fuera más integral, que hubiera un comedor comunitario y un lugar para vivir, aparte de la educación que también es muy importante.

En cuanto a las reglas, debería haber más normas de convivencia. No es fácil porque no se trata de ser estrictos, pero el Mocha se creó justamente para que las chicas puedan terminar la secundaria, entonces tendría que haber una forma de controlar que no haya bullying, que las chicas no se peleen.

Pero en general mis experiencias han sido positivas, todas buenas para mí. Es muy muy gratificante que, por ejemplo, una alumna se reciba y empiece a estudiar abogacía, empiece a estudiar trabajo social. Así sean una o dos que siguieron la carrera, para mí es muy gratificante.

**“Por eso me vine a Argentina...
para poder ser lo que soy”**

“Esa es la parte más linda, cómo una va imaginando estrategias para sobrevivir”

Claudia Vásquez Haro, 43 años. Lideresa de la asociación civil OTRANS ARGENTINA; licenciada en Comunicación Social con orientación periodismo; estudiante doctoral en Comunicación Social en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata (FPyCS-UNLP)

Yo nací en Trujillo, Perú, un país con una educación que tiene una fuerte impronta católica, llevamos educación religiosa como una de las materias, y también instrucción premilitar, al menos en la época que estudiaba. Entonces tenía los dos discursos: por un lado, vivía asediada por el religioso, y, por el otro, del militar.

Mi primaria la hice en dos escuelas, una particular de monjas dominicas llamada San Martín de Porres, que era mixta, donde estudié hasta cuarto grado. Y la otra se llamaba Escuela Municipal N° 81008 de Trujillo, que era solo para varones, donde terminé quinto y sexto

año. Hasta ahí no hubo mucho problema. Sí, algunos actos discriminatorios por parte de algunos niños que veían mi identidad y mis prácticas diversas, porque siempre fui muy femenina y los problemas surgían por eso. Pero no eran tan fuertes como los que viví los tres primeros años en el colegio secundario San Juan, en Trujillo. Para ingresar había que obtener el premio de excelencia en la primaria, que consistía en tener el más alto puntaje, muy meritocrático. Allí fue el lugar donde a mis 14 años sufro mi primera expulsión en un espacio educativo, cuando empiezo a manifestar mi identidad de género. Luego parte de mi familia se mudó conmigo para poder terminar mis estudios, nos fuimos al pueblo donde se crió mi madre, un lugar llamado Motil a casi 100 kilómetros de la ciudad de Trujillo. Allí no había lugar para estudiar, así que tenía que caminar todos los días tres kilómetros hasta el colegio Santa Rosa del caserío de Yamobamba. En ese entonces teníamos que hacer doble turno, ir de mañana y tarde, esto implicaba caminar 12 kilómetros por día. Esto significó en mi vida un castigo, pero luego ese sacrificio daría sus recompensas. Tenía que subir y bajar un cerro y no había luz, estudiaba con vela. Pero mi mamá siempre me decía, “tenés que estudiar”, “estudiá porque a vos siempre te gustó, el estudio va a ser tu pasaporte a donde quieras llegar”, entonces terminé mi secundario y me fui de nuevo a Trujillo a hacer una carrera que no me gustó nada. La dejé, me dediqué a la peluquería que gracias a ello no caí en la prostitución y después me vine a la Argentina.

En la escuela militar, casi siempre ocupé el lugar de brigadier. Esa posición la ocupa un estudiante que cumple funciones como pasar lista a los presentes, cuando no están los profesores cuida “el orden”, que se respeten las normas establecidas por la institución educativa, etc. Descubrí que había que ganarse ese lugar de manera estratégica para escudarme de la violencia generalizada, porque ahí tenés poder. Empecé a entender que el saber implicaba poder, como dice el pensador Michael Foucault, entonces veía ahí una oportunidad de resguardo, así los estudiantes tenían que ser mis amigos porque yo

los podía retribuir ayudándoles a resolver un parcial, o no anotando una tardanza o falta. Sé que es un modo miserable de pensar las relaciones sociales, pero tenía que sobrevivir.

Había empezado a ingerir hormonas durante el primer y segundo año del colegio, en ese entonces era muy distinto, nada que ver con las leyes que tenemos ahora en Argentina. Una empezaba a preguntar, no había internet, no había libros, nada, estábamos atomizadas por el discurso médico que planteaba nuestras identidades de género como una enfermedad, el psicológico relacionado con la locura y el derecho penal que nos perseguía y criminalizaba. Entonces lo que hacía era ir y preguntarle a la travesti más grande qué se había puesto en el cuerpo. También iba a jugar al vóley; ahí me encontraba con chicos gay y chicas trans (aunque en ese entonces no nos pensábamos como trans, pensábamos que éramos una versión ampliada de la homosexualidad, de los gais), ahí hablábamos del tema hormonas. Micaela, una chica trans muy linda, que tenía el cuerpo ya hecho, nos decía qué pastillas anticonceptivas tomaba o qué ampollas se había inyectado. Se mencionaban medicamentos que en las mujeres biológicas sirven de anticonceptivos, como Microgynon, Depo-Provera o Soluna, nos decían, “yo me aplico una por semana”, o “me tomo una pastilla por día” y sin prescripción médica una ingería hormonas, así ibas aprendiendo y experimentando los cambios en tu cuerpo, la piel, las caderas, los senos. Todo eso era lo que una perseguía para reproducir el estereotipo del cuerpo femenino de la época. Siempre fui cuidadosa con mi cuerpo, luego en Argentina me inyecté silicona líquida solo en la cola y las caderas. Pero en su momento solo comencé a tomar hormonas, eso empezó a hacer efecto en mi voz, la piel, las caderas, las piernas y me comenzaron a reventar los pezones. Entonces empecé a fajarme los pechos porque había dos compañeras que estaban como más feminizadas y a ellas los pibes las golpeaban o les metían mano en la cola, les decían “hacete hombre”, les hacían lo que hoy se conoce como bullying escolar - ellas hoy son dos mujeres trans, Carolina y Bianca, que no viven en el Perú.

Pero, como era brigadier, tenía la lista de asistencia y comportamiento, entonces los enfrentaba. Utilizaba ese poder para denunciarlos ante los auxiliares. Los pibes me decían “¿por qué defiendes tanto a estos maricones? ¿No sabes que a ellos hay que hacerlos hombres a golpes?” Estaba en contra de todo eso, no solo porque también era como ellas, sino porque siempre he odiado todo tipo de injusticias. El milico que nos enseñaba instrucción premilitar siempre se agarraba contra los más débiles, la institución educativa nunca hizo nada con la violencia que sufrían mis compañeras. Sobreviví un tiempo por mis notas y algunos otros artilugios. Tenía un novio en segundo año, quien me ayudó a conservar el secreto de mi hormonización, pero la cosa empeoró en el tercer año.

Ese año fue como toda una explosión de expresar mi identidad de género porque las hormonas fueron cambiando mi cuerpo y yo fui generando en todo el aula de casi 50 estudiantes hombres el deseo; el deseo de machos que dicen ser machos. Por eso no me quería poner shorts porque ya no tenía bellos, las piernas se me iban contorneando, y ellos me decían “qué lindas piernas”, “qué bonita cola”, y una se hace la boluda hasta que llega un momento que no puedes ocultarlo más. Un día voy a los vestidores, al baño, y había un montón de tipos esperándome. Decían que querían ver qué tenía yo porque uno de ellos se había dado cuenta que me estaba vendando los pechos, y ahí fue el escándalo, ahí se armó todo. Había como 20 pibes, fue una instancia muy fea y hasta violenta. Después vino el auxiliar, pero claro, la culpable siempre es una; según ellos, lo que había que hacer es erradicar a la que generaba todo eso. Me llevaron al departamento de Orientación y Bienestar del Educando (OBE) del colegio, una especie de gabinete que se encargaba de disciplinar los cuerpos y las sexualidades de sus estudiantes. Ahí llamaron a mi mamá, quien era muy joven y no tenía las herramientas que hoy en día supimos conquistar el colectivo de Trans, Lesbianas, Gais, Bisexuales e Intersex (TLGBI).

En ese entonces una se encontraba como en total orfandad. Los docentes le dijeron a mi madre que no podía estar en ese colegio por-

que era solo para varones. La ironizaban y chicaneaban que me llevara a estudiar al Santa Rosa, que en Trujillo es un colegio solo para mujeres. Mi mamá les decía: “No entiendo, profesor, explíqueme qué quiere decir”, y ellos sólo le respondían: “no, no, no señora, usted sabe que no puede estudiar acá”. No me dejaron terminar el año, así que lo perdí. Además, nos advirtieron que si poníamos algún tipo de queja me iban a hacer un certificado de mala conducta para que no me recibieran en ningún otro colegio. Ahí fui aprendiendo cómo se disfraza el poder en términos discursivos.

Llego a la Argentina en el año 2000 porque mi hermana Laly vino en los 90 a estudiar en la ciudad La Plata. Me decía, “vos en Argentina vas a ser Claudia, pero sobre todo vas a estudiar una carrera universitaria. Acá hay un sector que es mucho más abierto”. Entonces vine. Dejé los estudios a los 20 años y para cuando llegué a Argentina ya habían pasado 6 años desde entonces. En ese tiempo todavía no había ley de matrimonio igualitario ni identidad de género, ni tampoco ley migratoria. Mi primer obstáculo en Argentina fue la migración. Tenía que casarme o tener un hijo con una argentina -porque ni siquiera podía ser con algún argentino- o si no, me llevaban presa. Además, en esa época había edictos policiales o códigos contravencionales con los que nos detenían por llevar ropa no adecuada al sexo. Si a mí me detenían por ropa no adecuada de sexo, lo que hacía era ocultar mi identidad migrante porque si no me deportaban. Hasta que un día me descubrieron, se dieron cuenta que les mentía, que no era de acá, y me dijeron, “tenés 24 horas para irte del país”, así que me tuve que casar con la hermana de una conocida. El acta de casamiento paró mi expulsión. Luego se sancionó la nueva ley migratoria que Néstor Kirchner llevó al Congreso en 2003. En 2005-2006 se hace efectivo el Plan Patria Grande de regularización migratoria para países de Mercosur y Asociados. En este plan ya no te exigían que vos tengas hijos ni que te cases, sino que ahora es un simple trámite administrativo. Hice mi documento y después me divorcié.

Empecé a estudiar solo con pasaporte peruano. Desde 2003 empecé haciendo estudios terciarios como protocolo ceremonial y administración en recursos humanos. Trabajé en cadenas de peluquerías y también había empezado a incursionar en los medios de comunicación a través de un amigo italiano que tenía una conexión directa con la RAI (Radiotelevisione Italiana) de América Latina. Mi trabajo era vender publicidad, con eso pagábamos el costo de salir al aire, grabábamos dos programas, uno en radio y otro en televisión local, y el resto (que no era mucho) quedaba para mí. Entonces pensaba sobre qué estudios hacer, si comunicación social o derecho. Lo pensé en términos estratégicos, es decir, voy a ser abogada, pero eso implicaba entrar a la facultad de derecho que es un lugar muy hostil, discriminatorio y elitista. Entonces dije, “no, tengo que ir por la comunicación y los medios que van a servir para poder visibilizar nuestro reclamo, nuestra existencia y nuestras vidas como personas trans”. Después, claro, me di cuenta de que la comunicación era muchísimo más amplia que los medios.

Fui la primera trans que se anotó para hacer la licenciatura en la FPyCS-UNLP (Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata). Venía un poco prevenida porque donde había hecho los terciarios fue donde tuve la primera discriminación en un espacio educativo en Argentina. Fue cuando una profesora no me quería reconocer el nombre. Yo le decía que me llamara por mis apellidos, pero no lo hacía. La denuncié y después me pidieron disculpas, eso fue en 2003, antes de contar con la ley de identidad de género que se sancionó en el 2012, pero ya desde chica yo venía reclamando que se me respetara y reconociera la identidad de género autopercebida en los ámbitos educativos. Cuando me anoté en la Facultad, en 2005, tenía 31 años.

El primer día estaba nerviosa, pero no por lo difícil que podía ser la carrera, sino por la discriminación y por poder insertarme en el ámbito académico. Estaba decepcionada de los espacios formativos por los modos en que ahí se discrimina y se reproducen prácticas

injustas que son tan solapadas, enmascaradas, que te cuesta muchísimo darte cuenta cómo ahí te van excluyendo. Por ejemplo a través de comentarios, codazos, o cuando la gente habla de vos y se ríe. Todas esas cosas las tuve que atravesar en un primer momento en la Facultad, porque si bien es cierto que es una facultad muy abierta, no podemos olvidar que el saber, la producción del conocimiento y las instituciones que la controlan, son profundamente heteropatriarcales. Así que costó, desde los estudiantes que vienen de todas las provincias del país con un montón de prácticas y modos de pensamiento e ideologías, hasta los profesores, aunque con ellos no tanto porque se cuidan mucho. Yo sabía que eso iba a pasar, así que al principio me preocupaba mucho. Afortunadamente, ya en ese momento yo tenía la impronta política de Lohana Berkins que nos decía que había que repensar esos espacios, que había que travar el saber ahí, en las aulas, y empezar a cuestionar y a dar la disputa en la lucha por el sentido y por la producción de conocimiento con la presencia del cuerpo trans, porque el cuerpo trans cuestiona la institucionalidad. Cuando vos comienzas a reclamarle a la institución que te reconozca, empezás a cambiar las lógicas de un espacio que estaba pensado solo para heterosexuales. De eso se trata, de ir ocupando los espacios siempre con la pregunta ¿cómo no hay travestis y trans en estos espacios?

Pero el primer día de clases estaba tan nerviosa que fui con mi mamá y mi hermana hasta la puerta de la Facultad y les dije: “si no vuelvo en 15 minutos váyanse, pero si vuelvo es porque no he soporado las miradas y burlas producto de la discriminación”. Sé que a veces las miradas son producto de la ignorancia, pero otras veces de la ideología porque hay personas que creen que nosotras, las travestis o trans, no deberíamos existir y eso muchas veces se traduce en prácticas crueles e inhumanas. Puede parecer que no es importante, pero es que no es lo mismo que alguien te lo cuente a que vos misma lo vivas, a que te pase por el cuerpo. Mientras mi familia celebraba y lo vivía como un acontecimiento enorme que pudiera ir a la facultad, mi interior estaba invadido por mis miedos. Mi hermana menor, Je-

sica, me decía “vamos a comprarte las lapiceras, tus cuadernos”. Toda mi familia, que vive en Perú y la de Argentina, estaba contenta de que vaya a la universidad a completar algo que había quedado pendiente. Eso es importante, porque el rol de la familia es determinante pues sentís que no estás sola, pero la verdad es que sí estás sola porque sos vos la que tenés que ir allí a poner el cuerpo, la cara, en las aulas donde, por ejemplo, a veces los docentes, sin saber, llamaban la lista por nombres. Ahora que soy profesora nunca llamo por nombres sino solo por los apellidos. Recuerdo que era tan feo cuando llegaban a la “v”, que es la letra con la que empieza mi primer apellido. Sentía que me iban a matar, era una situación horrible lo que le pasaba a mi cuerpo. Es increíble cómo el no reconocer tu identidad de género te termina vulnerando y es prácticamente como un mecanismo de expulsión que cuesta mucho trascender. El primer día tenía esa idea de los 15 minutos, si regresaba era porque sentía que había fracasado. La noche anterior me la pasé pensando, buscando estrategias como siempre: “¿qué hago si la profesora o el profesor dice mi nombre registral?”. Decidí que si eso pasaba yo no decía nada ahí, sino después. Y así fue. Las primeras veces la profesora llamaba mi nombre y yo no contestaba. Al final de clase iba y le decía, “profesora, si no le molesta decirme Claudia”, o, “por favor llámeme por mi apellido”. En esa época ni siquiera existía el concepto “trans”, trataba de explicar con mis palabras “me llamo Claudia”; después fui incorporando más palabras, “soy una mujer, ser mujer no se reduce a la genitalidad”, y después me fui inventando más cosas. Esa es la parte más linda, cómo una va imaginando estrategias para sobrevivir.

Mi mamá y mi hermana se cansaron de esperar, pasados los 15 minutos se fueron a casa. Cuando llegué, les conté todo lo que me pasó en cada clase. Había varios cursos en el taller de ingreso para después empezar la cursada. Al principio fue bastante difícil por la cuestión del nombre, y también porque se corría la bola que había “un travesti”, ni siquiera una trans o una travesti, estudiando en la facultad. Siempre corrigiendo, haciendo práctica pedagógica para que

respetaran mi identidad, y ahí te das cuenta cómo es eso de travar el saber, de cuestionarlo. Porque leía todo sobre la transexualidad y lo travesti y discutía con los mismos libros. Decía, no, ¿por qué tengo que decir que soy transexual, si ahí dice que son unas personas enfermas? Si digo que soy transexual estoy asintiendo que soy una persona enferma y no estoy enferma”. Travesti tampoco decía en ese momento, aunque ahora reivindico toda la historia de lucha que tiene ese término y me encanta y me parece maravilloso nombrarlo también. Pero en ese entonces yo decía “vayamos a un concepto que sea propio, nuestro, que no tenga un significado negativo, peyorativo” y, bueno, “persona trans” me pareció que era lo que englobaba todo eso. Pensar todo eso, pensar y repensar cómo nombrarme fue todo un proceso y creo que eso también hace parte de travar el saber desde nuestros cuerpos, las experiencias individuales que al mismo tiempo son colectivas.

Pero mientras pensaba todas esas cosas en clase casi siempre me quedaba callada. Un día, al empezar una cursada, la profesora hizo una actividad atípica para presentarnos, dijo “le contás a tu compañera quién sos, de dónde venís, qué haces, y luego intercambian saberes y experiencias y cada una presenta a la otra”. Me tocó con Victoria Zumarraga, de 18 años que recién había terminado el secundario. Le dije: “mirá, nací en Perú y me pusieron nombre de hombre, ahora me llamo Claudia”, me tardé cómo 20 minutos en explicarle y, nunca me voy a olvidar, la piba lo resolvió en un minuto. Dijo: “Bueno, mi compañera se llama Claudia. Decidió llamarse Claudia porque se siente feliz siendo Claudia, viene de Perú, y tatata” ¡y listo! O sea, tardé tanto tiempo en explicar, buscando las palabras, y la piba lo resolvió de manera tan simple, dijo: “y me parece bien porque debemos respetar cómo quiere sentirse cada uno y cómo quiere llamarse cada uno”. Y todos en el aula quedamos en shock, nadie sabía qué decir. Ahí supe que tenía una aliada, alguien que mínimamente me defendería si me atacaban porque una siempre está haciendo política desde adentro, preparándose, viendo todo alrededor para ver por dónde

viene el piedrazo. Eso cambió todo, en la próxima clase en la que nos tocó presentarnos me paro, sabiendo que tenía una aliada, y digo, “me llamo Claudia, elegí llamarme Claudia porque de chiquita me pusieron un nombre que no me representa, un nombre masculino, un nombre de varón. Entonces les voy a pedir a todos que respeten como me llamo, y espero que esta carrera me dé las herramientas para poder cuestionar lo que toda la vida se ha dicho de nosotras, lo que históricamente se ha hablado de nosotras”. Terminé de hablar y hubo solo silencio, después, un aplauso infinito. Yo me sentía la presidenta de la nación, o sea, no me lo podía creer.

Después, hay dos profesoras de las que no me olvido más. Una es la directora de mi tesis doctoral, Adriana Archenti, que es sobreviviente de la dictadura y da el teórico de Antropología Social y Cultural. Cuando pasaba lista de asistencia tenía los lentes siempre abajo, y no me olvido de que ese día llama a todos y después viene y me dice “¿y vos? No me contestaste ‘el presente’, ¿cómo te llamás?” Yo, automáticamente, sin pensar, porque claro, estás acostumbrada a la violencia y a naturalizar un montón de cosas, le digo mi nombre masculino. La profesora se sube los lentes y dice “no, ese nombre no, tu nombre, tu nombre verdadero”, “Claudia, Claudia” le digo, y ella agarra la lapicera, tacha la lista, y dice “de hoy en más, en esta clase y en toda nuestra cursada, sos Claudia”. Me dejó muda. Después me tocaba ir al práctico, y la profesora empieza a llamar a todo el mundo. Yo, como siempre, estaba cagada de miedo cuando de pronto dice “Claudia Vásquez Haro”. No contesté. Dije “¿qué?” y volteé para mirar a todos lados, es que siempre esperaba el piedrazo y estaba tan segura de que venía el nombre registral que no reconocí mi propio nombre. Entonces la profesora vuelve y dice “Claudia Vásquez Haro, ¿no sos vos?”, “ah, sí, sí, sí soy yo, perdón, estaba pensando en otra cosa” dije. Ahí te das cuenta de que todo esto es un ejercicio constante, que tu cabeza se va estructurando. Hoy, si me dicen otro nombre seguro que ni volteo, soy Claudia y punto, pero en ese entonces, no era así. Ha pasado muchísimo tiempo, eso fue todo en 2005 y a pesar de las co-

sas que pasaron en esa facultad lo que sí sentí fue que llegué al lugar indicado. Desde ahí me fui afianzando con cada profesor/a. Me sentía muy bien porque te das cuenta que cuando los profesores te ven muestran el orgullo en la cara y como una alegría de que estés ahí. Pero la experiencia no fue así para todas las compañeras. Justo había entrado con otra piba trans. No la conocía, pero me contaron que se fue porque no soportaba las miradas, los comentarios y la discriminación en general. Después los compañeros y compañeras me decían “no, lo que pasa es que ella venía casi desnuda, mostrando las tetas, el culo, vos venís distinta”, y les dije, “pero ¿cuál es el problema? No la pueden discriminar por eso”.

No voy a decir que cambié la universidad porque sería una estupidez, pero creo que mi presencia sí contribuyó a que en la facultad se cuestionara y dijera “acá está faltando algo”. Por ejemplo, en el tercer año, antes de recibirme, conseguimos que la facultad reconociera mi identidad de género autopercebida. Fue una decisión política del Consejo Académico de nuestra casa de estudios en 2008, toda una revolución. Nunca vi tantos medios televisivos nacionales, con cámaras, fue la gran noticia. Después se abrió el primer seminario de Comunicación, géneros y sexualidades desde los estudios culturales, una idea de Florencia Saintout – decana de la facultad – donde se problematizaban los modos de reproducción de prácticas heteronormativas y el desafío de una producción académica crítica y a contrapelo de un orden instituido. Primero empecé como ayudante dando clases sobre lo que es la identidad de género, sobre el colectivo trans y travesti, y sobre la diversidad sexual en general en el seminario de Comunicación y Derechos Humanos (hoy materia obligatoria en el nuevo plan de estudios), hoy soy la adjunta de esta cátedra donde sigo ejerciendo la docencia.

El otro momento que me cambió la vida fue conocer a Lohana Berkins en 2006. Ella vino a La Plata a dar una charla sobre su libro, La gesta del nombre propio. No la conocía, porque claro, no había Facebook, no tenía acceso a internet por una cuestión económica,

así que cuando anunciaron que una travesti venía a presentar su libro, dije “¡qué copado, quiero conocerla!” Cuando vi a Lohana dije “¡Wow! ¡qué bueno!, no soy la única”. Además, llegó con Marlene Wayar, ¡las dos! Y Lohana me ve a mí y me dice: “esto es lo que por tantos años he soñado. Vos, como periodista, como comunicadora social, tienes una gran responsabilidad, tenés que dar cuenta de la situación que vive el colectivo travesti en Argentina”, y me regaló su libro *La gesta del nombre propio*, y me lo autografió. De todos los libros que he leído en mi vida este es uno de los pocos que despertaron tanto interés en mí, porque no conocía esa realidad. En el Perú no era militante porque no había dado el cambio físico allá, tenía prácticas militantes de organizar y hacer cosas, pero no de reclamos puntuales en relación con los derechos humanos. Hacía visibilización, actividades deportivas, culturales, pero no así específicamente en el marco de los derechos humanos, de exigirle al Estado derechos económicos, sociales y culturales. Tenía una experiencia previa, de ese tipo de militancia, pero no había vivido la exclusión. Sí había visto muchas mujeres trans excluidas en Perú, por eso no hice el cambio allá. Vine a dar el cambio como Claudia cien por cien en Argentina. En Perú no lo hice por miedo, porque veía que las trans, o quedaban relegadas a la prostitución, o eran violentadas por la policía. Esas eran cosas que yo no estaba dispuesta a vivir, y también tenía otras herramientas, porque no es que las chicas dicen, “y sí, que me caguen a palos y listo”, no, lo que pasa es que no les queda otra. Yo venía de un lugar de privilegio. No es que mi familia fuera rica, pero tampoco éramos pobres. Somos clase trabajadora, mis papás tenían negocios, eran comerciantes, nunca me faltó de comer, salvo cuando me fui de mi casa a los 14. Pero ahí mi papá me regresó a la casa y me dijo “no te vas de aquí hasta los 18”, y me fui a los 18, estaba decretado que me tenía que ir, pero mientras tanto tuve dónde comer y dónde dormir, esas cuestiones eran vitales.

Cuando Lohana me entrega el libro, le digo, “lo primero que tengo que hacer es sentarme a leerlo”, y recuerdo que me fui al parque San

Martín, me senté, empecé a leer, y la verdad es que las lágrimas se me caían solas. La gesta del nombre propio fue un antes y un después. Ahí estaba toda esa vulnerabilidad, pero ahora las compañeras lo podían traducir en un documento escrito para que fuera testimonio vivo de todo eso. Ahí daba los índices de la cantidad de compañeras en situación de prostitución y exclusión, muertes por inyecciones de siliconas, la violencia policial, y también había imágenes de chicas internadas en hospitales con HIV. Fue muy crudo ver y leer el libro, me hizo un quiebre en la cabeza. Ese encuentro no fue al azar, tenía que darse. Desde ese entonces asumí la responsabilidad que me toca, recuerdo que el libro significó eso para mí.

Después Lohana vino a la Facultad en 2008 cuando hicimos nuestro Segundo Encuentro de Comunicación Género y Diversidad desde las narrativas culturales. Allí presentó su segundo libro *Cumbia, copeteo y lágrimas*, maravilloso. Había entablado una relación con ella, de militancia, en el sentido de trabajar sobre los espacios formativos. Poníamos una fuerte necesidad en dar la disputa por la producción de sentido y conocimiento en los espacios educativos. En el libro que ella presenta dice que solo el 3 por ciento de las personas trans y travestis tienen título terciario, ni siquiera universitario, así que creo que la idea es que todos esos procesos se vayan dando no como satélites, sino que quizás se vayan articulando y nos vayamos encontrando.

Mi paso por la Facultad creo que ha servido para motorizar y abrir caminos en el ámbito académico, desde haber cuestionado el derecho al nombre propio y lograr que la institución reconozca nuestra identidad de género autopercibida en 2008, cuatro años antes de que se sancionara la ley 26743, o Ley de Identidad de género. Este antecedente se replicó en otras universidades de Argentina, pero la UNLP a través de la FPyCS, fue pionera. También hubo otros procesos que tenían que ver con pensar ese otro saber y la producción de conocimiento que va por fuera de la institución, que es un saber que también tiene que ser contado, puesto en contraposición a la enseñanza bancaria que cuestiona el pensador Paulo Freire. Es decir,

hacer una lectura crítica, a contrapelo, de los saberes institucionalizados. En eso, la facultad tuvo una política activa, gracias a la decana Florencia Saintout.

Concretamente presentamos el proyecto de reconocimiento de la identidad de género autopercibida con Jorge Jaunarena, Secretario de Derechos Humanos de nuestra casa de estudios, para que pudiera discutirse en el Consejo Académico y se tomaran medidas, no solo para mí, sino para todo nuestro colectivo. La idea era reconocer la identidad autopercibida en los listados y cursadas a lo largo de toda la carrera. Eso fue un gran avance, pero si no se hubiera sancionado la ley de identidad de género, no habría podido recibir el título universitario con mi nombre autopercibido. La decisión de la facultad fue muy importante, contribuyó a visibilizar la falta de una ley que diera cuenta de nuestra identidad de género y el derecho a tener un nombre propio. Las resoluciones de las facultades no son vinculantes, pero sí ayudan a construir mayores consensos, sobre todo si vienen de una universidad por el impacto que eso tiene en la producción de conocimiento, del saber y de la voluntad de verdad. Florencia Saintout avanzó mucho ese tema y tan pronto se sancionó la ley de identidad de género, ella determina la creación de baños de uso común en la facultad. ¡Ay, lo que fue eso! Los medios empezaron a decir de todo. Decían que adentro iba a haber orgías, entre tantas otras barbaridades. Pero se la jugó y desde ese día no tuvimos más baños divididos por género. También, en 2010 creamos el primer observatorio de comunicación, género y diversidad sexual con perspectiva en derechos humanos y a mí me eligieron para coordinar ese espacio, sin haberme recibido de licenciada aún. En 2016 se crea la Dirección de Diversidad Sexual en la misma facultad, donde ocupo el cargo de titular, hasta el día de hoy.

Ese es otro aspecto interesante: he sido todo sin título. Fui Claudia antes de la ley de identidad de género y fui profesora y directora del Observatorio antes de recibirme. Lo que hacía en las clases era poner a los estudiantes a debatir temas sobre la diversidad sexual desde una

perspectiva en derechos humanos. Entonces un pibe decía “pues si sufren, ¿por qué ponerse pelucas? mejor estar así, y ya”, y otra contestaba, “pero ¿no entiendes que es una cuestión de identidad? Es lo que ellas sienten, no tiene que ver con que se pongan pelucas”, eran debates muy interesantes. Terminé de cursar en 2010, presenté la tesis en mayo de 2012 y en el segundo cuatrimestre empecé el doctorado, ¡no había tiempo que perder! La decana fue quien me sugirió que me anotara al doctorado. Inicialmente pensé en derecho, me dieron las equivalencias y todo iba muy bien, pero entonces hablé con Florencia y me dijo “Claudia, vos hacé lo que quieras, pero ya tienes un camino trazado en comunicación, me parece, vos fijate, el doctorado lo puedes hacer, no pagas nada, y tienes una base”, y dije “listo, no lo pienso más”.

Aunque mi experiencia ha sido buena, a la Universidad Nacional de La Plata le falta avanzar mucho en relación con estos temas. La FPyCS es otra cosa. La Universidad tiene 17 facultades y 3 dependencias de colegios nacionales. Los cambios que he relatado pasaron en Periodismo y Comunicación Social. Hoy tenemos 5 estudiantes travestis y trans en nuestra casa de estudios, y una en Económicas. Pero lo que más le falta a la Universidad es transformar esos patrones heteronormativos y patriarcales que aún tiene intactos, porque si vos vas a otras facultades como Medicina, Ciencias Naturales, Veterinaria o Exactas, entre otras, todavía reproducen del binarismo sexo/género. La Universidad tiene un enorme desafío ahí, se necesitan más Florencias en esos espacios porque no nos podemos quedar solo en nuestra facultad. Históricamente, las Claudias hemos sido excluidas de esos espacios y por eso nuestra sola presencia los interpela, nuestro cuerpo mismo, el cuerpo trans, es una herramienta de lucha en sí misma, y si además tenés las herramientas discursivas y el conocimiento que te permitan disputar el sentido desde el lugar mismo en el que se produce, y reproduce, bueno, pues la cosa es por partida doble.

Nosotras decidimos cuestionar el saber, la producción de conocimiento en la academia porque desde ahí se siguen reproduciendo

prácticas injustas y se parte de la base de la heterosexualidad. Nosotras queremos alcanzar la igualdad real en las 17 facultades y 3 dependencias, y eso implica que se entienda a la diversidad como base, porque nosotras vemos que siempre somos el tema borde, es decir que se habla de diversidad sexual como un apéndice, cuando tendría que ser la base para hablar de la producción de conocimiento desde los contenidos que tiene cada materia, la investigación, desde los proyectos de extensión, etc. Pero la verdad es que la Universidad no le da al tema el valor que se merece y entonces el tema no aparece casi ni en las prácticas concretas ni en los contenidos.

Además, los profesores a veces hablan y reproducen prácticas injustas y discriminatorias. Pienso en mi época del secundario, cuando fui expulsada, y coincidí con Paulo Freire, quien sostiene que hay que ser conscientes de que toda dimensión educativa contiene una dimensión política y toda dimensión política contiene una dimensión educativa. Por eso creo que mi presencia en el aula es fuerte. Me doy cuenta de que mi sola presencia, como profesora trans ahí, en ese espacio, cuestiona a los pibes y las pibas y se les llena la cabeza de preguntas. El otro día, por ejemplo, una piba me pregunta: “¿usted tiene nociones de cuándo más o menos empezó a conocer su identidad de género autopercebida?” O sea, la piba me dio la pregunta del millón, y yo lo que hice fue preguntarle lo mismo; les digo: “¿ustedes recuerdan cuándo empezaron a conocer su identidad de género?, ¿cuándo supieron que eran heterosexuales? O ¿quién les dijo que eran eso?, ¿cómo se siente eso de ser heterosexual?, ¿hubo algún momento en el que ustedes llegaron y dijeron mañana me levanto y soy heterosexual o travesti?” Esas preguntas las hago para que empiecen a pensar la construcción de las identidades, pero, sobre todo, como dice Butler, para pensar en los límites materiales y discursivos del sexo. Es decir, pensar en cómo todo eso que llamamos sexo y género tiene que ver con una construcción cultural y con prácticas de reiteración constante a través de las cuales reafirmamos lo que somos y lo que no somos.

Entonces después les dije, “cuando alguno de ustedes me diga cuándo decidió ser heterosexual o quién le dijo que era heterosexual, me parece que también voy a poder resolver la cuestión de mi identidad, para saber cuándo decidí ser lo que soy o cuando alguien me dijo que yo era eso”. La pregunta es muy buena y queda ahí, haciendo su trabajo, y eso llama la atención de los estudiantes y hace que muchos se anoten. No sé si también hay un poco de morbo por ver a la profesora trans, pero también otros se anotan porque han escuchado que soy exigente, que les hago leer muchos textos que cuestionan el paradigma heterosexual como único, absoluto y verdadero. El próximo año por primera vez vamos a tener un seminario de diversidad sexual porque nunca hemos tenido uno, siempre hemos encarado el tema por derechos humanos, así que esto también es un logro importante.

Por último, no quiero dejar afuera algo sumamente importante, y es que es necesario dar a conocer cómo Florencia Saintout articuló desde la facultad un vínculo entre la universidad y la sociedad. Nos convocó a las personas trans y travestis a través de nuestra organización de la sociedad civil llamada OTRANS Argentina - de la cual también soy la presidenta - a ser las protagonistas y parte de la facultad, incluso nos prestó un espacio físico dentro del edificio de nuestra casa de estudios. Allí hemos hecho varios talleres y otras actividades de formación política en diversidad sexual, sensibilización, alfabetización jurídica, entre otros temas. Pero lo más importante es que te convoca a apropiarte del lugar. Por ejemplo, Florencia nos dice: “esta universidad no solo es de los estudiantes, sino del pueblo que paga sus impuestos. Esta universidad es de todos y todas, y si tú quieres ir a una clase, vas y te sentás en una clase como oyente y no hay ningún problema porque el saber es de todos y todas”. En función de esta invitación las pibas empiezan a ir a la facultad cuando hay reuniones y empiezan a ir cuando damos charlas, y así se va des-naturalizando la idea de que la universidad no es nuestro hábitat, la idea de que la universidad solo les pertenece a los heterosexuales y a los que tienen

dinero, porque acá también se suma la cuestión de la clase social. Las pibas empiezan a ver ese lugar de otra manera, se va generando empatía y se van creando nuevas condiciones de posibilidad, y empiezan a decir “el año que viene voy a empezar periodismo” y otra, “y yo trabajo social”, y eso para nosotras es un cambio en el modo de pensamiento. Además, todo ese proceso de estar, de ir, de ocupar la facultad aun no siendo una alumna regular, hace que las compañeras se apropien del lugar y eso va generando prácticas políticas que también tienen una dimensión pedagógica, y, a su vez, en la universidad se van generando prácticas pedagógicas que también tienen una dimensión política. Eso es lo que han generado esos espacios en términos de educación, de prácticas de saber popular, porque por primera vez sienten que prácticamente la Facultad es su casa, y eso no es usual, no sé cuántas experiencias así hay en el mundo.

“Los profesores, mis segundos padres; mis compañeros, mis hermanos.”

Dalia Silvana Álvarez Valverde, 43 años, estudiante de segundo año en Mocha Celis

Conocía el Mocha porque una amiga me invitó. Me gustó porque yo había dejado el colegio y tenía ganas de volver a estudiar. Pero era mitad de año, así que no pude empezar inmediatamente. Hablé con el director y él me dijo “bueno, que pase este año, te venís en enero y te anotamos”, y así fue.

Yo soy de Lima. Mi experiencia en Lima fue muy muy linda. La verdad yo la pasé muy bien. Era chica, y hace ya 27 años que estoy acá, desde el 90. Yo estaba cursando el segundo año de secundaria, iba a pasarlo, pero en la mitad del curso una amiga me invitó a venir a la Argentina y entonces no terminé el bachillerato en Perú.

En Lima me enseñaron otra historia, otras maneras de pensar. Estar acá, y hablar sobre la historia de la Argentina, de proyectos

formativos, y todo eso, es como volver a empezar, tuve que volver a empezar, y volví a empezar. Entonces de alguna manera ha sido como retroceder, pero para bien.

¿Qué significó? O ¿qué significa volver a estudiar? Primero, es volver a tu segunda casa, ¿no? Volver a sentarse, volver a retomar los cuadernos, los libros que yo había dejado porque yo ejercía la calle. Eso fue una experiencia muy muy linda, y me cambió la vida; el Mocha me cambió la vida.

Me cambió la vida porque ahora me puedo comunicar con la gente, puedo hablar con la sociedad de una manera más superada. Todo el mundo me dice: “Silvana, qué manera de hablar”, “¡Cómo hablas!”, eso es un gran cambio.

Mi familia me ha apoyado. Yo tengo un hijo de 16 años y actualmente estoy con mi pareja de 27 años. Cuando les conté a todos me dijeron “Silvana, qué bueno que estás estudiando”, lo tomaron bien, como siempre, como en mi niñez. Porque a mí nunca me echaron de mi casa. Eso sí, como allá [en Perú] son criados a la antigua, me dijeron: ¿por qué vas a estudiar tú a los 42 años?, eso lo hubieses empezado de chiquita, no ahora que ya tus neuronas...” Pero yo les he dicho que lo voy a lograr, y ahora me dicen que me desean lo mejor y me dan aliento; me dicen “qué bueno que vas a terminar tu secundaria. Si es por vos, si es por tu bien, bienvenido sea”.

¿Qué significa la Mocha Celis? Mi segundo hogar. Los profesores mis segundos padres, mis compañeros, mis hermanos. Tengo una confianza muy buena, soy muy querida en el Mocha. Todo el mundo me quiere, me aprecia, cuando no estoy me extrañan. Y eso es lindo. Es muy bueno incorporarse, y más que todo reincorporarse, porque esto era algo que había dejado pendiente y lo quiero terminar, aunque me cueste. Yo tengo 43 años, voy a cumplir 44, ya no tengo las habilidades de una chiquilla de 15, pero aquí tienen paciencia, así que por ahora me concentro en eso. No me gusta pensar en el futuro porque es incierto, primero quiero terminar la secundaria y después que pase lo que pase.

Algo que podríamos cambiar es ser más compañeros, ayudarnos mutuamente; eso me gustaría, que seamos más unidos, entre los estudiantes.

El Mocha me ha dado todo. Aquí encontré un espacio. Por ejemplo, soy delegada de segundo. El año pasado, en primero, también me eligieron por unanimidad porque saben que soy constante, que yo vengo, y que tengo autoridad en el colegio. En la calle no, en la calle soy la Silvana, pero de la puerta para adentro se respeta tanto a los maestros como a los compañeros como a la institución, todo. De la puerta para adentro soy delegada, si tengo que opinar opino, si tengo que debatir debato, si tengo que estar estoy, si tengo que llevar la bandera llevo la bandera, como hice el año pasado, con mucho orgullo.

“Si no hubiera estado en OTRANS no me habría animado a estudiar”

Koral Trinidad Chota Flores, OTRANS – Universidad de La Plata

Mi nombre es Koral Trinidad Chota flores, soy migrante de Perú y actualmente estoy cursando el primer año en la facultad de Periodismo y Comunicación Social, en la Universidad de La Plata. En Perú estudié la primaria y la secundaria, pero hace 7 años me vine a la Argentina por la ley de matrimonio igualitario, y por la ley de identidad, del nombre propio que uno se trata de poner por ser trans. Llegué con la ayuda de otras compañeras también migrantes, es que nosotras nos apoyamos siempre. Por ejemplo, si a mí me traen, yo tengo que traer a otra persona que sea migrante también.

A mí siempre me gustó estudiar, y en Perú pude terminar mi primaria y mi secundaria gracias al apoyo de mis padres y mi abuela que me ayudaron. Me vine a Argentina para poder salir del armario, para poder ser lo que soy. Pero en Perú yo era una persona hetero, mis padres no sabían que era trans. En Perú no hay ninguna ley, entonces me daba mucho miedo. Eso fue lo que me llamó la atención de

Argentina y por eso vine. Pero vine sin ningún documento de estudio así que no podía inscribirme en la facultad; sí tenía interés, pero no tenía documentos, no tenía el certificado de estudio, y como no podían comprobar que sí había terminado el colegio secundario me estaba quedando atrás.

Otro motivo por el que no estudiaba era porque como soy trans, tenía miedo de que me rechazaran. Yo pensaba que en la facultad me iban a decir “no, como no eres mujer no podemos recibirte”, ese era mi temor. Pero luego, gracias a OTRANS y a Claudia Vásquez-Haro¹⁹, me di cuenta que en la Universidad de La Plata, específicamente en la facultad de Periodismo y Comunicación Social, hay mucha inclusión, y no solo de las personas trans, sino también de otras personas.

Conocía a Claudia porque en Argentina las migrantes, y más por ser trans, no tenemos trabajo formal, entonces nos vemos obligadas a trabajar en la calle, en la prostitución. Claudia nos buscaba ahí, en las calles, y como las dos somos peruanas, nos poníamos a conversar. En ese tiempo querían trasladar la zona roja a otra parte, a un bosque, y teníamos miedo de irnos a ese bosque porque era más oscuro y no sabíamos si nos querían matar, así que ahí comenzamos a organizarnos, a ver cuáles eran nuestros derechos y a luchar por ellos. De ahí salió OTRANS.

Durante todos esos años yo quería volver a estudiar, pero por todo eso no me animaba, no tenía ese valor; mejor dicho, me faltaba un empujoncito. Ese empujoncito fue OTRANS. Claudia siempre nos decía “tienen que estudiar para salir adelante”. Y además resultó que el año pasado fui a Perú. Yo llevaba un largo tiempo sin ir, y regresé. Entonces pude sacar mi certificado de estudio, el certificado de los estudios secundarios que necesitaba para poder ingresar a la Facultad. No fue fácil. Como en Perú no hay ley de identidad de género me pedían una fotografía reciente, pero como mi certificado estaba con

19 Licenciada en Comunicación Social, doctoranda en Comunicación de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Presidenta de OTRANS Argentina.

el nombre que tenía antes no me la aceptaban. Me decían “anda a tal parte”, “conversá con esta otra persona” y así, me revotaban de un lugar a otro y no me daban mi certificado. Pero como yo lo necesitaba, insistí, discutimos en el colegio, pero al final me tuvieron que aceptar, y me lo dieron.

Cuando volví a Argentina me presenté en la facultad de Periodismo y Comunicación Social porque ya sabía que ahí sí respetan la ley de identidad de género, sabía que ahí sí hay inclusión. Y sí fue así. Aunque en la Facultad en este momento, creo que soy la única, me recibieron muy bien y todo fue fácil. Eso en parte también se lo debo a OTRANS y a Claudia. Ella también estudió en la facultad de Periodismo antes de la ley [de identidad de género]. Ella nos contó que en su tiempo fue difícil y que tuvo que luchar por su nombre propio, para que la llamaran por su nombre propio. En cambio ahora a mí sí me llaman con mi nombre, pasan lista con mi nombre autopercebido y eso, para mí, es muy importante.

Pero sobre todo hubo dos momentos en los que me sentí más identificada con el espacio. El primero fue cuando recién entré a la facultad y lo primero que pensé, que se me vino a la mente, fue ir al baño, y pensé que los baños eran solamente para hombres o para mujeres, pero cuando entré al baño me di cuenta que eran unisex, o sea que no había ni siquiera diferencia de sexos, y entonces dije “sí, este sí es mi lugar, acá sí estoy incluida, acá sí me siento identificada, y me siento bien”. Ese fue el momento en el que sentí que esta facultad era mi lugar.

El segundo fue en una clase en la que empezaron a hablar de derechos humanos, y yo me puse a hablar de todos los problemas que hay en nuestra comunidad, todo lo que había aprendido en OTRANS y todo lo que hacemos ahí. Hablé de mi experiencia personal, lo que viví, y mis compañeros y los profesores me apoyaron mucho, no hubo irrespeto, estaban muy interesados de saber más sobre mi situación, mi recorrido, mi vivencia.

Otra cosa que al principio me daba miedo, era que después de tanto tiempo de no haber estudiado pensaba que ya no iba a poder, que iba a ser muy difícil, y claro, sí hay materias donde a veces no entiendo, materias como historia o informática, todas las cosas relacionadas con internet se complican un poco, pero yo sé que poco a poco voy a ir entendiendo más. En el resto, en lo que tiene que ver con género o en temas de derechos humanos, ahí sí puedo aportar mucho, los profesores mismos me lo dicen. Entonces me gusta, y ahora estoy más confiada y creo que sí voy a seguir.

Yo pienso que si no hubiera estado en OTRANS no me habría animado a estudiar, a exigir ese derecho. OTRANS ha sido el eje de mi vida acá en Argentina porque me ha ayudado a conocer cuáles son mis derechos, y me hablaron mucho de cómo salir adelante no yo sola sino en comunidad. O sea, ser más compañera, apoyarnos las unas a las otras para poder salir de la situación de calle en la que estamos.

Por eso desde OTRANS hacemos muchas cosas para sustentarnos y no estar en la prostitución. Vendemos comida, y hemos creado una cooperativa de personas trans, una peluquería llamada Las Charapas. También, gracias a Dios, tengo mi pareja que me apoya mucho en esta trayectoria.

OTRANS también trata de motivar a que más compañeras estudien, pero el problema es que muchas compañeras no terminaron el estudio primario, y eso es lo que queremos incentivar nosotras, que nuestras compañeras puedan hacer la escuela primaria, la secundaria y después la facultad. Porque hay muchas trans que quieren estudiar, que necesitan estudiar, pero no se animan todavía porque no saben leer, porque no saben escribir, porque la mayoría somos migrantes.

Pero es difícil porque OTRANS no tiene un apoyo económico del Estado, no recibimos ninguna ayuda de ninguna organización ni del gobierno, entonces todo lo tenemos que hacer entre nosotras.

En cuanto a la Facultad, estaría bueno que fueran más flexibles con los horarios y con los textos, porque a veces hay algunos que son

muy difíciles de entender, sobre todo para las que hemos tenido trabas estudiando. También el internet, casi no hay en el edificio donde se cursa, y si no tenés en tu casa, pues hay muchas cosas que no podés hacer. Esas cosas se podrían mejorar un poco.

Para terminar, hay una frase de Lohana Berkins que dice “el tiempo de la revolución es ahora, Furia Travesti”. Eso significa que hay que estar siempre incluidas en todo, no solamente en la facultad. Hoy podemos ser parte de la política, y muchos otros espacios, donde antes éramos apartadas. Así que espero que cada vez haya más compañeras trans en la facultad para seguir estudiando y salir adelante.

“Todos somos profesores y todos somos alumnos”

Lautaro Miguel Rosa, 37 años, estudiante de primer año de Mocha Cels

Soy hombre trans, me crié en Brasil y vengo de una familia muy machista. Viví en Brasil en la década de los ochenta, y en ese entonces no existía esto de la identidad de género o la orientación sexual. Simplemente decían que eras raro, o estabas enfermo, o tenías problemas, digamos, psicológicos. Por ser hombre trans, mi familia me encerró en un colegio pupilo así que pasé mi primaria de lunes a viernes en una institución privada (de monjas) donde, literalmente, me obligaban a ser lo que ellas decían que tenía que ser. Mi autopercepción viene desde muy chico y me querían obligar a ponerme un uniforme de nena, me querían obligar a un montón de situaciones y eso hizo que me rebelara y que intentara fugarme, porque ahí no estaba mi lugar en la educación primaria.

La educación secundaria la terminé en Brasil, pero no fue fácil. Mi viejo se enfermó a fuerza de luchar. Eso fue muy duro porque de todas las personas que había en mi casa, el único que me aceptó como yo siempre me autopercebí fue mi viejo. Yo había empezado a fajarme desde el tercer año de la secundaria, pero mi vieja quería obligarme

a hacer un montón de cosas. Me decía, por ejemplo, “ponente esto” o “maquillate”. Después de una discusión que tuvieron mis viejos me transfirieron a una escuela pública.

Cuando llegué a la escuela pública yo era “el raro”, me miraban como diciendo: “¿Quién sos?” Dos amigos míos, Toquinho y Guillermina - argentina ella - se sentaron al lado mío e hicieron una campaña. No me voy a olvidar nunca, Guillermina se puso un cartel que decía “Yo soy Roberto”, que era el nombre con el que me identificaba en esa época. Toquinho hizo lo mismo, y así, de esa manera, viví mis últimos dos años de cursillo. Recién ahí me pude más o menos orientar dentro de lo que era la educación pública. O sea que en general mi educación no fue para nada copada. No tuve ni niñez ni adolescencia, no pude ser lo que yo siempre fui por una cuestión familiar, social y cultural.

Después me vine para Argentina y las cosas cambiaron. Pasaron muchos años y muchas cosas. Mi padre falleció y mi madre decidió volver a Brasil. A la Mocha llegué por un contacto que tenía, un chico trans que había cursado acá. Yo tenía 37 años y quería ingresar a la facultad, pero los exámenes que tenía de Brasil no me servían y tenía que rendir los equivalentes. La otra opción era esperar a tener los 40 años, porque si tenés 40 no necesitás el analítico²⁰. Entonces él me dijo “che, ¿por qué no cursás los tres años? Si tenés 37 vas a tener 40 cuando termines... hacé los tres años.”

Estar en la Mocha me dio miles de posibilidades. Gracias a La Mocha me pude contactar con una asistente social gracias a quien hoy puedo tener un subsidio habitacional que me permite pagar un alquiler y conseguir un laburo. Fueron contactos abiertos todo el tiempo, no se me cerraron las puertas para nada. No tengo que estar aguantando absolutamente nada de nadie, esa es la diferencia.

20 Certificado Analítico de Estudios Secundarios. En Argentina, es el documento que certifica el cumplimiento satisfactorio de todos los requisitos para aprobar los estudios secundarios. Consta de dos partes: 1) el certificado, que contiene las calificaciones obtenidas en cada año, y 2) el título, que contiene los datos de la graduación.

La Mocha es vivir todo lo que quise ser. Porque creo que si los varones trans estamos más invisibilizados ante lo que son las chicas trans o las travestis, es por la cuestión hormonal más que nada. Pero yo siempre digo que la hormona es para los demás, yo soy Lautaro desde que nací. Ahora yo puedo ser yo sin tener que dar explicaciones, al que le gusta bien y al que no, ¡buenísimo!

Yo creo que el poder de la educación no lo tiene nadie, todos somos profesores y todos somos alumnos; en realidad todos somos humanos. Si existiera esa claridad veríamos que en realidad existen personas que tienen ganas de estudiar y nada más, y bueno, la capacitación en este tema tendría que ser para todos, desde la persona que limpia dentro de un establecimiento hasta la persona que está en la cocina. Si están todos capacitados para entender que somos todos iguales, ¡estamos todos genial!

Hoy por hoy pude conseguir un laburo gracias a la Mocha, porque fue la asistente social la que se contactó con una persona amiga y me hizo entrar a laburar. Antes había intentado trabajar como chef. Cuando llegué conseguí laburo pero a los 15 días me dijeron “estoy buscando un hombre”, “y bueno”, les dije, “yo soy un hombre”. “No, vos no entendés”. O sea, siguieron forreándome, por así decirlo. La cuestión es que esta chica nos consiguió laburo, no de chef, sino dentro de un lugar que pertenece al gobierno. Es un hogar de niños judicializados desde los 0 hasta los 5 años.

Gracias a eso pude pagar mi alquiler y vivo en capital. Gracias a eso mi hija está yendo a la escuela. Porque algo que no dije es que soy el primer padre transgénero de Rosario. Ahí me hice una inseminación con mi ex mujer y nació mi hija. Mi hija vive conmigo y gracias a la asistente social logramos conseguir una escuela a mitad de cuadra de donde vivo.

También creo que debemos implementar las enseñanzas de la no discriminación entre nosotros mismos. Porque, repito, yo vine de una familia machista y traía muchas cosas conmigo. La mayoría de chicas trans acá están en una situación parecida, porque nadie es más

que nadie. Pero todos venimos con normas metidas en la cabeza, las cuales hacen que siga habiendo discriminación, y no tiene que haber discriminación entre nosotros. Si nosotros exigimos: “no nos discriminen”, entonces nosotros deberíamos hacer lo mismo, no discriminarnos. Eso sería lo que cambiaría.

Tengo la esperanza de poder trabajar cuando me gradúe y seguir una carrera. Me gustaría recibirme y estudiar trabajo social que es lo que quiero hacer desde chico. La otra carrera que me gustaría es director cinematográfico, sobre todo por una cuestión de explorar la mirada hacia la vida de una persona trans. ¡Son dos cosas completamente distintas pero me gustan!

“Un villero... hablando con una trava”

“Jamás me iba a imaginar que un villero pueda estar hablando con una trava”

Maryanne Lettieri, 30 años, profesora de inglés de Mocha Celis

Como estudiante hice el secundario en tiempo y forma. Es decir que pasé por un proceso normal de jardín, primaria y secundaria. En ese tiempo estaba surgiendo un poco más la visibilidad de la comunidad y de las identidades trans, y debo agradecer a todo el entorno que me rodeó en ese momento, pues fue bastante tranquilo.

Como estudiante, tuve compañeros a los que no quise agredir, pero por su falta de conocimiento usaban formas de preguntar o de acercarse un poco brutas. Y del lado de los docentes, la gran mayoría se me acercó y me preguntó cuál era el nombre con el cual yo me había autopercebido. Así que por suerte no sufrí lo que hoy se conoce como bullying ni agresiones físicas. El único episodio que recuerdo fue estando en primer o segundo año, había un grupo de chicos muy masculinos que no se me acercaban porque creían que

mi condición era contagiosa. Pero todo fue un proceso y no tuve una mala experiencia.

La Mocha la conocí por intermedio de la secretaria académica de ese momento, Vida Morant²¹. Ella fue la que me convocó porque yo no la conocía, no tenía ni idea. Como yo pude terminar la escuela, tenía en la cabeza que todas estaban en la misma, solo después caí en la cuenta de que no. En la escuela estaban buscando aumentar el plantel docente, sobre todo de personas trans. Al principio la propuesta me pareció rara. Yo decía “pero, ¿por qué hay una escuela específica?” Me parecía que el discurso era autoexcluyente. Después, cuando empecé a conocer las historias de las estudiantes y de muchas docentes también, cuando escuché todo lo que pasaron en la infancia, cambié de opinión y me di cuenta de por qué es urgente que exista un lugar como el Mocha.

También me parece que está bueno que el Mocha sirva como modelo para otros docentes y otras escuelas. Es bueno que se incluya esta temática porque nosotras existimos, y así las personas pueden conocer nuestra realidad. Es decir, está bien que exista esta escuela, pero también hay muchas personas jóvenes que sienten que son trans y no lo pueden expresar porque están en otras escuelas y allí no se les permite, entonces tienen que reprimir quienes son durante una etapa, y reprimir algo así es muy feo.

El Bachi ocupa un lugar muy importante, porque es una puerta y es un puente para que una persona pueda terminar la educación. Una persona que tiene una formación académica, sea a nivel escolar o a nivel de facultad tiene una herramienta para defenderse. La educación es una de las herramientas más fuertes de los seres humanos, por encima de cuestiones religiosas y políticas. Por eso me parece espectacular y me llena de orgullo cuando las estudiantes te agradecen que hayas sido su profesora, y te dicen que se ven reflejadas en ti porque tuvieron una profesora trans. Muchas tienen una vida difícil, y a

21 Secretaria académica del Mocha Celis desde 2014 hasta 2016.

veces piensan que no hay una salida, pero al verte a ti como profesora saben que sí la hay. Cuesta, sí, cuesta mucho, porque la sociedad no está preparada en muchos aspectos, y por eso yo creo que nosotros como escuela podemos enseñar muchísimo, sobre todo en el tema de la inclusión.

En ese sentido otras escuelas podrían aprender de nosotros, no asustarse tanto cuando tienen un caso de una persona trans o una persona gay. Porque a veces cuando tienen un estudiante gay o trans los docentes no saben qué hacer: llaman al psicólogo, llaman a los padres y lo mandan a revisar como si fuera algo negativo, pero no es una enfermedad. Pero la inclusión no es solo sobre el tema de sexualidad o de identidades trans. También se abordan otras situaciones de vulnerabilidad. Por ejemplo, una vez un estudiante, que era una persona que venía de la villa, me dijo: “jamás me iba a imaginar que un villero pueda estar hablando con una trava”. Eso es real, es real que la escuela pudo lograr eso: esa persona tenía un preconceito de la persona trans, y la persona trans tenía un preconceito del pibe con gorrita, y los dos se dieron cuenta que justamente son eso, preconceitos, que una gorra no te define, de la misma forma que llevar una pollera no te define, puedes ser buena o mala persona, pero no es la sexualidad la que define quién eres.

Yo antes pensaba, “pará, ¿esto es una escuela para armarnos tipo gueto?” Pero estas situaciones me rompieron ese pensamiento que yo tenía, porque esta es una escuela donde todos se pueden conocer y conocer las situaciones de los demás. Incluso a mí me pasó, yo no tenía más de un amigo gay, no conocía; tampoco podía entender lo que era estar parada en una esquina, y cuando empezás a escuchar en primera persona esas situaciones te vas dando cuenta de muchísimas cosas. Yo valoro mucho eso de la escuela, que cada uno pueda aprender del otro, eso es muy enriquecedor.

“Mi experiencia universitaria como femineidad travesti”

Lara María Bertolini, 47 años, estudiante Universidad de la Avellaneda (UNDAV)

Activista política, femineidad travesti en defensa, promoción y creación de derechos y legalidades del colectivo de femineidades y masculinidades travestis, transexuales y devenires de identidades. Promotora y Auxiliar territorial de la Procuración General de la Nación. Estudiante activa de la carrera de Derecho en la Universidad de Avellaneda Sede Piñeiro.

Mi nombre es Lara María Bertolini, tengo 47 años y estoy iniciando mis estudios de Derecho en la Universidad de Avellaneda (UNDAV). Antes que nada, aclaro desde mi posición de activista, que no poseo ninguna acción de militancia con un partido político, pues considero la razón pura de la política como motor de cambio.

Si bien mi ingreso lo sentí como una experiencia positiva, durante este año de cursada hubo situaciones intramuros, bastante violentas, denigrantes e invisibilizantes respecto de las violencias sufridas por odio a mi género autopercebido. Si bien hoy, luego de sobreponerme de este hecho, ayudando también a la universidad a entender que las políticas de género hacia las personas travestis en las universidades son absolutamente ajenas dada la falta de población cursante, así como también la no posesión de información e historia de participación de nuestro género autopercebido, entiendo que es mi responsabilidad empezar a componer, construir y hacer saber las situaciones educativas y sus componentes de conflicto dentro del ámbito académico.

Gracias a mi privilegio de no haber transicionado (adoptar mi género autopercebido) de niñx y sí haberlo hecho en la etapa adulta, pude concurrir al ámbito universitario binario.

Se puede entender la resistencia a ver una nueva participación de mi género social disidente dentro de áreas educativas de las que ja-

más hubiésemos pensado ser partícipes. Pese a eso, pude insertarme correctamente más allá de las expulsiones constantes relacionadas a lo arriba mencionado.

Debo reconocer también el machismo instaurado dentro de los claustros, que no escapa a ningún ámbito universitario. Pero quizás sea por mi impronta de lucha y mi clara posición de travesti feminista que puedo rebatir y dar batalla a ese poderío instaurado, el cual he derrotado paso a paso en cada situación de opresión dentro del estudiantado.

Respecto a lxs estudiantes, la recepción en su mayoría ha sido positiva. También debemos tomar en consideración las vivencias personales. Como ya aclaré, tengo otras experiencias menos devastadoras que mis compañeras femineidades travestis y trans, y por eso viven con un poco más de liviandad mi experiencia de estudios.

Respecto a cosas por mejorar y tener en cuenta: se debe formar un centro de acompañamiento y de estudios de personas travestis y trans en la Universidad, considerando la ignorancia de datos, vivencias e interrelación social con nosotres, debido a que somos nuevas participantes en el ámbito universitario.

Se debe crear un fondo de materiales de estudio a fin de proveer gratuitamente todo lo necesario para facilitar el acceso a la Universidad, desde notebooks hasta una simple mesa que quizás muchas compañeras en su casa no tengan.

Debemos dejar de depender de la ayuda social y desde la Universidad promover el sentido de solidaridad, acompañamiento e integración, por medio de la creación de centro de estudiantes travestis trans que articulen con los demás centros de estudiantes que quieran participar en políticas sociales y de estudios, sin que esto derive en activismos partidarios, pues esto puede cercenar el interés real en que las personas trans y travestis lleguen a egresarse como universitarias. Resalto este punto clave dado que el partidismo, cualquiera fuere, nos maneja como ganado, y no va al punto en cuestión: la educación. Por ejemplo, en estos pocos años han emigrado muchas estudiantes de

la UNDAV a otras universidades aledañas que con sus políticas de género no binario han sabido insertar a la comunidad travesti trans, no sin dificultades, pero con motores y acciones reales.

Debemos seguir sosteniendo el plan Fines²² y seguir incorporando a las personas travestis trans al ámbito universitario. Debemos pensar en el acompañamiento transicional del secundario al ingreso universitario ya que muchas deserciones se deben no solo a la inserción social, sino también a la diferencia de exigencia entre la producción académica y las responsabilidades de los estudiantes universitarios y aquellas del nivel secundario.

Por demás está decir que debe haber personas trans en curso académico dentro de los claustros de opinión, construcción, y acción del ámbito universitario. Sin nuestra incorporación a esos ámbitos de debate y conciliación poco se puede hablar. La participación activa de las personas con un género disidente autopercebido es necesaria, pues de lo contrario las construcciones teóricas estarían dejando de lado a la comunidad travesti, escribiéndola, manejándola y construyéndola desde un sistema educativo binario.

“Estudiar acá te da libertad”

Oriana Miranda, 25 años, estudiante de tercer año de Mocha Celis

Soy de la provincia de Santa Fe, estoy hace tres años viviendo en Buenos Aires, haciendo mi vida. Gracias a Dios tengo unos padres que me educaron muy bien. Pero el colegio, en mi infancia, fue bastante duro. Por eso dejé mis estudios hace muchos años, porque sufrí mucha discriminación y hubo muchas peleas: con mi familia, con mis amistades, en el colegio, etc.

22 Es un proyecto que ofrece la oportunidad a muchos jóvenes entre 18 y 25 años de la Provincia de Buenos Aires a que puedan finalizar sus estudios primarios y secundarios.

Debido a mi condición sexual me discriminaron, no solo mis compañeros, sino también los profesores, y en la misma institución y hasta en la calle. Incluso una profesora de contabilidad me agredió verbalmente. Yo respondí de la misma manera y nos amonestaron y suspendieron a las dos.

A la Mocha la conocí por una compañera que trabaja en el senado. Ella me dijo que había un bachillerato trans, me dijo “te vas a sentir cómoda, andá probá a ver qué onda”. Le pedí la dirección y fui. Hablé con Pancho²³, y él me dijo “sí, traete todos los papeles y venite”. Así que presenté mis papeles y empecé.

Acá me siento mucho más cómoda. Tengo compañeros muy buena onda y de mi misma condición. Sí hay peleas, pero como en todos lados, y no hay discriminación.

Yo dejé los estudios seis años y esto es como volver a empezar. Pero la experiencia está buena, porque aprendés mucho, y te desenvolvés un poquito más con la gente. Yo soy una persona muy tímida y esto me ha servido para perder la timidez.

Además, las relaciones con la familia y con las amistades mejoraron mucho desde que volví a estudiar. Antes nos llevábamos pésimo, ahora, como que nos llevamos mejor, todo es un poco más tranquilo.

También la sociedad ha cambiado. Antes sufría discriminación en boliches, establecimientos, y casi todos los lugares públicos. Ahora la sociedad va avanzando, se sufre discriminación, pero menos.

Respecto al futuro, me gusta mucho la psicología. Me gustaría estudiar el comportamiento de los seres humanos. La antropología también me gusta mucho, pero todavía no sé si voy a estudiar esas carreras o no.

Pero lo más importante es que para mi estudiar acá te da libertad. Yo defino mi experiencia en el Mocha con esa palabra: libertad. Porque acá puedo hacer y deshacer lo que yo quiera; me siento en casa,

23 Francisco Quiñones Cuartas, director del Bachillerato Popular Trans Mocha Celis y parte del equipo fundador de la escuela.

es como mi segunda casa. Además, la educación te hace dar y recibir respeto. El poder de la educación es ese, el respeto.

Por eso me gustaría que en las otras escuelas hubiera más inclusión. Creo que al mostrar que somos personas como cualquier otra; es decir, que no hacemos daño, ni molestamos a nadie; que solo queremos estudiar y ser alguien, como todas las personas, estaríamos dando un gran paso para lograr más inclusión.

“Cuando una trans entra a la facultad le cambia la vida, pero cuando muchas trans entran a la facultad cambia la facultad” (Lohana berkins)

*Ariana Linares Araujo, 25 años, OTRANS – Universidad de La Plata
(Economía)*

Mi nombre es Ariana Linares Araujo y vengo de Perú. Allá no hay ley de identidad de género, entonces cuando iba a cursar al colegio y a la facultad se me complicaba que la gente me reconociera por mi nombre Ariana, y eso no era lindo, no era lindo que pasen la lista y salga el nombre mío y yo tenga que decir “presente”. Eso era algo que me truncaba, y que no me dejaba seguir, así que dejé de ir a la Facultad principalmente por eso.

Llegué a Argentina en julio de 2012 y me instalé con una compañera trans en La Plata. De a poco me fui enterando sobre OTRANS, sobre las reuniones, y yo de curiosa llegué, empecé a ir a las reuniones y de a poquito me fui metiendo más y más. Haber conocido a OTRANS me cambió la vida, porque saber que hay una organización detrás de mí es lo que me motiva a hacer todo, no solo estudiar, sino ir a cualquier lado, ir al banco o a los supermercados, es decir, me motiva a hacerme visible y a vincularme con la vida. OTRANS influye mucho en mi vida, me refuerza, y me sostiene, y me motiva

también a seguir haciendo más cosas. Conocer a Claudia²⁴, nuestra referente, también fue muy importante porque yo tengo las mismas condiciones que ella: ella es peruana, como yo; ella es trans, como yo; y la veo bien, la veo profesional, la veo que pudo triunfar, y yo digo “¿por qué yo no?”

Estudiar en Argentina ha sido mucho más fácil gracias a las leyes, aunque sin OTRANS no habría podido lograrlo porque para inscribirte en la facultad hay que tener el certificado de tu país de estudios, tenés que validarlo acá, y cuando yo fui a validarlo en Buenos Aires sufrí discriminación. El certificado que me mandaron de Perú está con mi nombre registral de Perú, que no es Ariana, y aquí, en Argentina, tengo el documento con mi nombre, Ariana, y mi género. La señora que me atendió me dijo que así no podía validarlo porque en mi documento decía un nombre y en el certificado decía otro nombre. Me dijo que la única manera de validarlo era con el nombre que está en el certificado, que era ese nombre que obviamente no es mío. Además, me decía que si yo me recibía también me iba a recibir con ese nombre. Entonces yo le dije, “bueno, está bien, dame un turno para la semana que viene”, y a la semana siguiente fui con Claudia. Ahí fue distinto, Claudia exigió que se cumpliera la ley. Al final validaron el documento con mi nombre Ariana, y hasta nos pidieron disculpas. Si no perteneciera a OTRANS no habría sabido qué hacer, y muchas personas que no pertenecen, no saben, y las terminan discriminando.

Después de eso me inscribí en la Facultad de Ciencias Económicas, Licenciatura en Administración. Recién estoy en el primer año. El primer día de clases, aunque OTRANS me fortalece, yo iba con mucho miedo porque no sabía con qué me iba a encontrar, y me habían dicho que esta facultad es muy conservadora, es una facultad muy complicada, muy machista. El primer día de clases nadie se conoce y no sabía qué tipo de profesores me iban a tocar. Recuerdo que

24 Claudia Vásquez Haro, licenciada en Comunicación Social, doctoranda en Comunicación de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Presidenta de OTRANS Argentina.

llegué y no tuve miradas raras, nadie me miró raro, nadie me habló raro. Me acuerdo que pasaron lista, dijeron “Ariana Linares Araujo” y yo dije “presente”, entonces sí se respetó mi identidad de género.

También dentro de la misma facultad hay organizaciones que militan la cuestión de la educación. Claudia me había pasado esa información, entonces desde que llegué me acerqué y les dije que quería pertenecer o participar con ellos en todo lo que hagan. Entonces ahora estamos militando la cuestión de género también con ellos, y eso me sostiene también.

Afortunadamente no he tenido ningún tipo de discriminación en la facultad. No ha pasado nada, y estoy tranquila porque Claudia me dijo que si pasa cualquier cosa vamos a tener cuarenta travestis apoyando en la puerta de la facultad, así que estoy satisfecha, y creo que mi caso muestra que las cosas están cambiando, y que tenemos que empoderarnos desde esos lugares, porque a veces nosotras mismas nos auto-excluimos por el miedo, por todo lo que se dice. Por ejemplo, a mí me decían que la facultad que elegí para cursar era complicada, yo en un principio pude haber dicho que no, que no me quería exponer, que me daba miedo, pero aún así, yo fui y di la cara y no me pasó nada.

Es más, yo hasta tuve un pequeño intercambio con un profesor que estaba siendo irrespetuoso, no conmigo, pero irrespetuoso. Él siempre daba en sus clases ejemplos en los que se burlaba de la gente, se burlaba de la gente con sobrepeso, o de las mujeres. Tenía un concepto de las mujeres como si fueran objetos, y hacía bromas, para mí chocantes. Yo milito esta cuestión de derechos humanos y sé que la mujer para nada es un objeto. En una de sus clases él se puso a contar una de sus anécdotas en forma de broma y todos se empezaron a reír, los alumnos, todos se empezaron a reír. Yo levanté la mano y le dije que me parecía que estaba actuando mal, que dentro de la universidad hay un protocolo y tenemos que respetarlo, y que si él es profesor tiene que educar, no tiene que generar discriminación y bullying. Yo se lo dije, y le hablé del protocolo que en mi facultad no

se ha implementado. Todo el mundo me miró, todos los chicos me miraron, y desde ahí me conocen todos porque fui la única que se paró a decirle eso.

El protocolo es de género y diversidad sexual (que incluye cualquier tipo de discriminación o maltrato, sea psicológico o físico) que se sancionó en 2015 en la Universidad de La Plata, pero no se implementó en todas las facultades. Según el protocolo tiene que haber una secretaría de género que se encargue de acompañar esto, de defender y buscar una solución. Entonces me parece que la universidad, por ese lado, ha hecho eso bien, pero ahora lo tienen que implementar en todas las facultades. En la facultad de Periodismo y Comunicación Social ya lo tienen implementado. Ahí ya tienen la Secretaría funcionando porque la decana se encargó de eso, y hay baños que son de uso común. En la facultad de Bellas Artes y en la facultad de Humanidades también, pero en las demás como Medicina, Ingeniería, Económicas o Abogacía, no. Yo estoy militando esa parte dentro de la universidad.

Con OTRANS también vamos haciendo cosas. Hemos presentado un proyecto para inserción laboral para las personas trans y travestis dentro de la universidad junto con la FULP (Federación Universitaria de la Plata). Eso es importante porque el tema del trabajo es fundamental para poder estudiar. Por ejemplo, para mí, la cooperativa Las Charapas fue uno de los motivos por los que yo pude empezar a hacer una vida como la que estoy haciendo ahora. La cooperativa estuvo pensada desde que nos conocimos con Claudia porque empezamos a decir que teníamos que tener un trabajo digno. Como no teníamos ayuda ni del gobierno ni de nadie, empezamos a hacer actividades como venta de comida y con eso empezamos a recolectar dinero hasta que pudimos armar la peluquería que está en la calle 18. Al principio fue complicado encontrar un lugar porque nadie quería alquilarnos por el hecho de ser trans. No nos querían alquilar la casa por el estigma que hay aún hoy todavía sobre las personas trans: asociaban el ser trans con prostitución, burdel y drogas. Entonces Clau-

dia, la presidenta de OTRANS, se vio en la necesidad u obligación de partir su casa en dos: una parte para la cooperativa, y otra para ella seguir viviendo con su mamá. También participaron compañeros del Frente de Organizaciones TLGB, que es un frente donde participan varias organizaciones que trabajan lo que es la diversidad. Así empezamos, inauguramos la cooperativa el 5 de diciembre de 2016. En principio somos 10 compañeras entre peluquería, manicuría, depilación y maquillaje, y la idea es seguir gestionando puestos de trabajo. Sabemos que es difícil, sobre todo porque ahora la derecha está en el poder. Por ejemplo, Julio Garro, el intendente de La Plata, dijo que en vez de darnos trabajo nos daría un psicólogo porque si nos diera trabajo sería como legalizar la delincuencia. Eso es muy denigrante. Pero ahora, cuando yo voy en la calle, o estoy en la facultad, y me preguntan “¿a qué te dedicás?” yo puedo decir que trabajo en una peluquería. No es como antes que no sabía qué decir, porque cuando decís que trabajás en la calle eso no cae bien para todo el mundo.

Eso me llena de orgullo, y también me llena de orgullo estar en la facultad. Yo ahora soy la única chica trans dentro de mi facultad, y eso me ha empoderado porque mucha gente me felicita cuando voy, y saco mis notas, porque mi promedio es muy bueno, entonces me felicitan, y me llena de orgullo porque ven que las chicas trans no somos cualquier cosa, y eso me motiva. Eso, me parece, es también parte de la importancia de estar dentro de mi facultad, que es complicada según se dice. Pero la gente me ve que voy a todos lados: a la biblioteca, al buffet, a todos lados. Yo me hago ver con todos, hablo bien con todos y nadie me trata mal. Así, poco a poco, las cosas van cambiando.

Tuve solo una mala experiencia en el comedor universitario. Recuerdo que el primer día que fui sentí miradas muy obvias. Me sentí incómoda, me sentí un poco mal. En ese lugar sí vi que había este estigma; pero enseguida pegué onda con la señora de la puerta, con todos los que trabajan ahí, y no me pasó nunca más nada, hoy sigo yendo a comer ahí y la misma gente que el primer día me miraba, ya no significa nada.

A nivel personal, el cambio ha sido mucho. A veces hasta me asombro de cada cosa que hago. Por ejemplo, el hecho de haber levantado la mano para decirle al profesor que estaba haciendo mal. Yo ya no tengo vergüenza de nada, estoy muy empoderada y me siento orgullosa. Me ha cambiado mucho la vida. Obviamente me cuesta, estudiar y trabajar, me cuesta. Antes tenía plata porque trabajaba de otra forma, y digo trabajar entre comillas porque no consideramos un trabajo la prostitución. Pero no me movilizaba en bondi, en colectivo, en micro, ahora lo hago; ahora voy a lugares públicos, antes dormía de día, y de noche estaba en la calle. Entonces todo esto me ha motivado, me ha fortalecido. Personalmente, me siento muy orgullosa de todo lo que vengo haciendo.

Así debería ser, la prostitución no debería ser la única opción, de la mano con las drogas, la adicción, porque la prostitución va de la mano con eso. Si fuera así, la expectativa de vida de las personas trans no sería 35-40 años, sería como la de cualquier persona, como tendría que ser. Eso ayudaría a que cambiara mucho la visión de la gente para nosotras, que vieran que no somos el último eslabón, que no somos cualquier cosa.

Por eso seguimos trabajando. No sé cómo era antes de que yo fuera a la facultad, no sé cómo actuaban ante una chica trans, qué miraban o qué pensaban. Pero ahora que yo llegué, todos me conocen, me saludan hasta los de la puerta, los que limpian, todos me saludan a mí. Entonces de a poquito vamos sensibilizando para que en el futuro haya un montón de chicas trans aquí, para que nos hagamos visibles dentro de la facultad y cambie todo. Eso es a lo que yo quiero llegar, no solo en la facultad, sino en cualquier lado. Me encantaría que fuéramos muchas las que somos visibles, me parecería genial eso.

“Mi proceso de respetar mi cuerpo y mi identidad de género fueron ejes fundamentales para mi experiencia de inclusión educativa”

*Sabrina Jazmín Segovia, 35 años,
Universidad de la Avellaneda (UNDAV)*

Mi experiencia previa en otras instituciones educativas se remonta a los años 90, donde comencé mi primaria en la escuela Martha Sallotti de la ciudad de Guernica Presidente Perón. Recuerdo el primer día de escuela como si fuera ayer, hoy me doy cuenta que mi elección sexual ya se manifestaba en ese momento o mejor dicho desde ese primer día de clases en donde nos formaban en filas de varones y mujeres, yo quería formarme en la fila de mujeres. Al ver que no se podía por la construcción de género que se limitaba de forma binaria, me tuve dolorosamente que amoldar a esa heteronoma. Fueron siete años de transitar la primaria obligada a ser VARÓN.

En esos años NO se hablaba de la diversidad sexual, recién en estos últimos años se empezaron a debatir y a respetar un poco más esas cuestiones. Cabe destacar que mi educación tanto secundaria como primaria las he hecho en colegios privados NO RELIGIOSOS y autónomos. Donde vuelvo a recalcar que la identidad y la elección sexual era TABÚ, en donde los padres tenían la obligación de formar a sus hijos en una línea de la religión Católica Apostólica Romana, donde el “HOMBRE es HOMBRE” y la “MUJER es MUJER”, y el hombre solo se relacionaría con la mujer y la mujer con el hombre.

En 1998 comencé el secundario también en la ciudad de Guernica Pte. Perón en el Instituto Rosario Vera Peñaloza, entré a esa secundaria también de educación privada que articula, hasta la actualidad con la primaria. ¿Qué quiere decir? Que cuando se egresaba del primario comenzábamos el secundario allí. En esta secundaria también se vuelve a repetir la HETERONORMA de esas líneas binarias. Esta vez en una etapa de adolescencia. Mi rendimiento se vio limitado al mismo tiempo que mi elección sexual se hacía cada vez más firme,

me he enamorado, he llorado, me han insultado, me han discriminado. DE LA SEXUALIDAD NO SE HABLA EN LAS SECUNDARIAS. Mis compañeros, ALUMNOS DEL COLEGIO, solo buscaban formar grupos o ponerse en parejas de “NOVIOS”. En las dos experiencias que tuve de transitar en esas instituciones educativas existe hasta ahora en la actualidad la tradición de usar uniforme, cosa que nunca me gustó: camisa azul, corbata, pantalón gris, zapatos negros y el cabello corto es la regla principal para los varones. Llegó el último año de secundaria y venía arrastrando dos materias previas HISTORIA 1 Y DERECHO 1 Y a estas se le sumó DERECHO 2. Y ASÍ CONCLUÍ MI ETAPA EDUCATIVA quedando debiendo tres materias, sin título y sin haber podido elegir mi identidad sexual y construirme como tal.

Una vez terminada esa etapa hipócrita, sin lugar a dudas tenés que independizarte, conseguir un empleo y formar una FAMILIA. Pero mi caso fue muy triste, ya que sin haberme construido y elegido mi identidad sexual, debiendo materias previas, sin título secundario y presión por parte de mi familia y de la misma sociedad EXPLOTÉ. ME ESCAPÉ a una vida donde estás SOLA, SIN SABER QUÉ ELEGIR: SER MUJER Y TRAVESTI ES UN PASAJE DIRECTO A LA PROSTITUCIÓN.

LAMENTABLEMENTE TRANSITÉ ESE CAMINO QUE HOY LO REPUIDO CON TODAS MIS FUERZAS, Y NO LE DESEO A NADIE PASAR POR ESA CIRCUNSTANCIA DE DESIGUALDAD, VIOLENCIA, EGOÍSMO, COMPETITIVIDAD Y EXPLOTACIÓN COMO LO ES LA PROSTITUCIÓN.

EL MACHISMO PATRIARCAL, MISÓGINO, HOMOLESBOTRANSFÓBICO dominante en el sistema prostituyente fue el causante que durante más de quince años fuera esclava de la prostitución. Mi cuerpito fue rápidamente transformándose, adecuándose a la necesidad de ser usado por, e intimar con, el público masculino. Las drogas, el alcohol, la noche y el sexo desenfrenado fueron factores encadenados para que mi templo se desmoronara de a poco y lentamente. El exceso de drogas y el alcohol me han empujado a un

círculo en donde solo el varón y las feminidades más fuertes son los que manejan ese gran negocio que muchos lo venden como el OFICIO MÁS ANTIGUO DEL MUNDO.

NO RECUERDO A QUÉ EDAD ME INFECTARON DE H.I.V, pero sí recuerdo que fue en ese círculo infernal donde nuestros cuerpos NO nos pertenecen, desde el momento que tenés que venderlo por una dosis de COCAÍNA.

YA VARIOS AÑOS DE CASTIGAR MI CUERPO CON LA PROSTITUCIÓN Y GRITAR AUXILIO. Una travesti mayor, LA KAREN CABANILLA, al ver que mi imagen por culpa de los excesos y la prostitución me iban llevando a una muerte segura, me propuso participar de una escuela taller cooperativa de costura : “COOPERATIVA NADIA ECHAZÚ.”²⁵

Allí conocí a LOHANNA BERKINS y a muchas compañeras que buscaban un trabajo digno y genuino paralelo a la prostitución, lugar donde esta sociedad nos ha condenado por el simple hecho de ser travestis.

RECUERDO que allí empecé limpiando los baños, los pisos y las habitaciones que se encontraban dentro de la cooperativa. En esos años, tipo 2010, la expectativa de vida de las travestis (porque solo se hablaba de travestis y no de transgéneros) era de 30 años. Yo, con 29 años, estaba al borde de morir y de no superar la expectativa de vida.

Luego de haber pagado el derecho de piso, comencé a participar en el armado de los guarda polvos enviados por el ESTADO NACIONAL. Cada costura implicaba un costo, era lo que ibas a ganar. Aprendía y trabajaba, hasta que por la desorganización y la ambición de algunas compañeras la cooperativa se fue disolviendo. Hemos armado miles de guardapolvos blancos, miles de pañuelos de la campaña NACIONAL POR EL ABORTO LEGAL SEGURO Y GRATUITO Y muchos trabajos más.

25 La Escuela Cooperativa Nadia Echazú fue una escuela textil que se inició en 2007. Lohana Berkins fue socia fundadora. Se enfocaba en abogar por la inserción de personas trans y travestis en el mercado de la costura.

La cooperativa siempre fue un lugar donde muchas organizaciones y personas se acercaban a ofrecer propuestas para mejorar la calidad de vida del círculo prostituyente.

En el 2012 mi actual compañera MALENA HABOBA LLEGA A LA COOPERATIVA desde la UNIVERSIDAD NACIONAL DE AVELLANEDA A OFRECER INCORPORARNOS al plan FINES, plan de finalización de estudios secundarios y primarios lo cual, como ya les he contado, es súper complicado para la mayoría de las travestis/trans.

Fuimos un grupo de siete personas trans/travestis las cuales nos anotamos en esta propuesta VANGUARDISTA en incorporar e invitar a finalizar sus estudios secundarios.

Imagínense, yo, debiendo tres materias como lo había contado anteriormente, ¡mis ganas de estudiar eran inmensas!

Mi problema con las adicciones y el alcohol mezclado con la prostitución fueron explosivos, a medida que me iba incorporando a esta nueva etapa y propuesta de INCLUSIÓN EDUCATIVA PARA EL COLECTIVO TRAVESTI/TRANS LIBRE DE DISCRIMINACIÓN Y VIOLENCIA, FUI ABANDONANDO ESA RUTINA EXPLOTADORA.

EL 9 DE MAYO, YA INCORPORADA AL SISTEMA EDUCATIVO DE LA MANO DE LA UNIVERSIDAD, DEL PLAN FINES Y DE LA COOPERATIVA, SE SANCIONA LA LEY DE IDENTIDAD DE GÉNERO (2012), LA CUAL NOS DA EL DERECHO A TENER EL NOMBRE ADECUADO AL SEXO AUTOPERCIIBIDO. Por eso, a la hora de hablar de la ley de identidad de género NOSOTRAS DEBEMOS SER LA QUE DEFENDAMOS EL SIGNIFICADO DE ESA LEY.

MI CARRERA Y VIDA HICIERON UN GIRO DE 180 GRADOS. Ya con mi cambio de identidad amparada por una ley, con mi construcción laboral de forma colectiva, de forma cooperativa y con un abrazo fuerte como lo hizo toda la comunidad universitaria UNDAV, pude incorporarme y recibir las oportunidades que una siempre sueña.

Mi proceso de respetar mi cuerpo y mi identidad de género fueron ejes fundamentales para mi experiencia de inclusión educativa.

MI FAMILIA, ORGULLOSA DE MIS AVANCES Y LOGROS, EN LA ACTUALIDAD FORTALECE DÍA A DÍA MIS CONVICCIONES.

ESTOY SEGURA QUE SIEMPRE, SIEMPRE la discriminación de la sociedad hace sentir mal también a las familias de las personas travestis/trans y por eso las familias son discriminadoras y expulsivas. A esto también se le suma la mala vida a la que esta misma sociedad discriminadora te expone como lo es la prostitución, PORQUE ESTOY SEGURA QUE NINGÚN PADRE, NINGUNA MADRE, NINGÚN HERMANO ESTÁ ORGULLOSO DE QUE UN FAMILIAR SUYO ESTÉ EJERCIENDO LA PROSTITUCIÓN.

ESTE AÑO LOGRAMOS aprobar un protocolo para erradicar todo tipo de violencia en los ámbitos de la universidad pública DESDE LA OFICINA DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA Y EL PROGRAMA DE GÉNERO Y DIVERSIDAD en conjunto con directivos, estudiantes, docentes y no docentes. Estamos convencidos que la educación es la mayor herramienta generadora de oportunidades. Creemos que la prostitución no debe ser la única opción para las personas travestis/trans. Con educación podremos quebrar esa VIOLENCIA MACHISTA QUE SE LLEVA LA VIDA DE MILES Y MILES DE MUJERES TRAVESTIS Y TRANS.

ESTAMOS PROPONIENDO CAMPAÑAS DE INCLUSIÓN EDUCATIVAS PARA EL COLECTIVO TRAVESTI/TRANS, para que otras compañeras puedan incorporarse, para que la educación, junto con el apoyo de la comunidad educativa en general, ayude a erradicar la violencia hacia los más débiles.

LA EDUCACIÓN MACHISTA/PATRIARCAL QUE ESTÁ INSTAURADA EN LOS COLEGIOS Y ESCUELAS ES LO QUE DEBERÍAMOS CUESTIONAR, DEBATIR, PARA GENERAR ESTRATEGIAS PARA QUE MÁS COMPAÑERAS COMO YO PUEDAN

TENER ESTA OPORTUNIDAD QUE DESDE SIEMPRE NOS HAN NEGADO.

El lugar del otrx

Andrés Mendieta, 28 años, Licenciado en Comunicación Social Universidad Nacional de La Plata. Maestrando en Políticas y Estudios de Género en la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF)

“Si yo quisiera podría transformar mi historia en olvido, mi cuerpo en cita, mi felicidad en el grado de concordancia que me devuelve el espejo. Podría dejar de ser trans y convertirme en un hombre, tan solo un hombre, parte del mismo mundo donde hombres y mujeres reinan. Por supuesto que podría, si yo quisiera, pero no quiero”.*

Mauro Cabral

Pensé mucho a la hora de escribir este texto y descubrí gracias a ésto que tengo una enorme resistencia a la hora de hablar de mi historia personal. Pero no porque me avergüence de mi pasado, de quien soy o de mi historia, sino porque siempre me han reducido a ser un objeto de estudio. Parfraseando a Mauro Cabral, me han etiquetado más de una vez como un sujeto incapaz de significar por sí mismo, como un “activista” -ni siquiera me defino como tal- que tiene un conmovedor relato de enormes vulnerabilidades para contarle a este mundo cis-sexista, que insiste en posicionarnos en el lugar de víctimas o de seres excéntricxs, comparables al elefante del circo o al hombre que levanta peso con los testículos que aparece ahora mismo en televisión.

Estoy bastante enojado sí, y estas palabras brotan de lo más profundo de mi ser cansado. Cansado de ser convocado para relatarle al auditorio todo el sufrimiento que padecí en mi vida (inexistente, porque verdaderamente no fue así) o para escribir sobre la frustración que me provoca entrar a un baño público. Nadie pregunta jamás si

tengo ganas de discutir teoría o qué recorrido académico tengo, dan por sentado que quiero hablar de lo que ellxs (lxs académicxs cis) quieren que hable, mientras se lucen con sus grandes disertaciones y distinciones internacionales. Nos llaman solamente para cumplir con el “cupo trans” o a veces ni siquiera se toman la molestia de hacerlo, porque creen que están lo suficientemente informadxs para exponer dos horas y media sobre vidas trans*²⁶.

¿Vidas trans*? ¿Qué pueden saber sobre vidas trans*? Lo más cerca que estuvieron algunxs de una persona trans* fue a través de un texto en inglés de Preciado o algún otrx académicx extranjero. Posiblemente también jugaron al traficante de testosterona, mientras en las calles nuestrxs compañerxs son asesinadxs sistemáticamente por la heterosexualidad cis-sexista compulsiva del patriarcado, mientras muchxs siguen muriendo en situaciones de extrema vulnerabilidad, sin posibilidades de acceder a condiciones mínimas e indispensables para la vida de cualquier persona como: salud, trabajo, vivienda digna y educación.

Gran parte de la ira que impulsa este texto surge a raíz de un episodio de cis-sexismo explícito, en el cual invitaron a una persona cis a una clase a la que asisto, para que nos explique cómo organizar espacios de escolarización para personas trans* y travestis. Como era de esperarse, en ninguna parte de su exposición se habló de incluir a lxs protagonistas, es decir, a las mismas personas trans* y travestis en estos procesos de organización. Su sorpresa fue bastante grande al ver que yo, sentado en el último espacio del aula lo increpé para preguntarle cuántas personas trans* eran docentes en su proyecto o cuantas formaban parte del comité académico. Dudoso, me respondió que varias, pero solo supo hablarme de aquellxs que se desempeñaban como personal de maestranza o personal no docente.

26 Acompaño con un asterisco la palabra trans debido a que se trata de un término paraguas que engloba a las identidades transgénero, transexual y travesti. El asterisco busca llamar la atención y dar cuenta de que existen distintas maneras de nombrarse e identificarse dentro de lo trans.

Al finalizar la clase, le pregunté a la profesora titular por qué había invitado a una persona con ese discurso tan hegemónico, cis-sexista y hasta paternalista. Su respuesta me dejó atónito: “cuesta mucho encontrar personas trans* formadas, recibite y después vení a exponer”. Salí furioso, enojado conmigo mismo también, no sólo por haberme quedado helado, sino también por no haberle respondido inmediatamente. Ahora me pregunto si esa profesora feminista estará más cerca de Janice Raymond que de Sandy Stone; me pregunto si al pasar por la facultad de Filosofía y Letras de la UBA vió el cartel inmenso que colgó alguna agrupación política y que dice: “¿Nunca te pusiste a pensar sobre los obstáculos que tiene una persona trans para ingresar a la Universidad? PROBÁ”

Claramente las personas cis nunca podrán vivir ni “probar” en carne propia ser una persona trans* tratando de ingresar y/o sobrevivir a un espacio tan expulsivo como la universidad. Pero de todos modos, me pareció interesante la intervención en tanto es una forma de cuestionar los privilegios cis-sexuales y repensar el lugar que ocupan en las aulas, en la academia y en las instituciones educativas.

Devenir universitario

Reflexionando en torno a la frase del cartel de Puán (como se conoce popularmente a la facultad de Filosofía y Letras) debo admitir que mi paso por la universidad fue bastante atípico y reconozco que esto se debe en gran parte a mis privilegios de clase, pero también, a las luchas de lxs activistas.

Ingresar a la facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata para mí, significó el principio del trayecto más lindo que vivencié hasta ahora. La facultad me abrazó desde el principio y me brindó herramientas para repensar mi lugar en el mundo. Es que Periodismo no sólo fue el lugar en el que me formé en términos académicos, sino que también fue (y sigue siendo)

el espacio donde aprendí a poner en cuestión mi propia subjetividad, donde adquirí un pensamiento crítico, donde entendí que la política también pasa por el cuerpo, y fue en aquel momento en el que decidí dejar de esconderme para empoderarme y transitar, porque como dicta el feminismo “lo personal es político”.

Para contextualizar un poco, ingresé a la Universidad Nacional de La Plata cuando tenía 19 años y vivía en Formosa Capital, al norte de Argentina a tan solo dos horas de Asunción del Paraguay. En aquel momento, la facultad había firmado un convenio para llevar una extensión universitaria a mi ciudad. Fue así que de alguna manera u otra la universidad vino a buscarme, y porque no, a salvarme.

Nunca me hubiera imaginado hasta aquel momento que existían espacios donde se militaban e investigaban cuestiones relacionadas al género, ni jamás hubiera pensando que existían investigadorxs y docentes trans*. Me enteré de esto cuando fuimos de excursión a la facultad en su sede de La Plata para el “II Encuentro de Género, Comunicación y Sexualidades” y fue ahí también donde por primera vez escuché en vivo a personas trans*, nada más y nada menos que a Marlene Wayar, Lohana Berkins y Mauro Cabral. También recuerdo en ese mismo encuentro ver la presentación del espacio liderado por Claudia Vásquez Haro²⁷, el taller donde las compañeras trans* se encontraban para debatir y escribir sus experiencias: En el papel todas somos tinta. No dudé ni un segundo, mi lugar estaba ahí. Al mes siguiente me pedí el pase a La Plata.

Una vez instalado allí, tenía muy en claro que no iba a cursar ninguna materia más con mi nombre registral. Es por eso que una de las primeras cosas que hice al llegar fue gestionar junto a Claudia Vásquez Haro (que para ese entonces ya era una de mis principales aliadas) mi nombre autopercebido tanto en las listas como en el sistema

27 Claudia Vásquez Haro, licenciada en Comunicación Social, doctoranda en Comunicación de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Presidenta de OTRANS Argentina.

SIU-GUARANÍ²⁸ de la facultad. Esto se realizó inmediatamente, las autoridades no dudaron un segundo a la hora de firmar los papeles necesarios. Es que, mucho antes de que yo llegara a la institución, Claudia ya le había puesto el cuerpo a la lucha para que se reglamentara, en el año 2008, la resolución que establecía que la Facultad de Periodismo y Comunicación Social reconociera la identidad auto-percibida de sus estudiantes trans*.

Fue así como el reconocimiento se me dió en el lugar menos pensado para cualquier identidad trans*, una casa de altos estudios como lo es la Universidad Nacional de La Plata. La facultad me reconoció entonces el derecho a la identidad antes que el mismo Estado Nacional, porque en ese entonces no existía la Ley de Identidad de Género y yo era respetado en una universidad pública nacional con el nombre que siempre sentí.

Manifiesto

Cursé toda la carrera y me gradué sabiendo que era una excepción, casi uno en un millón. Siempre tuve presente que este injusto sistema en el cual estamos inmersos continúa (a pesar de las normativas de vanguardia que rigen) excluyendo a mis compañerxs trans* de todos los entornos educativos tanto formales como no formales, mientras que algunxs académicxs siguen instrumentalizando nuestros cuerpos y nuestras historias en beneficio propio.

Es por esto que continuaré defendiendo e involucrándome en espacios donde se priorice la participación y las voces trans*. Lugares de reflexión y producción de sentidos lideradxs por nosotrxs mismxs, como ser el caso de En el papel todas somos tinta de la Facultad de

28 El sistema SIU-GUARANÍ es el sistema de gestión académica de grado de la universidad Nacional de La Plata. A través de este, lxs estudiantes hacen trámites administrativos y académicos como: inscribir materias y exámenes, consultar el plan de las carreras, consultar la historia académica, actualizar los datos personales, etc.

Periodismo y Comunicación Social o En mi infancia yo sabía escribir mi nombre y otras cosas de la Editorial de la Universidad Nacional de La Plata (EDULP) que luego dio origen al blog Algo Preciado.

Nombro estas dos experiencias porque tuve la oportunidad de conocerlas de cerca y hasta de participar de ellas, pero no quiero dejar de hablar de otros proyectos importantes que se han generado a lo largo de la historia de la militancia y el activismo trans* y travesti argentino, como ser la revista El teje la cual apareció en su momento como un lugar para “hablar entre nosotras, para hablar con las y los demás, para generar espacios de reflexión y también para divertirse” diría la directora Marlene Wayar en una entrevista para la Revista Soy de Página/12.

Al proyecto de extensión universitaria En mi infancia yo sabía escribir mi nombre y otras cosas. Lecturas y escrituras para la igualdad me sumé como parte del equipo técnico, luego de plantear la falta de espacios que involucren a los varones trans*. Este proyecto sumamente ambicioso se realizó en conjunto con el colectivo “OTRANS” que nuclea el 95% de las compañeras platenses.

Durante los talleres – todos enmarcados en la educación popular - supimos conectarnos y generar material con un fuerte contenido político. La mayoría de las producciones resultantes de los encuentros fueron subidas a la revista online Algo Preciado. La presentación del portal también tuvo su mística, ya que días antes había ocurrido el femicidio de la activista Diana Sacayán por lo que se terminó convirtiéndose en un verdadero homenaje a ella y a su militancia.

Ser parte de esta iniciativa también me permitió pensar en torno a los espacios que ocupamos las personas trans*. Nuestras producciones cuentan con el valor epistemológico de hacerle lugar a preguntas situadas, a esos interrogantes que hacemos y nos hacemos, y que muchas veces carecen de articulación académica. Siguiendo estas líneas las preguntas que orientaban los talleres podrían ser más, pero también son colectivas, transformándose así en un doble proceso, donde

nuestra comunidad que ha sido invisibilizada comienza a construirse no solo como objeto de saber, sino como sujeto de saber.

Reivindico entonces, con más fuerza que nunca, el valor de nuestras historias que deben ser contadas en primera persona y cuando creamos que tenemos que hacerlo, sin la necesidad de que seamos interpretadxs, como se ha hecho históricamente a través de la mirada sesgada de un tercerx.

La venganza que prepararemos no será solamente hacernos viejitsxs como diría Susy Shock, sino también ser sus maestrxs, enfermerxs, médicxs, obrerxs y cirujanxs. Nuestra venganza será sin duda gritar con fuerza todo aquello que no nos dejaron gritar y quisieron silenciar. Nuestra venganza será conquistar todos los espacios que se nos han negado históricamente.

ESTUDIO Y TRABAJO:

“Cuando una no tiene... la decisión es entre el trabajo o el estudio”

“Ya no tengo que estar pensando que estudiar es una tortura”

Tyra Tolaba, 43 años, estudiante de tercer año de Mocha Celis

En las otras escuelas mis experiencias no fueron muy buenas. Yo estudiaba en Salta, pero tuve que dejarlo por las burlas y también por la necesidad de tener que elegir entre trabajar y estudiar. Cuando una no tiene quién le sustente los gastos que representa estudiar, la decisión es entre el trabajo o el estudio. En mi caso era el trabajo, porque si no tenés para comer, no tenés para comprarte un calzado, elegís laburar porque esa es la única opción de tener un plato de comida diario. Además, después de las experiencias que tuve en los colegios, con las burlas, eso hizo que no quisiera estudiar.

En algunos colegios, no en todos, claro, se burlaban de mí por mi condición. Siempre estaba la cargadita, el típico codazo cuando una viene entrando, las miradas burlonas de desprecio, la típica mirada, así como, es fea la palabra que voy a usar, pero es cierta, miradas

como de asco. Esas cosas siguen pasando hoy en día, y también pasan cosas en otras partes. Como cuando una viaja en un colectivo y estás sentada junto a un asiento vacío y la gente prefiere viajar parada antes que sentarse al lado mío.

Al Bachi lo conocí porque un día me fui al INADI²⁹. Quería ver si ellos me podían ayudar a conseguir trabajo porque había dejado la prostitución y quería darle una vuelta de rosca a mi vida. Me acerqué porque era el único lugar donde yo creía que me podían ayudar a conseguir un trabajo. Cuando llegue ahí, ellos me dijeron que no podían hacer nada porque no contaban con una bolsa de trabajo, pero me hablaron del Mocha. Me preguntaron si yo había terminado el secundario, yo les dije que no. Después me preguntaron si yo quería estudiar, y yo les dije que sí. Entonces me dieron la dirección del Bachi. Mi pareja me acompañó. Yo me inscribí y al otro día comencé la escuela.

¡El recibimiento fue de diez! Hay aceptación, no hay esa mirada de burla y de rechazo. Yo había soñado que la escuela podía ser diferente, y así fue. Ahora, al ser todas del mismo ambiente, me siento cómoda. Ya no tengo que estar pensando que estudiar es una tortura. Al contrario, salgo de mi casa con todo el humor del mundo. Por más de que me agarren los piquetes a veces viajando, no veo la hora de llegar y encontrarme con mis compañeros, compañeras, amigos y amigas. Es reconfortante, ya no es una tortura venir a estudiar.

La Mocha me dio la oportunidad de seguir enriqueciendo mi conocimiento. Este espacio para mí significa la posibilidad también de seguir avanzando, de no haberme quedado estancada. Es una puerta que se me abrió. La Mocha es una puerta, después seguiré golpeando para abrir otras, pero esto es el principio de algo para seguir luchando.

El cambio que hubo en mi vida, es que cuando no estaba estudiando y estaba en mi casa estaba a punto de entrar en una depresión porque al no trabajar, al no hacer nada, sentía que no valía nada. En-

29 Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo.

tonces en lo que el Mocha me ayudó fue en hacerme ver que sí tengo la capacidad de estudiar, tengo la capacidad de seguir aprendiendo.

Ahora, que ya estoy en tercer año, estoy anhelando estudiar una carrera. Mi esperanza es salir de acá, y quizá el día de mañana que se abra una bolsa de trabajo para las personas trans para poder conseguir un trabajo digno. Estoy entre masajista terapéutica o maestra para chicos especiales. Estoy entre dos carreras, pero ahora tengo más esperanza de que algún día las personas trans podamos escoger entre una carrera y la prostitución. Es decir, que la prostitución ya no sea la única opción de vida que tengamos las personas trans, sino una elección. Si el día de mañana las chicas eligen la prostitución que sea porque quieren prostituirse, pero también puedan elegir tener una carrera y un trabajo digno, que es mucho mejor y más confortante.

Esto también ayudaría a alargar la vida de las personas trans porque la prostitución te pone en riesgo, no solo por los peligros que la calle representa en sí misma, sino que además estás en peligro de contraer cualquier tipo de enfermedad.

Lo que yo cambiaría del Mocha es que sea más inclusivo. Ahora están viniendo chicos hetero y mujeres hetero y no está bien que los dejen de lado. Por ejemplo, siempre se habla de las personas trans, tanto varones como chicas trans, entonces ¿qué pasa con ellos? Ellos también son parte del Mocha, ¿por qué no preguntarles qué es lo que pasa con ellos?, ¿qué pensaban antes de empezar a venir, de empezar a convivir con nosotras y con los chicos trans?, ¿qué miradas tenían y qué miradas tienen ahora hacia la comunidad LGBT? Eso sería lo único que yo cambiaría porque lo demás es de diez.

De las demás escuelas cambiaría la discriminación. Lo que pasa es que es algo muy amplio. Hoy en día te hacen bullying si sos negro, gordo, petiso, pobre, o porque vivís en una villa y muchas otras cosas. Entonces habría que empezar por los maestros. Habría que empezar a concientizarlos a ellos para poder concientizar a los chicos. Por eso es que la educación tiene tanto poder en la vida de una persona, sea trans o no. La educación nos enseña a nosotras, y a cualquier perso-

na, a saber pensarse, a hablar, y te abre la mente en todos los sentidos. Por ejemplo, yo antes creía que por mi edad y por un montón de cosas más no iba a poder educarme, pero me di cuenta que sí, que sí puedo. Por eso la educación es un arma fundamental en la vida de cualquier persona.

“Mi lucha principal es por las compañeras que van a venir, las futuras trans”

Bella Karola Macedo Flores, OTRANS – Universidad de La Plata

Mi nombre es Bella Karola Macedo Flores, y soy de la ciudad de Tarapoto, provincia de San Martín, Perú. Hice el secundario completo allá, y antes de dejar mi ciudad estaba estudiando un curso de cosmetología que es lo que uno estudia para trabajar en una peluquería. Pero yo no estaba haciendo el curso porque me gustara, sí tenía algo de conocimiento y atracción por esos temas, pero no es que yo quería ser peluquera, sino que en Perú los gais y las chicas trans tienen que ser peluqueras o cocineras. Yo creo que si uno va a ser peluquera o cocinera debe ser porque a uno le gusta, no porque me imponen hacerlo. Es decir, yo no digo que esté mal serlo, porque a mí, por ejemplo, me encanta cocinar, pero no debe ser un mandato. Tal vez por eso, porque no me gustaba, yo tenía una compañera en Lima que estaba en situación de prostitución, como casi todas cuando salimos de nuestras casas y ciudades.

Yo, en mi casa, tenía un lugar donde dormir, comida, vestimenta y estaba estudiando. Yo nunca fui expulsada de mi casa, que es lo que muchas compañeras sufren; sino que yo tuve que salir porque todavía no daba el cambio, y ya tenía como 19 o 20 años. Yo sabía que era Karola desde que tengo uso de razón, pero no podía hacerlo porque en el Perú, principalmente mi ciudad, es una sociedad muy apegada a la Iglesia Católica y somos culturalmente muy machistas. Entonces la gente, mis vecinos, me aceptaban porque yo no manifestaba mi

expresión de género era, digamos, un chico gay. En mi casa yo era el hijo, el hermano, era el primo. Pero no me decían Karola. Entonces tuve que salir de mi casa, irme a la capital, porque yo pensaba que por el hecho de querer ser Karola le estaba faltando el respeto a mi familia, a mis amigos, a la sociedad, a mi mamá y a mis hermanos también. Decidí irme para poder ser quien yo soy ahora.

Entonces le dije a mi mamá “tengo que ir Lima, porque en Lima los cursos de cosmetología son más profesionales, hay nuevas tendencias, para poder tener mejor capacitación y después me vengo para trabajar de eso”, “sí, sí, andate para tener mejores oportunidades”. Pero aparte de eso yo quería encontrar un lugar en el que me aceptaran no por ser buena cocinera o buena peluquera, no que la genta dijera “mi amigo, mi amiga, es gay, es trans y es buena”. No. Yo quería que me aceptaran como persona.

Llegué a Lima con esa mentalidad de estudiar y trabajar. Pero yo tenía todo en mi casa, en mi ciudad, si yo salía a un evento, a una fiesta como Karola, salía a jugar, no estaba en situación de prostitución, y si lo hacía, lo hacía como jugando porque no lo necesitaba, tenía todo en casa. Llegué a donde mi madre Alexa (nosotras llamamos “madre” a quien nos recibe en las otras ciudades) y ella me dice, “no te asustes de donde vamos a vivir”, entonces, claro, yo me asusté. Ella vivía en un hotel, pero uno de esos hoteles muy antiguos que ya no eran hoteles, eran como casonas viejas en el centro de Lima. Se llamaba Hong Kong (creo que ya no está más) y ahí vivían personas que estaban excluidas de la sociedad: drogadictos, fumones, rateros, toda gente que no está bien vista por la sociedad. Era un lugar no habitable, había mucha basura, el edificio se estaba por caer, pero bueno, yo dije, “ya estoy acá y no me pienso regresar”. Así que aprendí a relacionarme. De hecho, nunca tuve problemas con esas personas que vivían ahí, al contrario, me sentí identificada porque la misma razón de exclusión que tenían ellos la tenía yo. Así como los excluían a ellos por ser drogadictos, fumones, rateros, me excluían a mí por mi identidad, entonces yo era una más de esas personas. Viví ahí del 2004 hasta el

2008. En ese hotel. Meses antes de venirme acá a la Argentina, me mudé a otro hotel un poquito mejor habitable, que estaba cerca de la Plaza San Martín. Estuve unos meses no más ahí porque me contacté con mi otra madre que me trajo a la Argentina en 2008.

Llegué a Argentina con la misma mentalidad y sobre todo, con la idea de dar el cambio físico porque todavía no había podido. La mayoría de nosotras, las que venimos de Perú, acá nos implantamos el cuerpo que viene a ser la parte de las caderas, la cola y el busto. En Perú trabajás para vivir el día a día. No podés ahorrar, no podés comprarte algo, suerte si podés hacerte una operación, porque en Perú es muy costoso. Además, yo tenía que ayudar en mi casa porque éramos una familia de recursos bajos. Después de un tiempo en Mar del Plata y Buenos Aires, me vengo a La Plata porque ahí me sentía un poco más contenida por las amistades que tenía, y por los números, porque acá me alcanzaba más el dinero.

Estando en La Plata conozco a Claudia³⁰, Claudia era una luchadora de los derechos humanos y estaba militando la ley de identidad de género en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad de la Plata. Cuando la conocí me dio asombro, admiración, todo, porque decía, “si ella siendo trans y peruana puede estudiar una carrera universitaria, ¿por qué yo no?” Ella era un ejemplo para mí y yo quería ser como ella: una persona que va a la facultad y que tiene una profesión, sobre todo porque ella también la luchó, no la pasó bien.

Además, como Claudia estaba en la universidad, ella se iba e invitaba a todas las chicas que estábamos en situación de prostitución para reunirnos allá, en la facultad, para charlas y para talleres literarios como En el papel todas somos tinta. Eso me hizo reflexionar, y dije, “bueno, voy a ir, ¿por qué no?” Yo no estaba en situación de prostitución porque me gustara, sino porque la sociedad nos excluye

30 Claudia Vásquez Haro, licenciada en Comunicación Social, doctoranda en Comunicación de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Presidenta de OTRANS Argentina.

hacia ese ámbito. Entonces yo llego a ese taller en el que teníamos que escribir sobre nuestra vida, sobre nuestra experiencia, y eso a mí me ayudó bastante: el pensar, el decir; o sea, era algo raro estar en una situación de prostitución y estar también en las aulas de una facultad, de una universidad, escribiendo, y siendo parte de ese lugar. En ese momento yo dije, “aquí sí hay inclusión”, y eso me hizo recapacitar y unirme más a la lucha de Claudia, me hizo creer que las cosas por las que ella estaba luchando sí se podían hacer. Con cosas como esta Claudia me enseñó que yo tenía derechos como el de poder ingresar a una facultad, o poder tener un trabajo en el Estado; ella me lo hizo entender, y yo comprendí que podemos estar en esos lugares de los que fuimos expulsadas. Por eso conocer a Claudia y ser parte de En el papel todas somos tinta fue un antes y un después de mi paso por Argentina.

Pero por ese entonces las cosas no estaban bien tampoco. Nosotras éramos perseguidas por la policía; nos querían sacar de los lugares en los que estábamos en situación de prostitución y trasladar hacia otro lugar, como si fuéramos objetos o animales. Nos querían llevar a rutas alejadas donde no había ni luz, donde no existía protección. Si en las calles céntricas éramos violentadas físicamente, qué iba a pasar con nosotras si nos mandaban a alguna ruta solitaria. Ante ese peligro que corríamos todas nosotras nos agrupamos y creamos OTRANS La Plata (2012), yo fui la primera presidenta. Luchamos con el intendente de turno y no nos sacaron de las calles.

Después de eso decido ingresar a la Facultad de Trabajo Social de la Universidad de La Plata. Estaba muy entusiasmada cuando ingresé pero lo que pasó fue a que a mí me encanta el trabajo social en la práctica, pero en la teoría no tanto. Yo realizo trabajo social todos los días con las compañeras y con otros grupos vulnerados tanto en salud, como en educación y trabajo. Por eso decidí estudiar esa carrera, porque yo veía que era algo que hacía todos los días pero me faltaba el título. Entonces me puse a estudiar pero la verdad me costó bastante. A mí siempre me costó leer, soy más de escuchar, y como

también había terminado el colegio en el 2000 e ingresé a la facultad en el 2013, pues no fue fácil volver después de haber dejado tanto tiempo. Además, yo tenía una mentalidad distinta. En Perú, vos salís de la secundaria, pasás a la universidad, a los 5 años ya te estás graduando con la carrera profesional. Porque en Perú la educación no es gratis, cuesta, entonces tus padres te bancan 5 años para que termines lo más rápido posible y tú te dedicas a estudiar. Cuando empecé a estudiar en la facultad, estaba en situación de prostitución y tenía un nuevo trabajo, pero yo quería hacer lo mismo: terminar en 5 años. Entonces agarré las 5 materias que tenía que agarrarme y me estresé pero mal. Me estresé porque pensaba que yo tenía que cumplir eso, que si otra persona lo hacía ¿por qué yo no? Los primeros parciales del primer año los aprobé todos con 8 y 9, tanto los prácticos como los teóricos; pero no me presenté a los finales. No me presenté porque me entró miedo y dije, “de repente no apruebo y ¿qué hago?” De las 5 materias dejé 2 porque me di cuenta que no podía con tanto. De las 3 que quedaban había una que era Historia Argentina Contemporánea, y ahí me sentía tan pero tan inútil, tan incapaz, porque era la única que no sabía nada. Para mí era todo nuevo, tenía que aprenderme las fechas, las batallas, y me fue agarrando como una frustración de no poder hacerlo y cuando llegó el tiempo de los finales no me presenté, no fui.

Ese año terminé mal porque psicológicamente estaba pensando que no tenía las capacidades para estudiar. Hice terapia y hablé con muchos amigos y al año siguiente retomé con dos materias. Pero como ya no quería salir de 18:00 a 6:00 ejerciendo la prostitución, tenía que trabajar y los horarios me variaban mucho en el laburo. Al principio iba bien, pero por la cuestión de los horarios empecé a perder clases, y como yo tengo que estar presente para escuchar lo que dice el profesor y tener conocimiento para hacer el examen, porque se me dificulta estudiar solo leyendo, entonces lo tuve que dejar ese año también, porque yo necesitaba el trabajo, tenía que escoger: estudiar o trabajar, y si me ponía a estudiar ya no me iba a trabajar

y tenía que estar toda la noche en situación de prostitución; y si me iba a trabajar al día siguiente tenía que dormir, y no me podía poner a leer. Entonces, son cosas así que no son pretextos, pero son cosas que me pasaron. Todavía quiero hacerlo, así sea una materia por año, pero volver a la facultad.

En estos momentos estoy haciendo una capacitación que nos dan en el nuevo trabajo. Trabajo en el área de género y diversidad sexual de la Dirección de Estudios de Políticas Públicas y Legislativas de la Secretaría Legislativa de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires. Se trata de una capacitación en gestión pública que pueden hacer todas las personas que trabajan para la provincia de Buenos Aires (hay gente que trabaja en el sector salud, educación o trabajo). Está muy bien porque dan permiso en el trabajo y el tiempo que están estudiando es como si estuvieras trabajando. Me ha servido mucho para tener conocimiento del trabajo que estoy realizando y del que voy a realizar, y para aprender de cosas de las que yo nunca tuve conocimiento; todo eso me suma bastante en el ámbito del trabajo.

Esta experiencia también me ha enseñado que el estudio no solo va en que la educación es gratuita, lo primordial es poder trabajar y estudiar para poder solventarte los gastos. Si no tenés dinero, igual tenés que comprar una lapicera, un cuaderno; tenés que sacar las fotocopias porque si no, ¿cómo vas a leer? También, si una persona vive lejos y no tiene para cargarse la SUBE para poder manejarse en micro, ¿qué va a hacer? Todas esas cosas suman, y son importantes no solo para mí, como persona trans, sino para cualquier persona que viene a hacer uso de la educación.

Eso fue lo más difícil para mí, porque en la Facultad de Trabajo Social siempre me sentí incluida. Me sentí muy identificada con la estructura, con los alumnos, con todo; me sentí bien acompañada, no por el hecho de ser trans, sino porque ese es el ámbito universitario, lo hacen con todas las personas. Lo único que sí sufrí en la parte de discriminación fue en lo burocrático. Por ejemplo, en el momento

de las elecciones estudiantiles yo todavía no había hecho el cambio registral de mi nombre en el DNI, y aparte, sumado a eso, las documentaciones que vienen de mi país vienen con el nombre registral de allá porque en Perú no hay ley de identidad de género, entonces las dos veces que tuve que sufragar salía el nombre registral en las listas de alumnos cuando intentaba votar. La ley dice que se tiene que respetar la identidad de la persona más allá de que se haya hecho el trámite del DNI o no, pero eso no se cumple siempre. Pero en lo demás sí. Hasta los profesores, en los parciales que tuve, ellos no dan las notas sino que las publican un listado afuera de las aulas con los apellidos y los nombres de los alumnos, y ahí sí respetaban mi nombre autopercibido.

Pero eso no es lo común, y por eso hay muy pocas experiencias de personas de mi colectivo estudiando en la facultad, porque la educación es la primera institución del Estado de la que somos expulsadas. Además, no es lo mismo cuando te discriminan por religión o por raza. En ese caso la familia de la persona es de la misma raza o de la misma religión; pero cuando las trans son expulsadas de las instituciones educativas llegan a sus hogares y son expulsadas de sus hogares. Son expulsadas de sus hogares a los 11, 12 o 13 años y es así como quedan expuestas a la prostitución. Yo no fui expulsada de mi casa, no fui expulsada de la institución educativa, pero tuve que culminar mi secundario como otra persona que yo no quería ser, con la que yo no me identificaba; tenía que aparentar ser eso más que todo porque vivíamos en Perú, en una ciudad muy machista, patriarcal y donde también teníamos que seguir el mandato de la religión. Entonces, las compañeras trans que culminaron el secundario, en su mayoría como yo, culminaron no como trans. Y las que no culminaron, no culminaron porque querían ser trans. Eso también es un dato muy importante, porque yo no terminé como Karola, y no creo que nadie de mi generación o de la anterior haya terminado como Karola. Incluso ahora, en Perú, no creo que tampoco. Acá, de repente ya se está empezando a incorporar a las compañeras trans en los estudios, pero

antes, ¿quién terminó con su nombre de identidad? Eso no es un dato menor. Yo terminé mi secundaria, pero no terminé como Karola, mis compañeras no me llamaban Karola, mis profesores no me llamaban Karola. Eso no es un dato menor.

Por eso, mi lucha principal, de acá para allá, son las compañeras que van a venir, las futuras trans, para que ellas tengan una educación, una salud, y puedan hacer la carrera que quieran a los 18 o 19 años cuando salgan de la secundaria. Es decir, que no sean expulsadas de la primaria, de la secundaria y culminen sus estudios como todo el mundo. La expulsión de la educación es una realidad: somos pocas las que tenemos secundarias completas, la mayoría no tienen ni primaria culminada y pocas tienen secundaria; o sea, ¿cómo van a tener acceso a una facultad o a un trabajo? Esa es la discusión también que estamos dando en la reglamentación del cupo laboral trans, que nos exigen el certificado de estudios de secundaria completa y sin antecedentes penales policiales. Eso es una vergüenza, es una manera de burlarse de nosotras. Si casi ninguna compañera tiene la secundaria completa, si todos los días nos llevan presas, ¿cómo no vamos a tener antecedentes penales? Es una manera de burlarse, de no querer cumplir la ley. Por eso para mí el trabajo de OTRANS es tan importante, y voy a seguir discutiendo, voy a seguir luchando, no por mí, yo ya estoy viviendo el presente, sino por las compañeras que van a venir, para que verdaderamente puedan encontrar una sociedad más justa, igualitaria e inclusiva. Como dijo la comandanta Lohana Berkins, el tiempo de la revolución es ahora.

“El poder de la educación es romper las cadenas de la ignorancia”

Adriana Peluffo, 49 años, egresada de Mocha Celis, se encuentra haciendo la formación como Promotora Educativa

Siempre fui mayormente a colegios privados, y no tuve mayor inconveniente hasta que empecé a notar mi cambio de identidad o de sexualidad, a sentirme distinta y como yo iba a un colegio católico, me costó la expulsión por mi condición de homosexual. Ese fue el motivo principal por el cual dejé mis estudios.

Me sentía una nena y no lo era, y en ese momento la educación era más cerrada de lo que es ahora, no había tanta apertura en cuanto a la identidad de género, por lo cual no podía formar parte de un colegio “normal”.

Al Mocha Celis lo conocí gracias a una amiga trans. Ella me comentó que a tres cuadras de mi casa había una institución, un colegio, que era para personas trans. En ese momento me acuerdo que me dijo “Adri hay una escuela para travestis, por qué no probás” y gracias a Mónica, que es mi amiga, me incorporé al Mocha Celis.

Ser travesti y enterarme de que había una institución que se encargaba de identidades trans me pareció una buena oportunidad para retomar algo que en su momento tuve que dejar porque era otra época, otro momento, no era todo tan libre y tan revelador como es ahora.

Significó para mí una nueva apertura mental, una oportunidad para poder insertarme, darme cuenta que por ser travesti no tengo que quedarme encerrada en mi casa, o solo dedicarme a las cosas que pueden llegar a ser rotuladas para un travesti que sería la prostitución. Me di cuenta que hay una oportunidad para todas nosotras las trans, de poder estudiar, capacitarnos y poder insertarnos en la sociedad.

La Mocha es una institución muy importante porque recibe personas que estamos excluidas del sistema, o que hemos estado, ahora

ya no, por suerte. Es muy beneficioso para nosotras poder capacitarnos y finalizar el ciclo que es el estudio secundario, mínimo, básico, para poder aspirar a un trabajo de calidad, digno, como cualquier persona con las mismas capacidades.

El poder de la educación es romper las cadenas de la ignorancia. La ignorancia y el no saber te aprisionan en un estado, como un letargo, como una inconsciencia, como estar excluida. El estudiar, el capacitarte, te permite abrir tu mente, poder acceder a otras cosas que si no estudiás no las conocés.

El cambio más que nada fue darme cuenta que aunque me costaba, porque interrumpí las clases durante muchos años, casi veinte, sí puedo estudiar como cualquier persona que no es trans.

Al no tener mi secundario completo ya veía trunca la posibilidad de insertarme en algún trabajo, porque creo que es el estudio mínimo que te piden aunque sea para ser barrendero. Yo tengo 49 años y empecé a ser trans a los 15. En ese momento no había posibilidades de seguir estudiando, era todo más difícil. Cuando lo dejé pensé que ahí se había terminado todo en cuanto a lo que era una posibilidad de estudiar y capacitarme, pero descubrí que sí lo podía retomar.

Acá me di cuenta que es totalmente posible, no solo para mí, sino para todas las trans que vienen, algunas ya están en estudios terciarios y algunas están afortunadamente insertadas en el mercado laboral que es muy chico para nosotras por el momento, pero con capacitación es posible.

Pienso que está muy bien la escuela, los docentes son muy amables y considerados. Lo que cambiaría, no es algo de la institución sino algo relacionado con las trans, entre nosotras, como grupo, somos como un gueto y me gustaría que fuéramos más unidas. Considero que si hubiera sido así, que si hubiéramos sido unidas desde hace mucho tiempo atrás, hubiéramos logrado muchas más cosas, pero lamentablemente somos muy desunidas.

En las otras escuela hace falta capacitar a docentes y a los alumnos en lo que es el respeto a las identidades y a las personas distintas. La

consideración, la no marginación, la no estigmatización de las personas, todos nos merecemos la oportunidad de aprender, de estudiar y de evolucionar: trans, no trans, una persona adulta, un adolescente, todos tenemos el mismo derecho.

La experiencia de la Mocha me pareció muy linda, porque cuando me enteré y vine aquí a ver si podía concluir mis estudios me encontré con un grupo humano muy cálido, desde los directivos y las docentes, a las alumnas mismas.

Me pareció una buena oportunidad para empezar de vuelta, eso, maravilloso. Ojalá haya muchas más instituciones como la Mocha Celis de acá al futuro y que no se discrimine más a ninguna persona. ¡Ese es mi sueño!

“La Mocha es aprendizaje constante”

Mónica Ríos Altamirano, 49 años, estudiante de segundo año de Mocha Celis

Mi experiencia como alumna del Mocha ha sido muy distinta a las anteriores que tuve, porque me ha abierto la cabeza. Para mí todo lo que es la Mocha es aprendizaje constante, y estoy muy contenta de poder aprender. Antes yo estaba en rebeldía con la escuela por el tema de la discriminación. Yo tuve la oportunidad de ir a la escuela y terminé los estudios primarios, pero el secundario no porque ahí vinieron mis cambios hormonales y no logré terminar.

A mí me expulsaron porque mi cambio fue rotundo. De ser un varón, pasé a ir a la escuela pintada y vestida de nena. Todo el mundo me señalaba y discriminaba. Tenía que pelear todos los días en la secundaria. Por ejemplo, los alumnos me tiraban de la ropa porque no les gustaba.

Los docentes también me discriminaban, me dejaban de lado, no me enseñaban. Llamaban a mis padres para que llamen al psicólogo, decían que tenía problemas porque era completamente femenina y

en ese momento no había tantas personas trans como ahora. En ese momento no había documentos, no había nada, éramos muy pocas.

Antes de todo eso, yo había sido muy buena alumna; hasta quinto grado me encantaba estudiar, pero después de eso ya no me gustó. Lo dejé completamente, solo lo retomé de grande.

Yo sé que tuve la oportunidad de ir a la escuela y terminar, pero para eso tenías que ser perfecta, completamente mujer. Yo me convertí en mujer pero me puse directamente a trabajar. Trabajé como secretaria, como cadete, hice muchas cosas. Me hubiese gustado mucho trabajar como actriz o estudiar teatro, pero no me dieron la oportunidad nunca, no nos dieron la oportunidad a ninguna de mis amigas, hablo de los años noventa para abajo.

La Mocha la conocí por medio de las chicas, hablando entre nosotras. Un día festejaron un cumpleaños acá, la chica hoy en día está muerta, pero gracias a ella yo estoy acá, porque ella se veía muy contenta, y me dijo “yo estoy estudiando”.

Esta experiencia ha sido muy diferente, completamente diferente. Son otros tiempos, hay más mentes abiertas. Antes no existía nada de todo ésto, era ridículo, no podías pensar que podía haber un colegio de travestis.

Esto me cambió la vida porque, nos insertó más en la sociedad, con la gente. Ha sido liberador, porque yo fui esclava mucho tiempo. Esclava de la misma sociedad que no me dejó avanzar por ser lo que soy, porque aunque yo tuve la suerte de tener una familia que me apoyó toda la vida, no pude estudiar. A mí me habría encantado ser artista, pero no pude, y ahora soy costurera. Hago carteras, mis propios diseñitos. Pero me costó una lucha. Por eso ahora quiero terminar el secundario, porque es algo que falta.

Es muy importante para mí volver a estudiar, es lograr algo que yo creí que no iba a poder lograr. Pensaba que para mí era imposible porque ya no me gustaba la escuela, y me decía a mí misma que no iba a poder, que debía tener la cabeza cerrada después de tanto tiempo, pero ahora, gracias a algunas materias que realmente me gustan,

sé que se puede si vos le ponés ganas y tiempo. Aprendés, como todos los demás, porque nadie nace sabiendo. Estar acá te abre caminos a nivel cultural; podés expresarte mejor y conocer muchas cosas.

Lo que cambiaría es lograr reformar la institución para que no sea tan precaria. Por ejemplo, tener baños como los tienen la mayoría de escuelas, y un poco más de comodidad para los profesores y los mismos alumnos. Cosas como tener una botella de agua grande para compartir entre todos, porque hay algunas compañeras que no tienen nada para tomar y toman agua del baño. Esas son las cosas que me gustaría cambiar de la escuela, del resto no porque estoy contenta, me encanta que este sea mi lugar de encuentro.

“El Mocha es moverse en conjunto, articular armoniosamente y entablar lazos”

Lucía Romina Escobar, 42 años, preceptora de Mocha Celis

A mí me costó mucho estudiar cuando era adolescente. De hecho, terminé la secundaria hace muy poco, ya de grande. Intenté hacerlo muchas veces en el turno vespertino, pero cuando me fui de mi casa, a los 18, no la había terminado y tenía que comer; es decir, tenía otras prioridades además de estudiar. Después, cuando me establecí un poco, siempre quería volver a estudiar. Empezaba pero no terminaba porque trabajaba a la noche en boliches, también soy actriz y hago shows, entonces perdía el día de estudio, y eso hizo que lo fuera dejando de a poco. Al año siguiente intentaba retomar, pero siempre era lo mismo hasta que fui a un instituto, el Abraham Lincoln, y ahí iba por materia, entonces me daba la posibilidad de preparar dos materias en un cuatrimestre, otras dos materias o tres o cuatro en otro, y así. Eso fue lo que me dio la posibilidad de terminar, y terminé la secundaria en 2014.

Cuando era chica era otra época. Mi papá era una persona muy ignorante, no sabía de la cuestión de identidad de género, aunque

también eso era nuevo en ese momento, no era como ahora que está más visible. Antes se pensaba que era una enfermedad, te mandaban al psicólogo, y mi papá era una persona de campo, ignorante, y además muy culposo porque pensaba que era culpa de él porque no había sabido criarme. Como él se separó de mi mamá, se sentía culpable, y rezaba y decía “Dios, ¿por qué me castigas con una persona así?” Entonces yo me fui para no hacerlo sentir mal y para poder seguir con mi vida. Porque yo intenté suicidarme varias veces. Es decir, llegué hasta el lugar, pero no lo hice, y después de eso me dije “bueno, me voy a ver qué pasa con la vida, voy a ir a la vida, fuera de mi casa, a ver qué pasa”.

En esa época yo no sabía qué me pasaba. Sabía que me gustaba lo femenino, pero no sabía si iba a ser travesti o si iba a ser gay. En ese momento me pasaban un montón de cosas por la cabeza. Después sí lo vi claramente: voy a ser una persona trans. Eso es lo que soy y estoy contenta de serlo.

Más tarde yo estaba trabajando con Vida Morant³¹ y hablábamos mucho. Ella tenía un programa de radio, y como yo también soy actriz nos habíamos acercado y no hicimos amigas. Ella me dijo que había un lugar en la escuela y yo vine. Para mí significó un montón el hecho de tener un trabajo pues yo jamás lo imaginé. Pero también fue difícil, fue todo un proceso. Cuando ingresé en 2014, la escuela estaba formada, y yo tuve que adaptarme a los estudiantes, pero yo no sabía cómo hacerlo, cómo tratarlos, porque no tenía experiencia y sí tenía muchos miedos e inseguridades. Poco a poco fui aprendiendo que son muy sensibles y susceptibles, y que hay un montón de factores que los atraviesan a todos. También a veces me veía reflejada en ellos, me veo como cuando era adolescente por las situaciones que viven y por el hecho de ser del mismo colectivo. Y así fui aprendiendo a lidiar con ellos y a sortear los obstáculos. Por ejemplo, hacer que el estudiante entienda que tiene apoyo en nosotros, que no somos su

31 Secretaria académica desde el 2014 hasta el 2016.

enemigo o enemiga. Yo ahí me remonto a mi secundario y recuerdo cuando decía “el profesor es un hijo de puta”. Entonces continuó el diálogo, porque eso es primordial para entender al otro, para llegar a un buen punto, a un buen puerto.

Hoy por hoy mi vida cambió. Cambió porque antes yo trabajaba de noche todo el tiempo. Dormía de día y ahora me levanto temprano. Además, por el hecho de tener un trabajo, de tener una obra social, sé con qué cuento a fin de mes. Con los shows había meses que me iba bien, y otros en los que no me iba tan bien. Eso era difícil, y con los shows es difícil trabajar como mujer trans, pues en muchas partes prefieren a las transformistas.

Pero lo más importante es que nuestro trabajo es educar. Es darle herramientas a las personas para que puedan manejarse en la vida desde el lado de la educación y el conocimiento. Es aprender a valorar al otro, no solo aprender historia, biología y las demás materias. Más que enriquecerse uno, es moverse en conjunto; es articular armoniosamente y entablar lazos.

Estar en la Mocha también me motivó para seguir estudiando. Al ver gente que se está egresando de la escuela me dije “¿y yo?, ¿por qué no seguir estudiando?” y ahora voy a empezar a estudiar en la facultad. Eso es muy emotivo para mí. No porque sea malo, sino porque en mi adolescencia era algo impensado. Cuando yo me fui de mi casa yo decía “siendo trans lo único que me queda es la prostitución” porque no había otro cupo, y ver todo lo que uno está logrando, y cómo va amalgamándose con la sociedad, me tiene muy emocionada, independientemente de todo lo que está pasando en el país.

Lo que me preocupa es que a veces tenemos deserción por las situaciones que viven los y las estudiantes. Muchas chicas vienen desde el trabajo sexual y a veces no logran conseguir un subsidio. Lo ideal sería que no tuvieran que elegir entre venir a la escuela o pagar el lugar donde están viviendo, estudiar o comer. Creo que eso habría que pedírselo al Estado, para que las estudiantes no dejen de venir.

También creo que lo ideal sería que hubiera más inclusión en todas partes, ¿por qué el Mocha Celis tiene que ser la escuela, el bachillerato trans? Lo bueno sería que en todas las escuelas las personas puedan ser trans y no trans, que puedan albergar a todo tipo de niños, niñas, adolescentes y demás personas que quieran estudiar. Es decir, que no tengan que venir aquí, sino que puedan estudiar en todos lados.

Pero el Mocha Celis me cambió la vida, y no solo a mí. Yo hablo con ex estudiantes a los que también les cambió la vida y hasta siguen viniendo a la escuela porque sienten que es su lugar de pertenencia, y me parece que está buenísimo que ellos mismos reconozcan que la escuela les cambió su forma de pensar y de ver la vida.

LA EDUCACIÓN COMO ARMA:

Sin la espada, con nuestras plumas

“La Mocha Celis es como una trava más, no llega a fin de mes”

Alma Fernández, 30 años, egresada de Mocha Celis. Presidenta y parte del grupo fundador del Centro de Estudiantes de Mocha Celis (2016-2017). Estudiando Diplomatura en Género, políticas y participación en la Universidad General Sarmiento (UNGS)

Tengo 30 años y nunca tuve una experiencia previa en otras instituciones educativas porque soy de una familia pobre y solo pude ir hasta segundo grado. A la Mocha la conocí porque pasaron por la zona roja con la campaña de inclusión educativa, las promotoras y promotores, y nos dejaron la invitación a participar y a conocer el bachillerato para las travas.

Para mí, ser parte de la Mocha fue ir a buscar a ese niño, o a esa niña, que dejé lejos, cuando era chica, en mi Tucumán querido y nunca más pude volver. Volver a estudiar, significó ir a buscar esa arma, esa herramienta que me va a hacer sobrevivir y generar las oportunidades para mí y para mi colectivo.

Mocha Celis para mí es una casa, es nuestro lugar en el mundo, es recuperar esa etapa perdida de no haber podido ir al secundario, Mocha Celis para mí es un lugar donde se está formando el ejército, el cuartel de las mariposas, pero también es donde salen los empo-deramientos.

El poder de la educación es la seguridad y ese sostenimiento que tanto te hace falta para pararte ante las adversidades de esta sociedad que nos desea y nos esconde.

Me cambió la vida desde muchos aspectos, yo hoy por hoy soy otra. Pasar por un proceso de inclusión educativa te hace ver que eras una persona que habías echo una coraza para pararte ante las socie- dad, para mí la educación fue la herramienta clave que me transfor- mó como persona.

Hoy soy candidata a diputada por la Ciudad de Buenos Aires, y venía de vivir en la calle, de vivir con un colchón por las esquinas. La Mocha es esa oportunidad que tenemos que generar para generar el cambio y la transformación real.

Me veo siendo presidenta de la Argentina y ayudando a que las compañeras pasen por su proceso de inclusión educativa y que las compañeras vivan, entren, puedan acceder a un hospital público, gra- tuito; me sueño abriendo puertas para que mis compañeras entren por primera vez a sus puestos laborales... ahí me sueño.

La mocha necesita un espacio propio, si tuviera que cambiar algo del bachillerato, cambiaría el espacio para que dejemos de estar al- quiladas, porque si te ponés a analizar la Mocha Celis es como una trava más, no llega a fin de mes, le falta para la luz, no se puede sos- tener, a mi me gustaría darle un espacio propio. Así como pienso que la Ley de Identidad de Género tiene cinco años y es un niño y mi responsabilidad política es justamente darle las herramientas a ese niño para que crezca, la Mocha Celis también, sólo tiene seis años y también es otra niña que necesita su casa, su hogar, sus cosas.

Las otras escuelas tienen que aprender sobre la inclusión e instalar la perspectiva de género, abrazar la educación sexual integral, para

que se cumpla realmente la ley. Empezar a sentar precedentes para que los cambios, los recorridos, los tránsitos de las compañeras trans, travestis, lesbianas y gais, sean más cómodos en la escuela y el bullying se erradique. Yo creo que la Mocha en eso da un ejemplo todos los días, el de sobrevivir y el de plantear otra educación diferente.

Entender los procesos es necesario, entender a esas compañeras que llegamos de la zona roja. Nos veías dando vueltas en patrulleros o prendiendo fuego a las cosas, y ahora las ves acá estudiando, haciendo teatro, leyendo poesía. Eso quiero reivindicar, los procesos y lo lindo que son, y hablar de los procesos, porque pasar por un proceso de inclusión educativa también es fuerte, pasar por un proceso de inclusión educativa implica que empieces a vivir de día para dejar de vivir de noche y todo eso conlleva un trauma en el ser travesti y trans en la calle.

Entonces lo más lindo que tiene La Mocha son los procesos y los relatos en primera persona. No hay nada más real y verdadero que un relato en primera persona.

Empecé ordenándome yo para venir a la escuela, pero en realidad lo que la escuela hizo fue ordenar mi vida y eso también es lo interesante de los procesos, uno empieza haciéndose un tiempo para venir de 14:00 a 18:00 y después terminás haciéndote un tiempo para ir a otras actividades para seguir sosteniendo este lugar que te enamora y que te cambia. Entonces eso me gusta también de este espacio, que de alguna forma te empezás a estructurar para venir a la escuela, pero te estructura y ordena toda tu vida.

También creo que en la Mocha Celis es importante tener una mirada de la salud, siento que la Mocha Celis debería tener una materia donde se plantee la salud, desde la salud real, donde se hable del aborto, donde se hable de la inyección de siliconas. Tiene que haber una materia para aprobar, un requisito, una pata de evaluación, o algo como tener el carnet de vacunación completo. Algo en apariencia tan simple, pero es un privilegio que no todos tenemos. Las personas hetero o las personas que tuvieron otras oportunidades tienen su

carnet de vacunación completa, las compañeras trans y travestis no. Entonces me parece que si queremos una educación transformadora deberíamos empezar a plantearnos la salud real y entender la salud y vivirla porque creo que eso también va a generar una calidad de vida para el colectivo ¡Furia travesti!

**“Acá puedo estudiar tranquila,
no me siento un bicho raro”**

*Yesica Gutiérrez “la Turca”, 45 años, estudiante de segundo año de
Mocha Celis,
Delegada Estudiantil 2016 y 2017*

Mis otras experiencias en educación fueron malas. Me crié en un colegio católico y allí un sacerdote me acosó desde los 9 años. Así llegué a primer año de la secundaria, que era articulada con la primaria. Cuando el cura se dió cuenta que yo me estaba avivando, me expulsó - aún teniendo las mejores notas del colegio. Me dijeron que por mi condición ya no podía seguir en el colegio, pero a mí me gustaba mucho estudiar.

Cuando estuve más grande, la situación empeoró. Yo tenía el nombre masculino y me anoté en una escuela en la que le pedí a los profesores que por favor me llamaran con mi apellido solamente, pero me llamaban con el nombre masculino. Me hacían quedar en ridículo ante toda la clase, entonces esa fue la última vez. Hace veintipico de años que dejé de estudiar.

El Mocha Celis lo encontré gracias a las redes sociales. Me apareció “Mocha Celis”, leí que era para chicas trans y dije, “bueno” y vine. Pancho³² me recibió con los brazos abiertos, y mis compañeras también. Es mi mundo, “La Mocha”, porque acá puedo estudiar tranquila, tengo a mis pares, no me siento un bicho raro.

32 Francisco Quiñones Cuartas, director del Bachillerato Popular Trans Mocha Celis y parte del equipo fundador de la escuela.

Estudiar era importante para mí porque mis hermanos tienen estudios terciarios y universitarios, y la única “burra” en la familia era yo; la única que no tenía un título, y eso me hacía sentir mal. Además, hace dos años a mi papá le detectaron cáncer y yo quería darle esa alegría. Los reuní a todos con una comida para darles la noticia. Mi hermano, el más chico, me dijo que le di la noticia del año porque yo le enseñaba a él, y ahora que yo retomé los estudios, él también me enseña a mí. Para mi papá también fue una gran alegría, repuntó.

Además, todo el mundo me felicita por las redes sociales, por el Facebook, por Twitter; se ponen contentos, me siguen preguntando, me dan ánimo para que siga estudiando. Cuando me reciba, me gustaría irme por el lado social; ser psicóloga o asistente social. Me gustaría ayudar en esas áreas porque veo muchas injusticias. También me gustaría ser abogada, pero son muchos años para mi edad. Pero como siempre fui vulnerada, me gustaría ayudar a toda la gente desvalida.

Estar acá es revivir. Siento que aprendí nuevas cosas para pelearle al Estado, que muchas veces fui vulnerada, fui una persona que no les importaba y ahora tengo mis herramientas para luchar y reclamar lo que es justo para mí. Ese es el poder de la educación, ayudarnos a todos a poder defendernos ante los ataques del Estado, porque si no conocemos nuestros derechos, nos pisotean.

Las demás escuelas deberían aprender el respeto al alumnado, y también deberían enseñar materias como las que enseñan en el Mocha: “Educación y género” o “Salud”, que casi no se enseñan.

Mi experiencia es buena y por eso he recomendado la escuela a tres chicas trans que se anotaron este año. El año que viene quiero seguir animando a más chicas trans a que estudien para que la prostitución no sea ya su única herramienta. Con el estudio nosotras también podemos tener un trabajo digno, eso es lo que merecemos.

“El Bachi es el ámbito que toda chica trans hubiera querido tener cuando pasó por la secundaria”

*Alma Catira Sánchez, 48 años, secretaria académica, fue profesora de Política, Ciudadanía y Derechos Humanos
Mocha Celis*

Me recibí como licenciada en Ciencias Políticas en 1998 y después hice la capacitación docente, es decir, los dos años del título de idoneidad. Pero todo eso fue con mi otra identidad. Con mi identidad de ahora hice la licenciatura en Trabajo Social en la Universidad de Madres Plaza de Mayo y me recibí en 2015.

Ahora, con mi identidad autopercebida me he sentido mucho mejor. Antes estaba muy aislada de los compañeros y era muy solitaria, era una persona muy marginada, no porque me hayan marginado los demás, sino porque yo misma lo hacía. Pude ver el cambio cuando cursé Trabajo Social, hubo mucha más riqueza participativa en mí, ya no me sentía tan limitada, lo cual creo que es una cosa lógica.

Supe de la Mocha Celis por un aviso en Facebook. Una chica decía que hacían falta docentes, y yo le pregunté qué tenía que hacer. Me dijeron que me entrevistara con Vida Morant³³ y así llegué al Bachi.

He aprendido mucho con la docencia. Por todas las cosas que me han pasado en la vida he sido una persona muy tímida. Por eso, cuando terminé de cursar Trabajo Social empecé a entrenar actuación, y al mismo tiempo empecé a dar clases. Fue un periodo de mucha riqueza para mí porque significó pasar de ser alumna a ser profesora, y, además, entrenar actuación simultáneamente. La experiencia pedagógica, o sea, el poder transmitir las cosas en las que uno previamente se formó, ha sido muy rica.

El poder expresarme también me ha enriquecido. Expresarte de manera fluida, tranquila, en un ámbito en el que vos sabes que no vas a tener reproches por tu condición, ha sido muy importante.

33 Vida Morant fue secretaria académica desde el 2014 hasta el 2016.

Respecto a cosas que se podrían mejorar, me parece que habría que cambiar el sistema de calificación. Es difícil, tendríamos que plantearlo todos los docentes, pero creo que este sistema de calificación oficial debería cambiarse por una cosa más horizontal. Lo ideal sería que los docentes encontráramos la forma de cumplir con lo institucional pero también lograr corrernos un poco de la nota remunerada. Pero igual creo que el Bachi es el ámbito que toda chica trans hubiera querido tener cuando pasó por la secundaria y no tuvo.

Sobre la educación, aunque he escuchado de todo el poder que tienen los estudios, a mí me parece que lo primero es resolver la desigualdad social. Es decir, me parece que el poder de la educación es limitado en tanto no se resuelva la desigualdad social. Sin embargo, eso no lo vamos a resolver en la Mocha, así que hacemos el proyecto educacional, pero con las limitaciones que nos impone la desigualdad social. Eso habría que resolverlo desde otros lugares, pero lo que uno hace acá ya es mucho, y es muy valorado.

“La educación es un arma para defenderse”

Yamila Alejandra Cabral, 41 años, profesora Universidad de la Avellaneda (UNDAV) y Mocha Celis

Soy ingeniera química y en la Mocha estoy dando matemática y física en primero, segundo y tercer año. Además, doy clases en otros colegios y en la Universidad de Avellaneda. Pero en la Mocha es más familiar. Es un lugar donde hay más contención que en un bachillerato tradicional. Por eso me gusta este lugar, porque está más en contacto con gente que está en posiciones más vulnerables que en los otros colegios.

Llegué a la Mocha a través de una amiga que conocía a Miguel Nicolini³⁴ y sabía que estaban buscando profes de matemática. Ella

34 Docente de la materia Metodología de la Investigación y parte del equipo fundador de la escuela.

me contactó con él, después hablé con Vida Morant³⁵, y comencé a trabajar. Antes de eso no tenía idea de que este colegio existía.

Cuando yo estudié siempre me llevé bien con todo el mundo. Yo hice un secundario técnico, mi título era “maestra mayor de obra”. Después hice ingeniería civil e ingeniería química, y, sinceramente, nunca tuve problemas de ningún tipo. Me integré bien con el resto de estudiantes y participé en todos los grupos, pero sé que eso es algo raro para alguien trans.

Creo que es por mi forma de ser. Como me gusta mucho la matemática, en cada curso yo trataba de brillar más que el resto en ese sentido, entonces los demás no tenían otra opción que venir a buscar mi ayuda. Esa era mi posición, yo decía “no se van a burlar ni a decir nada, van a venir a pedir ayuda”. Con los profesores también trabajé muy bien.

Por todo eso no me discriminaron ni en el colegio ni la facultad. Es más, en el curso introductorio éramos cuarenta y pico de personas, y solo tres aprobamos el curso. El resto tuvo que presentar el examen final. Entonces nos pasábamos el día y la noche entera con quince o veinte del grupo estudiando a full, y yo explicándoles para que pudieran aprobar. Yo sé que eso es muy raro, porque yo conozco muchas chicas que la pasaron muy mal y son muy discriminadas.

Por eso la educación es importante, porque la educación es una herramienta para que las chicas trans creen que ellas sí pueden y que no tienen que dejarse basurear por alguien o callarse ante una burla o ante alguna injusticia. La educación les da esas armas para que puedan defenderse. Por ejemplo, una alumna me contó que una vez que venía en el subte había unas personas que la estaban mirando y le iban a sacar fotos. Entonces ella empezó a confrontarlos, pero sin insultarlos, diciéndoles “¿quién sos vos para sacarme fotos? Tenés que tener más respeto”. Eso, creo, se lo dio el colegio. Porque antes segu-

35 Secretaria académica desde el 2014 hasta el 2016.

ramente habría reaccionado de otra forma, con insultos. Ella logró hacerlos quedar mal delante de todos, pero sin insultarlos.

Una de las cosas que cambiaría es el tema de la asistencia. Como es un ambiente familiar, más de amistad, eso a veces se confunde y los estudiantes piensan que pueden faltar o llegar tarde. Pero una cosa es una amistad, que puedas tomar mate o salir a comer, y otra cosa es el compromiso. Estamos estudiando. Durante la hora de clase podemos estar charlando o tomando mate, pero en ese momento tengo el rol de docente. Después podemos salir a pasear o lo que sea, pero en el momento de la clase tienen que saber que no se puede hacer lo que se quiera.

Después, el tema que cambiaría es que los docentes estamos desarticulados así estemos en las mismas áreas. Si vos tirás con diez cuerdas para un lugar diferente no se va mover el carro, si tiras para el mismo lado, sí. Hay algunas personas que piensan que el colegio es como si fuese un secundario técnico o un secundario convencional, entonces la exigencia es mucho mayor.

Hay que exigirles a las chicas, pero tenés también que tener en cuenta la vida que llevan los estudiantes. La mayoría salen de acá y no tienen tiempo de sentarse a hacer un ejercicio, ya con venir acá están haciendo un esfuerzo terrible. Entonces no les podés exigir que hagan ochocientos ejercicios para aprobar la materia. Tenés que evaluarlos de manera muy personal. Por ejemplo, yo intento conocer y comprender la historia de cada uno, así sé quién pudo avanzar y quién no pudo. Si me dicen que dos más dos es cinco y veo que la persona estuvo luchando, viniendo, yo los apruebo por el esfuerzo que hicieron, eso es lo que vale, porque cuánto es dos más dos lo podés buscar en cualquier lado y saber que es cuatro, pero el esfuerzo es un ejemplo para tu vida. Pero no todos piensan así.

En las escuelas el cambio tiene que estar en la gente de la conducción, no en el alumnado, y por eso es necesario que se impartan cursos a los docentes y a los directivos para que sean ellos los que den

el ejemplo de no discriminar. Porque ellos son el nexo que hay entre el curso y el colegio, y pueden promover la unión del curso.

En la Universidad de la Avellaneda doy química orgánica y el año pasado se hacían charlas en todos los cursos. Iban un grupo de cuatro o cinco chicas trans, con otros dos estudiantes y hablaban un poco de su vida. Eso es importante porque la mayoría de personas no conocen del tema y se guían por lo que muestra la televisión. Los medios encasillan a las personas trans en el modelo de Lizzy Tagliani³⁶, por ejemplo, y ¿qué ven? Pues ven a las personas trans como las pinta [Marcelo] Tinelli³⁷. Eso es un problema porque la gente piensa que ese es el tipo de vida de la mayoría de personas trans, y en realidad no es así. Hay personas trans que tienen hijos, que luchan todos los días, laburan de lo que pueden laburar, o, mejor, de lo que las dejan laburar, y, en fin, son personas como todos, con las mismas necesidades que tiene todo el mundo. Todo eso lo ven frente a frente cuando hay alguien que les explica, “che, mira, soy igual que vos, ¿por qué tenés que reírte de mí o tratarme mal si somos iguales?”. Ese tipo de cosas solo se dan contando las experiencias de vida.

Finalmente, desde que comencé en la Mocha hace tres años, veo muchos cambios positivos. Cada vez hay más gente y cada vez las chicas tienen más herramientas para poder manejarse, y estar más integradas en la sociedad. Al principio, yo las escuchaba que se trataban discriminándose entre ellas y ahora no lo escucho tanto. Algunas personas sí se tratan mal, pero la mayoría se trata con mucho más respeto que antes, porque el respeto pasa por ahí, si no te respetás con tu par, no te van a respetar a vos. Ha sido una experiencia muy positiva.

36 Actriz, conductora radial y estilista trans de Argentina.

37 Presentador, periodista y productor argentino.

“Un espacio donde se respeta mi identidad y mi nombre”

Nacho Alonso, 26 años, egresado de Mocha Celis. Estudiante del Profesorado de Educación Física

Estudí en una escuela técnica hasta los 17 años y luego dejé de ir porque si bien tenía buenas notas sentía que algo no funcionaba. Pasé por otro bachillerato popular pero siempre con el nombre de mujer, me fui aislando hasta que tuve que cambiarme de escuela otra vez. No fue una experiencia muy agradable y me recomendaron ver a un especialista por presentar problemas de adaptación.

Escuché acerca de la Mocha Celis cuando estaba en otro Bachillerato Popular. En ese momento era un proyecto y aún no estaba en marcha, pero me llamó mucho estudiar en una escuela que entendiera las especificidades de la población trans.

Volver a estudiar significó retomar la disciplina y abrir la puerta para un mejor futuro. El Bachillerato Trans Mocha Celis para mí es un espacio inclusivo donde siempre hay alguien que nos ayuda para transitar el proceso educativo con perspectiva de género y están capacitados en materia de diversidad sexual. Además, nos orientan en todas nuestras dudas, como por ejemplo ayudarnos a realizar el cambio registral en el documento.

La educación es para mí la herramienta más fuerte que hay para ayudar a construir una sociedad más justa e igualitaria, fomentar la cultura y crear personas conscientes de sus derechos y obligaciones. Por eso es importante que todas las personas podamos acceder realmente a ella y no dejar de estudiar por violencia o malos tratos.

Al retomar mis estudios tuve que comprometerme conmigo mismo y dedicarle el tiempo y esfuerzo necesario. Conocí gente nueva y -si bien me costó- pude aprobar las materias e integrarme al grupo porque me sentía en un espacio donde se respetaba mi identidad y mi nombre.

Ahora veo que mi sueño de ser profesor es posible. Estoy estudiando inglés porque quiero hacer el profesorado y veo que mi sueño es más fuerte por haber retomado mis estudios.

En otras escuelas cambiaría la forma en la que se trata a las personas que no somos parte de un grupo hegemónico, sean identidades trans o disidentes. Por ejemplo, es importante que todo el mundo pueda cursar sus estudios y trabajar en un ámbito libre de discriminación y violencia, a la escuela tradicional le falta mejorar en ese aspecto.

“Yo creo que si la Mocha no tuviera piernas igual estaría de pie”

Viviana González, 47 años, estudiante de segundo año en Mocha Celis

Éramos de muy bajos recursos, éramos muy, muy pobres. Más pobres que la familia Ingalls. Éramos de padres separados, mi hermana y yo, siempre hicimos juntas la escuela, desde primero hasta séptimo grado. Después yo incursioné estudiando inglés, mecanografía y computación en academias. Me dediqué muchísimo al deporte desde que era criatura y me gustaba y apasionaba tanto que lo hacía sola porque no tenía el acompañamiento de mis padres. Estando en la primaria todavía, a los 8 años, empecé a trabajar en oficios varios: un taller de costura, verdulerías, atendiendo en almacenes, y en carpintería como aprendiz. Así terminé mis últimos grados de colegio primario: trabajando y pagando mis útiles yo misma. Los míos y los de mi hermana. Teníamos un padrastro que no aportaba nada más que malos tratos, por lo tanto, no contábamos más que con apoyo propio.

Pese a las dificultades, siempre seguí con el deporte. Me atrapó tanto, que aprendí artes marciales y le dediqué mi vida entera a eso. Aunque tenía la obligación de tener que laburar quería estudiar, pero no sabía ni por donde arrancar. No tenía apoyo de nadie y nadie me

podía decir qué carrera seguir o qué estudio podía hacer. Quería estudiar, pero no sabía cómo hacerlo, dónde hacerlo ni cómo mantenerlo. Por todo esto dejé de lado ese sueño y seguí solamente trabajando.

Conocí la Mocha por casualidad, pura casualidad. Fuimos con mi hermana a anotarnos a un plan que nos ayudaba a pagar un habitacional en capital porque la casa de nuestra madre está en provincia y nosotras necesitábamos estar en capital ya que todo lo que hacíamos era en Buenos Aires. Yo trabajaba en la prostitución en capital, y mi hermana me secundaba. La casa de nuestra madre estaba en Pilar. Eso implicaba viajar todos los días 3 horas hacia Buenos Aires y 3 horas de vuelta en micro. Queríamos estar acá. Por eso fuimos a un lugar en el que nos ofrecieron un plan engañadas, pues nos estaban cobrando mucho y entonces no nos alcanzaba. Pero uno de los requisitos para acceder al subsidio de vivienda era que teníamos que estudiar. Entonces, aunque en un principio era un engaño, sin saberlo me volvieron a poner en el buen camino. No fue su intención, pero sin quererlo, a mí me salvó la vida.

Llegamos a Chacarita, subimos al quinto piso, entramos a la Mocha y la persona con la que estábamos dijo, “ellas se vienen a inscribir”. Yo ni siquiera sabía en qué me iba a inscribir, pero pensaba, “bueno, es un trámite más, me anoto y después no vengo”. Todo fue muy rápido, no tuve ni dos segundos para pensarlo; me dijeron “pasá por acá”, me tomaron los datos, Miguel Nicolini³⁸ nos dijo, “bueno, ya está, ¡bienvenidas a la Mocha! No puedo describir lo que sentí en ese momento. Me sentí comprometida con algo que quería sin saber que quería; algo que deseaba, pero no me daba cuenta.

Cuando me terminé de inscribir me senté en una mesa redonda donde había ex alumnos, personas que se venían a inscribir, los directivos de la Mocha, y mi hermana que se inscribió junto a mí. Todo el mundo hablaba, pero yo estaba en silencio, creo que volando por las nubes solo porque sentía que de repente estaba feliz y no lo podía

38 Docente de la materia Metodología de la Investigación y parte del equipo fundador de la escuela.

compartir porque nadie iba a entender lo feliz que estaba de poder embarcarme en algo que yo quería y deseaba. Aunque me veía grande para eso, de repente sentía que tenía la capacidad de hacerlo.

Es mi vida la Mocha Celis, es mi pasión. Estoy viviendo en la Mocha, cuando salgo de la Mocha, extraño a la Mocha. En el momento de vacaciones todos los chicos deseaban las vacaciones y yo en cambio no quería que el curso terminara. La Mocha me cedió un espacio para que yo pudiera ganarme el dinero sin tener que prostituirme y volver a mi pasión que era el deporte. Soy profesora de artes marciales hace 30 años. Lo había dejado para vivir de la prostitución, de la noche. No porque eso fuera lo que más me gustara, sino porque eso era lo que llevaba la plata a la casa todos los días, y en la casa hacía falta plata para todo: para comer, para la ropa, para medicamentos, para todo.

Nosotras no tenemos papá, éramos solo mi hermana y yo. Yo cuidaba a mi hermana porque ella estaba enferma. Mi mamá es grande, no tenemos apoyo de otros lados, así que todo dependía de mí. Yo quería estar en la escuela, por lo tanto, lo mejor que me pasó fue que me hayan cedido un espacio acá para que yo pueda hacer todo acá adentro. No tener que salir corriendo a llevar plata y venir corriendo a estudiar, sino que todo lo puedo hacer acá, me cambió la vida. Ahora doy clases de deporte acá en la Mocha. No se gana mucho, pero es lo que yo quiero hacer. Alcanza gastando poco, y, sobre todo, lo que yo quiero es recibirme, estudiar, ir más para adelante.

Quiero ser docente, me gusta mucho la docencia. Me gusta mucho la filosofía, me gusta mucho escribir; escribo mucho, siempre escribí, siempre me gustó. Al margen del deporte, mi pasión era siempre escribir, tengo facilidad para eso y creo que a la gente le gusta lo que escribo, intento que les guste y a mí me gusta.

Es difícil pensar en cuál es el verdadero poder de la educación. Pero yo creo que la educación tiene el poder de que la gente se conozca, se entienda. Es una herramienta que todos necesitan para poder defenderse de todo: de la burocracia, de la discriminación, de lo feo.

Una persona educada se puede defender sin tener que ser agresiva. La educación te da todas esas herramientas. Te podés defender sin tener que ser agresivo, no tenés que ser malo para ganar una pelea, tenés que ser educado nada más. Tener respeto por los demás, tener principios y creo que yo siempre los tuve, pasa que no sabía cómo manejarlos. La educación te ayuda a encauzar todo eso. Te puede enseñar a manejar la ira, el rencor, el odio y hasta te puede levantar la autoestima porque con educación llegamos a todos lados.

Acá volví a motivarme. A mí me gusta mucho estudiar, le dedico mucho tiempo y no me veo ahora sin una carpeta debajo del brazo, sin un lápiz en la mano. Yo tengo muchas ganas de aprender, soy una persona a la que le gusta mucho aprender, quiero ser una esponja. Por eso soy yo la que me exijo cada vez más, pero no compito con nadie. Soy una persona muy exigente en cuanto a que sé que siempre puedo más y si no puedo no me voy para atrás, siempre lo intento. Me esfuerzo para que salgan las cosas bien y si no salen le doy tiempo porque sé que tarde o temprano van a salir bien.

¿Qué cambiaría? Yo estoy enamorada de la Mocha. Yo no le cambiaría nada, intentaría que el mundo conozca la Mocha. Intentaría que la gente sepa lo que es, qué significa este espacio. A mí se me ponen los ojos llorosos al hablar de esta escuela, por eso le dedico mi vida. No creo que mi vida la camine en vano, yo le doy mucho significado a mi vida. Yo pasé muchas cosas malas y creo que si estoy acá es porque siento y tengo la convicción de que acá no hay nada malo. Solamente se trata de que la gente conozca la Mocha. Pero tienen que amarla como yo la amo, tienen que saber qué es, y entender, leerla, prestarle atención.

Esta escuela le puede enseñar a otras escuelas sobre la fuerza que tiene estar de pie cuando todo te hace falta. Yo creo que si la Mocha no tuviera piernas igual estaría de pie.

En el transcurso de mi vida he visto todo tipo de personajes: malos, buenos, hipócritas, falsos, amigos, amigables, afectuosos, acá hay de todo eso, pero yo creo que somos todas personas que pedimos

amor. Todos necesitamos amor, estamos esperando que alguien venga y nos abrace, por más fuertes que nos creamos, por más alto que levantemos la voz, todos estamos esperando un abrazo, un afecto, un beso y un: “está bien, yo te entiendo, yo te apoyo”. Porque yo creo que cuando uno habla muy fuerte es porque cree que nadie lo escucha, y acá yo por lo menos escucho a todo el mundo. Me gusta escuchar, yo sé que muchas veces hablo demasiado, termino por aturdir a la gente. Pero yo de lo que te puedo hablar es de todo lo bueno que te puede llegar a pasar o de toda la fuerza que debes ponerle a lo que vos crees que puedes lograr. Porque yo creo que todos tenemos fuerza, solamente tenemos que conocerla, cada uno de nosotros nos tenemos que conocer a nosotros mismos.

ORGANIZACIONES

1. Bachillerato Popular Travesti/Trans Mocha Celis

Texto proporcionado por **Francisco Quiñones Cuartas**. Director del Bachillerato Popular Trans Mocha Celis y parte del equipo fundador de la escuela. Licenciado en Comunicación Audiovisual de la Universidad de San Martín.

El 11 de noviembre de 2011 se inauguró Mocha Celis, una escuela secundaria pública, popular, gratuita e inclusiva y no excluyente, con una fuerte perspectiva integral en ciudadanía, política y derechos humanos; diversidad cultural, sexual y de género, y en desarrollo de las comunidades. Desde su origen, fue pensado como un espacio educativo crítico frente a las desigualdades sociales, culturales y económicas como respuesta frente a la histórica exclusión sufrida por las personas travestis, transexuales, transgénero de sus derechos a la educación, el trabajo, la salud y la vivienda.

En ese sentido la Mocha es parte de una serie de instituciones educativas autogestionadas por organizaciones de la sociedad civil que surgen a partir de la crisis de 2001. Conocidos como “bachilleratos populares”, se trata de un tipo de unidad educativa impulsada por distintos tipos de organizaciones sociales, fundaciones, asociaciones civiles sin fines de lucro, organizaciones no gubernamentales, iglesias de diferentes credos religiosos e incluso por fábricas y empresas recuperadas. Surgieron como respuesta política de sectores sociales afectados por la crisis. Se las visualiza como espacios de inclusión social con un fuerte acento en los aspectos comunitarios y en su capacidad de generar innovaciones en las formas de gestión para garantizar la permanencia de la población en el sistema educativo. Se trata de escuelas que, por las características de su situación geográfica y por la matrícula que atienden, buscan desarrollar metodologías de trabajo adecuadas al contexto social y cultural de los territorios en los que se insertan. Los bachilleratos populares –que constituyen una expresión de las escuelas de gestión social– se caracterizan por una serie

de ítems que los diferencian de otras instituciones educativas. Entre ellas se encuentran el carácter gratuito, el funcionamiento horizontal para la toma de decisiones, el organizar sus prácticas y relaciones pedagógicas desde la educación popular y el contemplar la realidad, el medio geográfico y sus necesidades recuperando los saberes y las prácticas que vuelcan los partícipes de la experiencia educativa. La Mocha es el primer bachillerato popular en ubicarse en una geografía identitaria, más precisamente en el territorio de la identidad de género. Al tener una identidad de género diferente al sexo que les fue asignado al nacer, las personas travestis, transexuales y transgénero, tanto femeninas (mujeres trans) como masculinos (varones trans), sufren una fuerte discriminación y violencia que lxs conduce, a través de diversos mecanismos, a la marginación social. Particularmente respecto del sistema educativo formal, es relevante mencionar que las personas trans no tienen impedimentos jurídicos o legales para ingresar a él; sin embargo, no lo hacen. Entre las razones principales por las cuales interrumpen y no retoman sus estudios se destaca la discriminación, tanto por parte docentes como de compañeras y compañeros de curso. Es por esta razón que consideramos necesaria la creación de un bachillerato popular que elimine esta barrera, ya que la marginación del sistema educativo trae aparejado un descenso en la calidad de vida integral de lxs sujetos, no sólo por la imposibilidad de completar los estudios formales, sino también por la falta de trabajo, el ejercicio de trabajos de alto riesgo y estigmatizados como la prostitución, la precariedad de las viviendas y la dificultad del acceso al derecho a la salud. Esta situación de conjunto es lo que denominamos travesticidio social.

Por esto, La Mocha pretende contemplar las necesidades particulares de quienes quedan excluidas y excluidos del sistema educativo, dificultándoseles por lo tanto el pleno desenvolvimiento humano de la persona. El proyecto apunta, en consecuencia, a brindarles las herramientas para que realicen un pleno ejercicio de la ciudadanía. Uno de los objetivos principales es que sean capaces de gestionar mi-

croemprendimientos que funcionen como fuente de ingresos o de diseñar su propio proyecto de vida. A su vez, nos proponemos generar un espacio de contención en el cual pueda generarse conciencia sobre el cuidado de la salud (tanto referida a controles y prevención de enfermedades como a la prevención y salida de adicciones). Nuestra hipótesis es que, con la apertura de un bachillerato popular de estas características, podemos mejorar la calidad de vida, aumentar la esperanza de vida y reducir la mortandad trans mediante la generación de herramientas que permitan a travestis, transexuales y transgéneros, si lo desean, abandonar la prostitución como única fuente de ingreso.

En este punto es importante subrayar la premisa de no exclusividad de cualquier proyecto de esta índole, y éste no es la excepción. Cualquier persona habilitada para comenzar sus estudios secundarios, ya sea hombre, mujer, travesti, transgénero, transexual o intersexual, podrá participar del bachillerato popular. De modo que, si bien el bachillerato es especialmente sensible a las necesidades particulares del colectivo trans, trabaja también pensando una escuela laica, gratuita, pública y que integre, junto con la perspectiva de la diversidad sexual y de género, la diversidad cultural.

Los objetivos de la Mocha están orientados a generar un espacio de aprendizaje formal inclusivo, fomentar la creación de nuevos/as líderes trans que puedan desarrollar su comunidad luchando por sus derechos y trabajar el desarrollo de habilidades laborales y la inserción en el mercado de trabajo. La propuesta socio-político-pedagógica está dirigida a mayores de 16 años. Actualmente forman parte de este bachillerato 96 estudiantes entre lxs que se encuentran personas trans y no trans, hecho que convierte tangible la diversidad del espacio. Se trata de una escuela secundaria pública de jóvenes y adultxs con un plan de estudios de tres (3) años, obteniendo el título oficial de “bachiller peritx auxiliar en desarrollo de las comunidades”. Cabe destacar que la institución, en articulación con el Programa de Alfa-

betización, Educación Básica y Trabajo (PAEByT), ofrece la posibilidad de obtener también la terminalidad de los estudios primarios.

La base de los objetivos de la escuela reside en generar un espacio de capacitación académica y construcción socio política como ciudadanxs sujetxs de derecho, comprendiendo y promoviendo a la educación como el pilar fundante que genera oportunidades de inclusión social, construir y fortalecer un perfil formativo-ocupacional en el cual desarrollarse, impulsar experiencias de formación y prácticas calificantes en ambientes de trabajo e iniciar una actividad productiva insertándose en un empleo o de manera independiente.

A su vez, en la conformación de su equipo de trabajo, Mocha Celis configuró el primer empleo formal para aquellas identidades que, aun habiendo tenido la posibilidad de formarse anteriormente, no lograban ejercer sus profesiones debido a las mismas privaciones y discriminación por identidad de género sufridas históricamente. Asimismo, luego de cinco (5) años de existencia, Mocha Celis significó la posibilidad de terminar los estudios secundarios para sesenta y cinco (65) personas trans y no trans, de las cuales diez (10) personas trans pudieron luego acceder a sus primeros empleos en instituciones públicas.

La escuela, el Estado y la política pública

La Mocha Celis obtuvo su reconocimiento oficial para poder titular en el año 2012, bajo la dependencia de la Dirección de Educación del Adulto y del Adolescente de la Dirección General de Educación de Gestión Estatal del Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Si bien el Estado reconoció la validez de los futuros títulos, no hizo lo mismo ni con el financiamiento integral del espacio educativo ni con sus trabajadorxs (Planta Orgánica Funcional). En este sentido, la escuela trabajó durante los años 2012, 2013 y 2014 con ausencia total de recursos por parte del Estado Municipal

de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. El reconocimiento de su planta docente llegó recién a finales del año 2014, no así el financiamiento integral para la manutención del espacio y el reconocimiento de otrxs trabajadorxs no docentes.

La escuela pudo sobrevivir institucionalmente durante sus tres primeros años gracias al fortalecimiento tanto del Ministerio de Educación de la Nación como del Ministerio de Trabajo de la Nación que, frente al abandono por parte del gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, tuvieron la decisión política de acompañar al bachillerato mediante proyectos de fortalecimiento institucional, infraestructura, equipamiento y otros programas nacionales de becas para la población estudiantil (Programa Jóvenes por Más y Mejor Trabajo; Seguro de Capacitación y Empleo para personas trans; Programa Entrenamiento para el Trabajo).

Actualmente, la Mocha Celis resuelve parcial y precariamente la manutención del espacio a través de los aportes de docentes y estudiantes que, en muchos casos, no alcanza para pagar la totalidad de los gastos de insumos y alquiler. A su vez, la escuela cuenta con cuarenta y nueve (49) trabajadorxs de la educación que no son parte de su planta orgánica funcional. Frente a esto, al igual que el resto de los bachilleratos populares existentes, se encuentra hace ya varios años en situación de emergencia económica y continúa reclamando a la jurisdicción estatal correspondiente (Ciudad Autónoma de Buenos Aires) el financiamiento integral necesario para su funcionamiento. Por otro lado, la comunidad educativa de Mocha Celis se encuentra preocupada frente a la actual gestión de gobierno, tanto nacional como local, por la eliminación y/o la falta de financiamiento de políticas públicas destinadas a la inclusión educativa y al ejercicio de los derechos a la salud, el trabajo y la vivienda de todos y todas. A su vez, plantea la emergencia en relación a los derechos conquistados por la comunidad travesti, trans, transgénero, lesbiana, gay, bisexual e intersex, a través de la supresión de aquellas políticas públicas destinadas a asegurarlos. Ejemplo de esto son: la no aplicación de la Ley 14783

de Cupo Laboral Trans “Diana Sacayán” en la provincia de Buenos Aires, el aumento de la violencia institucional y policial hacia la comunidad travesti y trans (ver informe de la CEDAW, Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer, por sus siglas en inglés) presentado en 2016 por el CELS (Centro de Estudios Legales y Sociales) en el cual participó la escuela, la falta de retrovirales, preservativos y otros insumos en hospitales públicos, y el desfinanciamiento de la educación pública en todo el territorio nacional.

Conformación de la matrícula estudiantil

Desde que abrió sus puertas, la escuela realizó siempre su Campaña de Inclusión Educativa cuyo objetivo central es difundir la Escuela en distintos lugares. El trabajo se basa en recorrer junto a estudiantes los barrios, hoteles y zonas prostitucionales, invitando a la gente a completar su educación. Durante los años 2014 y 2015 lxs estudiantes fueron reconocidxs como Promoterxs para la Inclusión Educativa bajo el programa de Entrenamiento para el Trabajo del Ministerio de Trabajo de la Nación. Esto significó el aumento exponencial de la matrícula de la escuela y el primer reconocimiento de una institución pública al trabajo realizado por lxs propixs estudiantes. El aumento de la matrícula estudiantil entre los años 2012 y 2014 no fue sólo cuantitativamente. La escuela se encontró con poblaciones de orígenes disímiles pero que no obstante sufrían privaciones y formas de discriminación similares ya sea por su orientación sexual, identidad de género, rango etario, procedencia regional, discapacidades o color de piel. Debido a esta característica cualitativa del estudiantado, se establecieron dentro y fuera del aula vínculos, debates para lograr el objetivo de la inclusión con integración, eliminando lentamente los miedos, prejuicios y miradas sesgadas que se tienen para con otrxs que resultan diferentes y con lxs que cotidianamente se convive.

En el año 2016 la campaña fue realizada nuevamente pero esta vez sin el apoyo del Estado ya que dicha política pública se vio afectada por la nueva gestión de gobierno. Esto último significó una reducción de la participación estudiantil, ya que la entrada de dinero que percibían por dicho trabajo tuvo que ser buscada por otros medios. En el mismo año se pudo observar que, a pesar de sostener la campaña, hubo una baja en las inscripciones.

Equipo de trabajo

Mocha Celis cuenta con 22 trabajadorxs de la educación como parte de su planta orgánica funcional, es decir, reconocidxs salarialmente. Entre ellxs se encuentran 3 integrantes del equipo directivo (2 de ellxs identidades trans), 19 docentes (4 de ellxs identidades trans).

A la hora de conformar el equipo de trabajo, no sólo se hizo foco en la idoneidad sino también en lograr un equipo heterogéneo dando lugar a que se encontraran dentro de las aulas diferentes voces y, por lo tanto, diferentes miradas sobre un mismo tema o área de conocimiento. Además, la escuela tiene el orgullo de haber dado oportunidad laboral a personas trans que, aun capacitadas, no podían conseguir trabajo debido a las mismas privaciones y discriminación sufridas históricamente.

Completan el equipo otras 49 personas más que no forman parte de la planta orgánica funcional, es decir, no cuentan con salario. La Mocha Celis lxs considera trabajadorxs de la educación y busca constantemente su reconocimiento mediante una financiación integral del espacio. Estas personas están organizadas en las siguientes áreas: 4 trabajadorxs en el área académica, 7 trabajadorxs en el equipo de bienestar estudiantil (incluyendo 1 trabajadora social y 6 pasantes entre la Universidad Nacional de Madres de Plaza de Mayo y la Universidad de Buenos Aires, así como pasantes de IFSA—Institute for Study Abroad, Butler University), 20 trabajadorxs en el área de for-

mación profesional (entre las cuales el 75% son identidades travestis y trans estudiantes y no estudiantes del bachillerato Mocha Celis), 3 trabajadorxs en el área de trabajo territorial, 7 trabajadorxs en el área psicopedagógica y apoyo escolar, 2 personas en el equipo de psicología, 2 trabajadorxs en la biblioteca, 2 trabajadorxs en la cooperativa y 2 trabajadorxs en el área de comunicación institucional.

Necesidades y reclamos al Estado para sustentar el proyecto:

A continuación, nombramos las necesidades y retos más urgentes que enfrentamos para poder continuar con nuestro proyecto:

Programas de becas, capacitaciones y pasantías para estudiantes: actualmente solo existe el programa estatal ELLAS HACEN para las feminidades trans y travestis y no todas pueden acceder al mismo. No hay becas o pasantías rentadas pensadas para la población que les permitan sostener la formación.

Financiamiento integral: a pesar de ser una escuela pública, Mocha Celis no tiene ingresos que permitan costear los gastos de funcionamiento, teléfono, luz, gas, libros de registro académico, etc.

Titularización de las horas docentes: el salario docente está bajo un acuerdo político, todas las horas son interinas y no titulares, no tenemos garantías jurídicas ni legales que de un momento a otro dejen de pagarlo.

Reconocimiento de toda la planta de trabajadorxs: actualmente no contamos con el reconocimiento de los equipos encargados de acompañar y realizar los informes sociales para la población en emergencia.

Edificio propio: el edificio en el que funcionamos es rentado. No tenemos autonomía en el uso del espacio, su uso depende también de la voluntad de quienes administran el lugar y del pago de expensas.

Como la primera escuela del mundo con estas características, Mocha Celis desea profundamente que se repliquen espacios como éste y para ello exigimos políticas públicas para la inclusión educativa, solicitamos financiamiento integral para nuestro espacio y capacitación en diversidad para todxs lxs docentes. Esa sería la única manera de que, como decía Lohana Berkins, al calabozo no volvamos nunca más, porque la educación es la herramienta más poderosa que rompe las cadenas de la opresión y la esclavitud.

Queremos concluir con las palabras de la estudiante Viviana González, actual presidenta del centro de estudiantes. Viviana cuenta que en una clase de lengua la profesora leyó un poema de Bertolt Brecht y, tomando una frase de él, pidió a lxs estudiantes que escribieran un texto autorreferencial. Creemos que el poema de Viviana resume nuestra misión, nuestros objetivos y nuestra lucha:

Empuña el libro, hambriento, es un arma

Aún queda en mi memoria el recuerdo de mis bolsillos vacíos y mi estómago hambriento, mis doloridos y cansados pies de tanto andar. Noches de frío y las sensaciones de un nuevo día, otro fracaso y escuchar por dentro una voz decir:

“EMPUÑA EL LIBRO, HAMBRIENTA, ES UN ARMA”

Noches de malas compañías, brindis y el consumir porquerías con la excusa de anestesiar mi dolor y el arrepentimiento constante de haber tomado nuevamente una mala decisión, y la voz diciéndome al oído ¡¡EMPUÑA EL LIBRO, HAMBRIETA, ES UN ARMA!! Hambrienta de conocimientos y sed de poder saber. La necesidad de poder tener voz y empuñarla como aquella arma que pueda de-

fenderme del prejuicio y la discriminación. Tanto el dolor como el hambre y las malas decisiones me llevaban en forma continua a la cobardía de querer agarrar un arma y terminar con mi sufrimiento u optar por tomar el libro y acabar con el mal de no saber. Dicen que el saber no ocupa lugar pero qué importa ya si tanto mi estómago como mi bolso viajan vacíos. Años de juventud y creer que lo sabía todo, no sabía nada, y escuchaba como una voz en mi oído que gritaba

¡¡EMPUÑA EL LIBRO, HAMBRIENTA, ES UN ARMA !!

Pasando el tiempo opté por estudiar para poder abrir aquellas puertas que mi inocente ignorancia encontraba cerradas. Empecé a leer mucho y descubrí una nueva pasión y a veces en grandes o pequeños papeles en blanco encontré textos, narraciones, cuentos y hasta poemas. Yo escribo, porque entendí como siempre digo, y hoy vuelvo a repetir, que es mi mente quien dicta cuando mi corazón se exploya y en forma de voz, aunque aún en palabras pobres, por mi boca también mi alma habla, y hasta me marqué nuevas metas porque quiero y necesito ver qué hay más allá.

Hoy, ansiosa, espero el nuevo día para poder seguir aprendiendo, leyendo y escribiendo y valorar mucho el estar aún con vida. Hoy ya pasó mucho tiempo de aquel vacío y dejé de escuchar la voz, porque hoy sí decidí empuñar el libro y dejar de tener hambre en mi corazón. Por eso, compañero/a deja tú también de tener hambre y no le llores más al dolor, y ¡escucha por favor!, es mi voz quien hoy te dice:

¡¡EMPUÑA EL LIBRO, HAMBIENTX, ES UN ARMA!!!...

2. OTRANS Argentina (OTRANS) - Universidad Nacional de La Plata

Travar y destrabar el saber

Este texto forma parte del proyecto de investigación de la tesis doctoral de Claudia Vásquez Haro, titulada: “Las Charapas: prácticas político comunicacionales en feminidades trans y travestis migrantes en La Plata”. Texto proporcionado por **Claudia Vásquez Haro**. Licenciada en comunicación social, doctoranda en comunicación de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. (FPyCS-UNLP), directora del observatorio de comunicación género y diversidad con perspectiva en derechos humanos de la misma facultad. Docente e investigadora sobre cuestiones de género, diversidad, derechos humanos y migraciones. Titular de la Dirección de Diversidad Sexual de la (FPyCS-UNLP), presidenta de OTRANS Argentina y de Convocatoria Federal Trans y Travesti de Argentina. Co fundadora de Confederación Trans de Latinoamérica y el Caribe (COTRANSLAC). Integrante del Fondo Internacional Trans (FIT). Militante y defensora de los derechos humanos de la comunidad TLGBI y migrante en Argentina y la región.

OTRANS ARGENTINA: Otros modos de organización y educación

OTRANS Argentina se crea con la idea de ser una organización de la sociedad civil sin fines de lucro el 12 de julio de 2012, al calor de la sanción de la ley de identidad de género. Este hecho es el resultado de procesos. Algunas de sus integrantes militaron la nueva ley migratoria 25871 sancionada en 2004 y después la ley de identidad de género 26743, sancionada en 2012. Desde su creación a la fecha no cuenta con personería jurídica. Esto, por un lado, no ha sido una barrera a la hora de poder incidir en sus reclamos y exigencias al Estado por la violación a sus derechos humanos. Por el otro, al no estar registradas

formalmente y no tener la documentación correspondiente no se ha podido acceder a ningún tipo de financiamiento por parte del Estado, tampoco de ningún organismo internacional que destine fondos para luchar contra la discriminación por cuestiones de identidad de género, orientación sexual, xenofobia y racismo. La organización genera sus propios recursos e ingresos económicos a través de la autogestión y redes de solidaridad, lo cual nos permite seguir sosteniéndonos después de cinco años.

La creación de este espacio fue impulsada y sostenida por un 85% de mujeres y feminidades trans y travestis migrantes peruanas -en su mayoría-, ecuatorianas, y un 15% de argentinas. De ese componente el 79% son trans migrantes de la selva peruana, quienes se hacen llamar charapas. Estas compañeras son el pilar de la organización, en el sentido que han experimentado modos de organización y redes de contención respecto a experiencias previas y durante su llegada a la Argentina. Las charapas son un colectivo que emigró desde el oriente peruano y que eligió la ciudad de La Plata como su lugar para afincarse. Este grupo tiene características particulares: llegan a esta ciudad a través de redes migratorias (una trae a la otra); y en su mayoría comparten la vivienda, costumbres, comidas, deporte, el lunfardo, fiestas de cumpleaños, las enfermedades, el entierro en el caso del fallecimiento de alguna de ellas, y la militancia.

Las integrantes de OTRANS Argentina participan activamente de la organización, arman su propia agenda política, tienen un reclamo claro y contundente hacia quienes son sus interlocutores (el Estado y la sociedad civil, entre otros). Esto les ha permitido formarse y capacitarse en cuanto a sus derechos, mediante talleres de alfabetización jurídica y sensibilización.

OTRANS se crea para dar respuesta a las detenciones arbitrarias de compañeras trans y travestis por parte de la policía bonaerense, y cobro de coimas de algunos efectivos policiales. También para denunciar a bandas de civiles llamadas motoqueros y bicicleteros, quienes los días jueves y domingos salían por la noche a recorrer la “Zona

Roja”, golpeando con palos y botellas a personas trans hasta dejarlas inconscientes. A esto se le suma el intento de traslado de la “Zona Roja” hacia el bosque platense, un proyecto del entonces concejal Javier Pacharotti. Estos hechos evidenciaron una demanda puntual que permitió acelerar los procesos de constitución de la organización. Dichos acontecimientos dieron origen a la primera organización conformada y liderada solo por personas trans y travestis en la ciudad de La Plata, con agenda propia y trabajo territorial de base.

Del 2008 en adelante las reuniones se hacen en casa de algunas de las compañeras, solo eran tres o cuatro las que siempre se reunían. Luego se van a organizar algunas reuniones de la diversidad sexual, en algunos centros culturales con escasa participación trans y travesti. La militancia un poco más organizada que empieza a dar visibilidad al tema por la defensa del colectivo Trans, Lesbianas, Gais, Bisexuales e Intersex (TLGBI) se va a dar en los pasillos y aulas de las facultades de Periodismo y Comunicación Social, Humanidades, Bellas Artes y Trabajo Social, todas de la Universidad Nacional de La Plata, siempre predominando la participación de gays y lesbianas.

En 2012, después de un proceso de empoderamiento y distanciamiento de los grupos de gays y lesbianas con quienes en un principio militábamos, logramos armar dos reuniones con amplia participación donde asistieron casi un centenar de personas trans y travestis. Se decidió armar la organización y por votación se decidió llamarla OTRANS La Plata, después de algunas otras propuestas que no tuvieron mucho respaldo. La O por organización, Trans porque es un término que aglutina a travestis, transexuales y transgéneros, y la Plata, porque es la ciudad donde nace el movimiento.

Después de un mes de estar reuniéndose en distintos lugares, por gestiones del observatorio de comunicación género y diversidad con perspectiva en derechos humanos de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, la decana de esa misma casa de estudios, Florencia Saintout, presta el aula 24 de la sede el bosque para las reuniones de la organización. En 2013

pasarían al buffet de la sede Miguel Bru, ubicado en calle 44 e/8 y 9 n 676, donde hasta el día de hoy se realizan las reuniones, todos los martes de 16 a 18 horas. En esta etapa uno de los temas prioritarios de la agenda va a estar enfocada en ayudar a las compañeras trans migrantes a regularizar su situación migratoria. Se advirtió que había compañeras trans que tenían más de cinco años viviendo en Argentina y no habían hechos sus trámites de radicación.

Además, un tema que pocas organizaciones abordan es la cuestión de la educación para las personas trans y travestis que migran a La Argentina y desean continuar sus estudios universitarios. Este trámite es muy complejo. La ley 26743 de identidad de género sancionada en el 2012, que reconoce la identidad de género autopercebida, alcanza también para las migrantes, pero después de haber obtenido la categoría de radicación permanente. Adquirir ese estatus tarda dos años como mínimo. Primero se le otorga la precaria que les sirve tres meses y luego la temporaria que tiene una duración de dos años. Se puede estudiar con cualquiera de estos documentos, pero el Estado no reconoce ni respeta la identidad de género de las personas trans migrantes.

Para estudiar en Argentina (a modo de ejemplo cito solo en el ámbito universitario) primero hay que ir al Ministerio de Educación a convalidar el título secundario expedido por el país de origen, donde no te reconocen la identidad de género auto percibida hasta no haber hecho el trámite en el DNI argentino. Y en varias ocasiones, aún habiéndolo obtenido, surgen actos discriminatorios en dichas dependencias. OTRANS Argentina tiene experiencia en este tema puntual, como en otros referidos a la violencia institucional.

La coyuntura social y política hizo que OTRANS priorice otra agenda, se necesitaba poner todos los esfuerzos y recursos humanos al reclamo por el cese a la violencia policial, poner atención a la disputa por el espacio público entre las trans en relación con la parada, generar el diálogo con el municipio de La Plata, con los vecinos de la calle 66, y de los colegios Albert Thomas de calle 1 e 57 y 58 y Nuestra

Señora del Valle de 57 e 1y 2. Pasando a un segundo plano la cuestión de la educación, el trabajo formal y la vivienda.

En 2016 OTRANS La Plata pasa a ser OTRANS Argentina debido al cambio de gobierno y al incremento de políticas de mano dura. El contexto político va a ser otro, donde las bases exigen organización para la resistencia, acción y lucha. Se crean filiales en la CABA (Ciudad Autónoma de Buenos Aires), Malvinas Argentinas (provincia de Buenos Aires) y La provincia de Corrientes. La sede principal va a seguir siendo en la Ciudad de La Plata.

La primera gran aliada: articulación entre Universidad/Sociedad

La creación de la organización civil OTRANS Argentina y su articulación con la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata van a ser clave para tratar de cambiar la cultura institucional. La militancia en La Plata por los derechos del colectivo TLGBI surge principalmente en los pasillos y aulas de algunas facultades de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). La Facultad de Periodismo y Comunicación Social va a ser quien tome la iniciativa, no solo por la demanda de sus estudiantes quienes empezaban a discutir la reproducción de la heteronorma, el binomio hombre y mujer y el sistema sexo/género, sino también por parte de docentes, e investigadorxs de esa casa de estudios.

En particular, Florencia Saintout, decana de esta casa de estudios, va a liderar el trabajo por la inclusión de la comunidad TLGBI, y en particular de las identidades trans/travestis, no solo en la facultad sino en a la Universidad Nacional de La Plata. La decisión política de Saintout de abrir seminarios, observatorios, encuentros, cátedras, talleres de creación literaria como En el papel todas somos tinta, Algo preciado, entre otras iniciativas que aborden las problemáticas de las personas trans y travestis, va a significar un cambio de paradigma

para la formación de profesionales y la producción de conocimiento crítico para la transformación social.

La presencia masiva de personas trans y travestis en la Facultad de Periodismo, en relación con su participación en las reuniones semanales de OTRANS Argentina, da paso a la visibilización del colectivo y va a significar en términos simbólicos y políticos un retorno a los espacios educativos, lugar donde históricamente se nos excluyó a las personas trans y travestis. Esta experiencia de participación y reapropiación de los espacios formativos puede ser entendida como un proceso de aprendizaje colectivo que permite, por un lado, aprender prácticas, saberes y herramientas específicas de los modos de organización y acción de las miembros del colectivo implicado; y por el otro, sirve de primer acercamiento al ámbito universitario para algunas compañeras trans y travestis quienes luego se van a inscribir en las carreras de grado. La Universidad Nacional de La Plata tiene 17 facultades y tres colegios nacionales. En la actualidad solo hay 10 personas trans cursando carreras universitarias, 5 Comunicación Social, 1 Económicas, 2 Derecho, 1 Trabajo Social y 1 Bellas Artes.

Además, en el 2008 la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de La Plata se convertiría en la primera universidad pública de Argentina y de Latinoamérica y el Caribe en reconocer la identidad de género autopercibida de sus estudiantes, mediante una resolución votada por unanimidad por lxs concejxrxs académicxs.

La decisión tuvo repercusión mediática que dio cita en La Plata a canales televisivos y prensa de alcance nacional y local, como Telefe, TN Noticias, Canal 9, Crónica TV, Página 12 y diario El Día, entre otros. Si bien el documento no era vinculante, este hecho histórico va a instalar en la opinión pública el tema y a generar consensos sobre la necesidad de una ley donde el Estado reconozca la identidad de género autopercibida de las personas trans en el país.

Estos avances interpelaron al colectivo trans platense, y convirtieron a la facultad en pionera respecto a estos reconocimientos y a

la construcción de la organización, apoyo que continúa hoy en día a través del sostenimiento del espacio.

En 2014 OTRANS empieza a priorizar un esfuerzo de recolección de datos sobre sus integrantes a través de fichas técnicas organizadas en un padrón. La demanda surge en la medida que, durante las detenciones arbitrarias por parte de la policía, nadie sabía sus apellidos, dónde estaban, cuál había sido la carátula de la causa, qué fiscalía y juzgado habían intervenido, de qué país eran y en caso de alguna emergencia, accidente o muerte, con qué familiar había que comunicarse. Se inscriben 126 integrantes, el 98% de ellas en situación de prostitución. 95% migrantes del cono sur. Un 89% sin estudios secundarios terminados y un 65% sin la primaria completa, entre otros datos.

La organización no tiene libro de actas, la fanpage en la red social Facebook es el lugar donde se registran las reuniones a través de publicaciones y fotografías. La agenda se arma de una semana para la otra de acuerdo con la coyuntura. Pero también hay temas que llevan un tiempo más largo como presentar y militar proyectos de cupo laboral/inclusión trans y travesti en el Municipio de La Plata en la Universidad Nacional de La Plata y en la Cámara de Senadores de la Provincia de Buenos Aires. Elaborar informes sobre detenciones arbitrarias y situación de los DDHH de personas trans en Argentina para reportar a organismos internacionales de DDHH, visita a cárceles, comisarias, alcaldías e interponer habeas corpus, hacer gestiones para que las compañeras trans sean beneficiarias del programa de inclusión “Ellas Hacen” del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, trabajar en el armado de la Cooperativa de Trabajo “Las Charapas” de peluquería y belleza integral¹⁴, entre otras actividades.

Dentro de todo este trabajo, OTRANS le ha apostado especialmente a la educación pues las violencias que el colectivo ha sufrido son en gran parte consecuencia de la construcción simbólica, social

14 Nota de los compiladores: lastimosamente *Las Charapas* tuvo que cerrar en enero de 2018 debido a falta de fondos.

y jurídica de los cuerpos trans y travestis. Es decir, está vinculada al saber-poder.

Históricamente el colectivo de personas Trans y Travestis, Lesbianas, Gais, Bisexuales e Intersex (TLGBI) ha sido discriminado, excluido e invisibilizado por su orientación sexual, expresión e identidad de género. Si bien del 2003 al 2015 en Argentina los sectores más vulnerables adquirieron derechos básicos que los amparan, surge la pregunta en torno a qué rol cumple la educación en los procesos formativos respecto a las identidades trans y travestis.

Esta interrogante permite preguntarnos por uno de los colectivos más vulnerados de nuestra sociedad civil. El testimonio y las experiencias en primera persona dan cuenta de cómo se intentó disciplinar los cuerpos trans y travestis mediante distintos dispositivos de poder, y control social. Esta reconstrucción se piensa no solo desde lo simbólico sino también desde lo material, mediante el pedido de un resarcimiento económico al Estado por la violación a sus derechos humanos, la cual se llevó adelante desde sus instituciones y también a manos de miembros de la sociedad civil. Acá la educación jugó un rol determinante. Como así también la crítica al encorsetamiento de las identidades trans en el binomio sexo/género (femenino/masculino).

En Argentina existían dos mecanismos explícitos que reprimían las identidades trans. Por un lado, la existencia de los códigos de faltas contravencionales (también conocidos como edictos policiales) que criminalizan a estas personas llevándolas detenidas por varios días “por usar ropa de su sexo contrario”. Por el otro, la resolución N.º 663/92, de la Dirección Nacional del Registro de las Personas, que en el artículo 2 establece que, en ningún caso, “las fotografías deberán dar lugar a interpretaciones erróneas del sexo”. La primera data de la última dictadura militar y la segunda de 1992. Estos dispositivos son propios de las sociedades disciplinarias.

Michel Foucault desarrolla dos dispositivos de los estados modernos: el anatomo y el biopoder. Estos en función de la sexualidad operan como dispositivo de poder y disciplinamiento de los cuerpos, las

identidades y las sexualidades. La primera tiene que ver estrictamente con el cuerpo de los individuos. Mientras que la segunda con la creación de disciplinas científicas como micro políticas que refuerzan un discurso hegemónico para el control y vigilancia de la natalidad.

Por su parte, la ciencia médica patologiza las identidades trans y travestis hasta la actualidad, diagnosticándolas como anomalía e incluyendo la transexualidad en su catálogo sobre enfermedades mentales. Mientras que el derecho penalizaba los cuerpos y las prácticas no normativas mediante el encierro, Foucault desarrolla en su libro *Vigilar y castigar* la finalidad de la creación de cárceles, manicomios, escuelas etc. Esa vigilancia, a través del panoptismo, es el mismo dispositivo y mecanismo con el que se vulnera en la actualidad a la persona trans, cuyos cuerpos se resisten a ser disciplinados y atravesados tanto por el anatomo como por el biopoder.

Este sistema de exclusión y discriminación que llevó adelante el Estado argentino a través de sus instituciones fue ampliamente respaldado por los miembros de la sociedad civil. La violación de los derechos humanos de las mujeres trans y travestis tuvo su corelato en las familias, las escuelas y en cada una de las instituciones creadas por y para heterosexuales. Espacios donde a cualquier persona de la diversidad sexual se le expulsaba por el solo hecho de ser y pensarse diferente al orden instituido como universal, único, válido y legítimo.

La activista trans Marlene Wayar destaca el sentido de la memoria, en relación con que no tenemos un registro de cuáles han sido nuestros aportes como productoras de conocimiento sobre nuestras subjetividades. Cada una ha tenido que armar una ficción a partir del deseo para explicarse a sí misma, si es nene o nena. No hubo nadie que nos explique lo que somos, nuestros padres nunca nos explicaron, en la escuela tampoco, porque no somos un destino legítimamente posible en cuanto trans o travestis. Asimismo, explica que cuando empezamos a construirnos a través del deseo nos identificamos con las prácticas de nuestras madres, de una tía, alguna referente

o prototipo. Ahí empezamos a sentir que hay algo meramente sexual e identitario al que se le quiere imponer la genitalidad.

Las escuelas, en tanto homogeneizadoras de ciudadanxs, perpetúan el orden instituido mediante conocimientos y prácticas heteronormativas que reproducen un orden injusto. En estos espacios formativos las voces trans y travestis fueron acalladas, invisibilizadas, y excluidas. No se tuvo en cuenta sus prácticas cotidianas, sus ideas como parte de la producción de un conocimiento subjetivo, diferente al orden existente. Se sesgó el intercambio de saberes y el debate como constitutivo de lo público, desconociendo y restringiendo su rol político de sujetxs. Ese acallamiento es producto de la negación de la especificidad de nuestros cuerpos. Es decir que hay una especie de silenciamiento aceptado como algo natural por las personas TLGBI. Esto hace que incorporemos estas ideas sin ningún tipo de cuestionamiento y creamos que solo existen hombres y mujeres en términos de genitalidad.

Asímismo existe la idea de que las personas TLGBI no tienen nada que ver con la política, y que ese lugar solo está reservado para los hombres heterosexuales, adultos, burgueses y blancos. Cuando hacemos eso, así como hay agentes de la explotación en el sistema productivo y agentes de la represión, lo que Louis Althusser llama los aparatos represivos del Estado, hay profesionales que se encargan de reproducir la ideología. Es decir que cada vez que negamos y acallamos la politicidad de nuestras prácticas como sujetos de la cultura, estamos actuando como profesionales funcionales a los aparatos ideológicos del Estado.

Esto implica que algunos hemos hecho cuerpo el discurso dominante, porque el cuerpo cree en lo que juega, según el sociólogo Pierre Bourdieu. Francisco Gutiérrez tiene como hipótesis en su libro *La educación como praxis política* que si los docentes tomaran conciencia de que son inculcadores de la ideología dominante, sería posible la transformación de una educación popular, inclusiva y diversa. Entonces hay que intentar dismantelar todas aquellas cuestiones en las que nosotros,

habiendo incorporado como natural la distancia entre educación, política, sexualidades e identidades de género, estamos de algún modo reproduciendo las relaciones, las ideologías, las formas propias de un sistema de dominación el cual tiene como finalidad perpetuarse desde un punto de vista económico, cultural, y financiero.

Así, el discurso hegemónico opera con la idea de “no te metas”, de la patologización” y de “la anormalidad” que ha proliferado tanto, y que la educación no tiene nada que ver con la política de las sexualidades diversas o las identidades de género. Se promueve la idea que son esos temas ante los cuales el Estado debe permanecer neutral, o sobre los que no debe hablar porque es algo malo. Esto se repite, a veces desde la convicción de los maestros, otras como una demanda de los padres; a veces incluso cómo una idea de los niños o de los jóvenes.

Estamos todo el tiempo asediados con este discurso autoritario de larga data que, aunque no se da solo en la Argentina, acá ha sido muy fuerte y tiene que ver con la dicotomía que planteó Domingo Faustino Sarmiento “el padre de la educación argentina” entre civilización y barbarie. Estos dos polos no tienen nada que ver entre sí, pero hay fronteras entre ambos y algo que produce uno de ellos es siempre la sensación de que la barbarie es una amenaza, una anomalía, y objeto de pánico moral.

¿Y que ha sido históricamente la barbarie en La Argentina?

No solo ha sido identificada con la pobreza, sino también con todo aquello que apunta a lograr un orden de vida más justo. Barbarie han sido los trabajadores organizados, las cabecitas negras, los movimientos sociales, las mujeres, las personas TLGBI, los pueblos originarios/ indígenas, entre otros, quienes han procurado mediante la lucha conseguir un espacio para la transformación, la justicia social, y la igualdad.

Entonces nos podemos preguntar ¿qué es política? El antropólogo argentino Rodolfo Kush considera que la política es el conjunto de estrategias colectivas para una vida mejor, en una determinada sociedad. Esas estrategias tienen que ver con el ejercicio del poder, con la revisión de las relaciones sociales y con la desnaturalización de algunas de ellas.

Asimismo, el pedagogo Paulo Freire, sostiene que toda práctica educativa contiene una dimensión política, pero a la vez toda práctica política contiene una dimensión educativa. Podemos ver cómo diferentes personajes de la historia, para nombrar algunos Eva Perón, Néstor Kirchner, Cristina Fernández de Kirchner, entre otros, mediante su práctica política nos interpelaron para ser protagonistas de la creación de procesos de formación subjetiva. Es decir, nos permitieron ver la realidad desde otro lugar, invitándonos a posicionarnos desde ahí y ver el modo en que incidimos en la organización e inscribimos en la lucha que tiene que ver con mejores condiciones de vida para todos y todas.

En este sentido la escuela debería ser una institución atravesada por lo político, porque hay una generación de pedagogos que están convencidos que no hay que formar para luego participar, sino que se aprende participando. Arturo Jaureche, Paulo Freire, Eva Perón, el Che Guevara, las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo, entre otros actores políticos, tienen una dimensión educativa en sus prácticas y toman posición, esto tiene que ver con educación y política.

Después de 1983 nosotras no tuvimos democracia porque la policía federal y provincial nos violentó y reprimió. La etapa más cruda, violenta y visible fueron los 90. No tuvimos una justicia digna. El primer juez era un policía y en el caso de apelar en una segunda instancia a un juez, nos seguía condenando porque se consideraba que la vida de una persona trans prostituta era burda e indigna. Nos dejaron en un lugar de extrema vulnerabilidad. Nuestra esperanza de vida no supera los 35 años, hemos muerto a causa de travesticidios, violencia policial, enfermedades venéreas, el SIDA, entre otros. Nosotras las

sobrevivientes cargamos con todas esas muertes, tenemos la responsabilidad histórica de luchar y reclamarle al Estado una reparación para las sobrevivientes en términos pecuniarios, pero también simbólicos para todo nuestro colectivo.

Marlene Wayar enfatiza “soy una persona de 48 años, perdimos a muchas compañeras de mi generación. No alcanza con pedir disculpas, no nos van a devolver nuestros mejores años de vida, no podemos volver a los 15 años para ir a estudiar con nuestros pares en condiciones de igualdad. Y así descubrir nuestras sexualidades con los otrxs, para construir una visión de futuro en base a la educación.”

La Argentina ha violado nuestros derechos humanos por acción y omisión. Es decir, el Estado falló al ignorar a las personas en estado de prostitución y al no trabajar en contra de la trata y el proxenetismo (lo cual es un delito y está penado) omitió nuestras necesidades. Y por acción mediante todo el despliegue de su aparato institucional en pos de la represión de las identidades y sexualidades diversas.

Los procesos de emancipación (Ley de identidad /reconstrucción de la memoria trans) deben dar cuenta de que la violencia está presente en toda relación social y no dar lugar a la desmemoria. Por esto se torna de vital importancia la dimensión pedagógica y el rol de los espacios formativos, donde no se reproduzcan prácticas ni saberes que violen y vulneren los derechos humanos de las personas trans y travestis.

La histórica militante Lohana Berkins sostenía que cuando una travesti iba a la universidad, le cambiaba la vida solo a ella, y que cuando varias vayan a los espacios académicos, cambiará nuestra sociedad. Ese es el sentido de “travar” y es el caso en Argentina. En primer lugar, apropiarse de los espacios formativos y de los saberes (conocer las herramientas, conceptos, teorías y metodologías) con las cuales se nos ha nombrado históricamente para luego cuestionar lo instituido, y dar la disputa por el sentido y el significado desde nuestra experiencia colectiva. Deconstruir estas verdades absolutas permite destrabar el saber y cuestionar el poder.

En la actualidad este debate encuentra varias referencias significativas particularmente, en un contexto en el cual la tendencia general nos señala el predominio del olvido mediante la aparición de discursos historiográficos analíticos que ponen énfasis en la equivalencia general de todas las formas de violencia, entendiéndolas de manera unívoca y exenta de crítica respecto de cómo se lo entiende en el sentido común.

En este sentido el desafío es dar cuenta de toda esa red de exclusión que vulnera, restringe los derechos, y la igualdad de oportunidades en los espacios educativos de las personas trans y travestis. Se torna relevante dar a conocer algunas experiencias como la de OTRANS Argentina, en relación con los relatos en primera persona, que al mismo tiempo son colectivos, esto da cuenta de otros saberes que están por fuera de la institución, y de los espacios formativos que luchan y pujan por ser reconocidos, respetados y valorados.

El pedagogo tiene que ser el viaje, en el sentido de que cada experiencia personal y colectiva respecto a la construcción del cuerpo y las vivencias de las personas trans sean entendidas como una práctica subjetiva que dé cuenta de sus propios saberes. La escuela no debe quedar exenta, debe ser el lugar donde se intercambian ideas que den como resultado una síntesis superadora, donde se instituya lo instituyente como un proceso emancipatorio infinito, y donde la base no sea la heteronormatividad, sino la diversidad sexo/genérica.

3. Universidad Nacional de la Avellaneda (UNDAV) La Universidad Nacional de Avellaneda por una educación para todxs, libre de violencia y discriminación

Texto proporcionado por **Miguel Nicolini**. Docente de la materia Metodología de la Investigación en el Bachillerato Popular Trans Mocha Celis y parte del equipo fundador de la escuela. Docente de varias materias de la Universidad de la Avellaneda. Licenciado en Co-

municación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Texto a su vez provisto por Lic. Liliana Elsegood, Secretaria de Extensión de la Universidad Nacional de Avellaneda y Titular de la materia Trabajo Social Comunitario.

La Universidad Nacional de Avellaneda abre sus puertas en el año 2011 como resultado de un debate sobre planificación universitaria y en virtud de los antecedentes históricos que remiten a la riqueza cultural y educativa de la ciudad de Avellaneda, provincia de Buenos Aires. Tiene como objetivos la formación de personas de alta calidad ética, política y profesional como así también la generación y adecuación de conocimientos, la conservación y reinterpretación de la cultura y la participación activa para liderar procesos de cambio hacia una mejor calidad de vida de la comunidad en la que se inserta.

Asimismo, su estatuto (RES. ME N° 2312/2015) estipula entre sus fines “Formar profesionales con perspectiva de género, comprometidos especialmente en la erradicación de la violencia en todas sus formas” (Art.8, inc. e); y “Promover la integración y el respeto de todas las minorías, reconociendo el derecho de las personas a la autodefinición de su identidad y su orientación sexual” (art. 8, inc. g), y en sus principios sustentar “la integración de todos sus miembros, sin discriminación de género, etnia, color, idioma, religión, condición social, nacionalidad o de cualquier otra índole” (art. 6).

Actualmente, la universidad cuenta con 18 (dieciocho) carreras de grado y pregrado presenciales, 7 (siete) ciclos de complementación curricular para carreras de grado presenciales, 7 (siete) carreras de grado y pregrado a distancia y 1 (uno) ciclo de complementación curricular a distancia. Además, se imparten 5 (cinco) carreras de posgrado: 2 (dos) especializaciones y 3 (tres) maestrías.

Las mismas se desarrollan en seis departamentos: Humanidades y Artes; Ambiente y Turismo; Salud y Actividad Física; Tecnología y Administración; de Arquitectura, Diseño y Urbanismo y Ciencias Sociales.

Por otra parte, la universidad asienta sus actividades en ocho establecimientos: España, Ameghino, Piñeyro, Riachuelo, 12 de Octubre, Villa Domingo, Constitución y la Escuela Secundaria Técnica.

Es importante resaltar que la Universidad Nacional de Avellaneda, desde el año de su creación, ha desarrollado diferentes políticas que tienden a alcanzar la equidad de género, aportando a transformar las construcciones de género heteronormativas, sustento material-simbólico de la discriminación, la violencia y la exclusión hacia las mujeres y las personas LGBTIQ (lesbianas, gays, bisexuales, trans, intersexuales y queer). En este sentido, en el año 2011, la UNDAV fue la primer universidad nacional en reconocer la identidad de género autopercebida, un año antes de la Ley Nacional de Identidad de Género. A su vez, en el año 2013 logra implementar una fuerte política de inclusión educativa para personas travestis y trans en los distintos niveles educativos (primaria, secundaria y universidad). Por último, es importante señalar que su Consejo Superior logra aprobar el Protocolo Contra las Violencias de Géneros en los ámbitos universitarios a principios del año 2015, convirtiéndose así en una de las 10 universidades nacionales del país en tener una herramienta de esas características.

Cabe señalar que estas acciones de transformación se llevan adelante por el Programa Transversal de Políticas de Género y Diversidad de la institución, y muchas veces se debe hacer frente a resistencias internas del ámbito universitario producto del sistema patriarcal que impera en la sociedad, y que la Universidad Nacional de Avellaneda trabaja día a día para transformar.

Por último, los principales lineamientos de trabajo del Programa Transversal de Políticas de Género y Diversidad son:

1. Promoción de la inclusión de las temáticas de género y diversidad en las currículas.
2. Formación continua en las temáticas de género y diversidad.
3. Comunicación con perspectiva de género.

4. Promoción de derechos de las mujeres y las personas LGBTIQ desde el arte y la cultura.
5. Inclusión educativa para personas travestis y trans.
6. Salud integral de las mujeres y personas LGBTIQ
7. Participación en redes, articulación con organizaciones de mujeres, del colectivo LGBTIQ, organizaciones políticas y sociales, así como con otras universidades e instituciones estatales que trabajen las temáticas de género y diversidad.
8. Promoción de la participación social, política de las mujeres y las personas LGBTIQ.
9. Prevención y erradicación de la violencia contra las mujeres y la comunidad LGBTIQ.
10. Fomento del acceso equitativo al deporte y la actividad física de las mujeres y personas LGBTIQ (desde diciembre 2015 en adelante)
11. Educación sexual integral, universidad y territorio.
12. Participación en jornadas, congresos, etc.

Preguntas guía

1. ¿Cómo fueron tus experiencias previas en otras instituciones de educación formal? Da algunos ejemplos. ¿Por qué pensaste que esta vez iba a ser diferente?

2. ¿Cómo llegaste a _____?
 - a. ¿Por qué te interesaste en la educación formal nuevamente?

 - b. La experiencia de migrantes trans y su empoderamiento con grupos políticos o sociales que eventualmente le insertaron en la educación formal

3. Memorias y vivencias (lo que sucedió no necesariamente tiene que ser una experiencia positiva, pero sí formadora en algún sentido)

Alguna vivencia relacionada con el proyecto que transformó o cambió algo para ti

- a. “La primera vez que...” fui a una marcha de mujeres, a la marcha del orgullo lgbt, que fui a una clase de matemáticas, usaron mi nombre, saqué una buena calificación (¿cómo me sentí y qué produjo ese sentimiento?, ¿qué cambió?)

- b. Otras vivencias o anécdotas que, para ti, resuman o ejemplifiquen tu experiencia en el proyecto educativo (aquella conversación que me hizo darme cuenta que podía terminar la

secundaria, o que podía escribir poesía; cuando mi familia o mis amigas se burlaron de mí y me retaron a terminar mi formación; una situación que me hizo darme cuenta de mis propios prejuicios con respecto a otrxs compañerxs; un momento en el que me sentí muy desanimada y cómo lo superé; cómo construí una amistad o relación especial que ha sido importante para mi formación y/o mi vida; etc.)

- c. Vivencias específicamente relacionadas a inclusión en educación: ¿de qué formas puntuales tu experiencia muestra la diferencia entre simplemente “incluir” a una persona trans/travesti en un espacio educativo, y el realmente intentar darle (o no) los recursos (materiales y de apoyo) que necesita para completar sus estudios, así como el iniciar procesos de cambio institucional para que la escuela sea más incluyente para todxs (por ejemplo, cambios en las maneras de enseñar o en instalaciones como baños, inclusión de algunos temas en clase, etc.)
 - d. Las formas a través de las que has adquirido un sentido de pertenencia (si lo has adquirido). Por ejemplo, actividades sociales o deportivas con compañerxs y directivxs; proyectos artísticos, académicos o de recoger fondos para una causa; militancia, etc.
4. ¿Qué retos enfrentaste o enfrentas para sostener tu proyecto de educación formal?
- a. ¿De qué manera solucionas dichas dificultades (dinero, cuidado de hijxs o familiares, consumo problemático de sustancias, transporte, vivienda, falta de confianza en tus capacidades, etc.)? Da ejemplos.

- b. ¿Tienes apoyo de alguien (la escuela, un/a profesor/a, lxs compañerxs, familia, etc.) para enfrentar dichas situaciones? Da ejemplos.

5. ¿Cuál ha sido el impacto del proyecto educativo en tu vida?

Piensa en los siguientes niveles, y da ejemplos de los que utilices:

- Personal
- Comunitario
- Imaginario social, participación ciudadana/política

¿Cuáles son las limitaciones del proyecto? Piensa en aspectos materiales, pedagógicos, recursos humanos, liderazgo, participación de los/as estudiantes trans/travestis, limitaciones de espacio, etc.

6. ¿Cuál crees que es el aporte más importante de este proyecto para lograr la inclusión plena de personas travestis/trans en la educación formal?

7. Lohana Berkins dijo que “cuando una travesti va a la universidad, cambia la vida de la travesti, pero cuando muchas travestis van a la universidad, cambia la universidad (y por extensión la sociedad)”; ¿qué piensas de esta frase?, ¿crees que esta frase se relaciona con tu experiencia en _____?, ¿por qué sí o por qué no? Da ejemplos.

8. ¿Tienes algo más que quieras añadir?

Bachillerato Popular Trans Mocha Celis



¡Bienvenides!



Alma Fernández



Sofía Moreno



Tejiendo saberes en La Mocha

OTRANS Argentina



OTRANS ¡Presente!



Claudia Vásquez Haro



Cambiando paradigmas



Travando y destrabando el saber

Travar el saber recoge las experiencias de personas travestis y trans en espacios educativos a través de narrativas en primera persona. El libro se centra en el trabajo de tres organizaciones pioneras en estos esfuerzos: el Bachillerato Popular Trans Mocha Celis, OTRANS Argentina y la Universidad Nacional de Avellaneda.

“Travar el saber” es una frase asociada a Lohana Berkins, una de las principales referentes de movimientos sociales y militancias trans y travestis. Berkins lo define así: “cuando una trava va a la Universidad, cambia la vida de la trans; cuando muchas travas van a la Universidad, cambia la institución”. Este libro cristaliza la importancia de este cambio estructural, señalando el impacto de factores como la aceptación familiar, el acceso al trabajo y el estatus migratorio, entre otros.

Travar el saber evoca la lucha histórica y el anhelo revolucionario de este colectivo, no por la inclusión dentro de un sistema excluyente, sino por la transformación radical de las categorías e instituciones que lo sostienen y reproducen; entre ellas, de manera principal, la educación.